

ROBOTTECH™

FIRST GENERATION #5

FORCE OF ARMS

Supreme Commander Dolza had amassed
the largest fleet of Zentraedi warships
the Universe had ever seen...and all
their weapons were aimed at Earth!

JACK MCKINNEY



Ballantine #26128 Canada \$6.50 U.S. \$4.95

El Comandante Supremo Dolza ha acumulado la mayor flota de naves de guerra Zentraedi que jamás se haya visto en el universo... ¡y todas sus armas apuntaban hacia la Tierra!

¡APOCALIPSIS!

El ejército alienígena ha perseguido a la poderosa Fortaleza Súper Dimensional a través del inconmensurable vacío del espacio, enviando repetidamente colosales mechas de combate contra los desesperanzados soldados y refugiados.

Pero los gigantes invasores, quienes por largo tiempo intentaron capturar intacto al SDF-1, ahora solo deseaban destruirlo, junto con la raza humana y su planeta natal y a cualquier alienígena que hubiera desertado al lado terrícola.

El Comandante Supremo Dolza moviliza a cada guerrero Zentraedi, concentrando a millones de naves de guerra alrededor de la inermes Tierra, para la batalla culminante de la Guerra Robotech.

Ya que, esta vez, los alienígenas, al igual que la humanidad, deben ganar...

¡O SER EXTERMINADOS!

ROBOTECH

Saga de Macross (Primera Generación)

La fuerza de las armas

Jack McKinney

Versión 1.0

15.09.13



Título original: *Force of Arms*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #4-6

The Macross Saga: Doomsday

Publicación del original: 1987



Libro 5 en el orden de publicación, y 5 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Laura Geuna

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Parte I

Enfrentamiento

Prólogo

En los años noventa una guerra civil azotó el planeta Tierra; pocos querían esta guerra pero nadie pa-recía poder evitarla. Esta absorbió las guerras dispa-res menores, las rebeliones y las contiendas terroristas de la misma forma en que una enorme tormenta vacía todos los sistemas meteorológicos menores que la rodean.

En su mayor parte la Guerra se peleó con armas convencionales, pero en 1999 quedó claro que su re-crudecimiento apuntaba directamente hacia un completo intercambio nuclear... hacia la aniquilación planeta-ria. Parecía que no había nada que ninguna persona cuerda pudiera hacer. Para ese entonces la Guerra tenía vida propia.

Mientras la raza humana se preparaba para morir -porque todos sabían que la fase final de la Guerra seguramente exterminaría toda la vida en la Tierra, en las frágiles colonias de investigación de la Luna y Marte, y en todas las construcciones orbitales-, una especie de milagro maligno ocurrió.

Una nave espacial dañada -una súper fortaleza dimensional creada por el moribundo genio extraterrestre Zor-, apareció en los cielos de la Tierra. Se estrelló en una diminuta isla del Pacífico llamada Macross. Su descenso causó más devastación que cualquier guerra: hubo tremendos daños y pérdidas de vidas, y numerosos desastres naturales. La raza humana se vio forzada a hacer una pausa y autoevaluarse.

Zor había servido para los malvados Amos Robotech, pero había resuelto ya no seguir a su servicio y escondió los máximos secretos referidos a la protocultura -la fuerza más poderosa del universo-dentro de la fortaleza. Los Amos Robotech necesitaban esos secretos no sólo para conquistar el universo sino para prote-gerse de los

vengativos ataques de los salvajes invids, una raza de criaturas que habían jurado destruirlos.

De este modo el centro de un conflicto intergaláctico se enfocó en la que una vez fue la insignificante Tierra.

La súper fortaleza dimensional fue el primer indicio que tuvo la Tierra sobre los eventos superiores que tomaban lugar fuera de los límites del conocimiento humano. Los líderes de la Tierra vieron de inmediato que podían reconstruir la averiada SDF-1 y convertirla en un punto de reunión que iba a unir a una raza humana dividida.

Así comenzó un proyecto de diez años que incorporó los cerebros y las energías de todo el planeta. Pe-ro el día en que tenían que lanzar a la SDF-1 para que protegiera a la humanidad del ataque extraterrestre, el desastre volvió a golpear. Los zentraedis -la feroz raza de gigantes clones guerreros de los Amos Robo-tech- atacaron, trayendo devastación a la Tierra en su esfuerzo de recuperar la SDF-1.

La desesperada tripulación de la SDF-1 intentó un salto transpositivo para librarse del ataque. Un mal cálculo dio como resultado la reaparición de la nave lejos de su destino propuesto: la SDF-1 y gran parte de la población civil de Isla Macross se transportaron repentinamente hasta la órbita del planeta Plutón.

Y así comenzó el largo y peligroso viaje de vuelta a la Tierra. La SDF-1 peleó por su vida, perseguida a cada paso por la armada zentraedi. Cuando regresó, después de más de un año, la tripulación se encontró con que ya no eran bienvenidos en su hogar -ellos representaban demasiado peligro según los poderes imperantes, tanto para la seguridad de la Tierra como para la autoridad de los regentes.

Una ofensiva zentraedi renovada dio como resultado horribles pérdidas sobre la Tierra y reforzó la determinación de los líderes a negarse a asilar a la SDF-1 -aunque ella ejerció la única resistencia clara ante la invasión extraterrestre.

Por eso el gigantesco acorazado estelar se vio forzado a orbitar hacia ningún lugar mientras sus tripulantes y refugiados civiles peleaban desesperadamente para seguir vivos. Los zentraedis, determinados a obtener la nave y los secretos de la protocultura, seguían diseñando nuevos planes de guerra.

Implantaron agentes extraterrestres dentro de la nave, reduciendo de su altura de entre 15 a 18 metros hasta el tamaño humano. Estos espías quedaron afectados de forma extraña por la experiencia de la vida humana cuando sus emociones dormidas hacía mucho tiempo se despertaron al ver que los humanos se entre-mezclaban y se mostraban afecto, pero en particular por el canto de Minmei -la superestrella, ídolo de la nave y pilar de su bravura.

Tras su regreso a la flota invasora, las historias y recuerdos de los espías sobre sus experiencias entre los humanos hicieron que más de una docena de zentraedis desertaran y provocaron la desobediencia en las filas de aquellos que quedaron atrás.

A bordo de la SDF-1, la vida humana cayó en patrones de conflicto y emoción. El teniente Rick Hunter, piloto caza de las Fuerzas de Defensa Robotech, experimentaba confusión y desorden constante a causa de su amor por Minmei y la simultánea atracción por la comandante Lisa Hayes, la primer oficial de la SDF-1.

Este triángulo formó el centro de una red de amores y odios más amplia, esa clase de arrebatos emocionales humanos que los colosales zentraedis encontraban tan profunda y debilitante.

Pese a eso, la imperativa zentraedi era la guerra, y guerra tendrían. Los extraterrestres desplegaron su armada de más de un millón de naves, que sólo se contuvo de hacer un ataque masivo por su necesidad de capturar intactos los secretos de la protocultura de la SDF-1.

Breetai, comandante de la fuerza invasora, creó sus propios planes secretos con dos de sus subordinados rebeldes: Azonia, el adalid femenino; y Khyron el Traicionero, el demonio sicótico de la batalla.

Pero la Guerra Robotech demostró ser mucho más compleja de lo que cualquiera de ellos -zentraedis o humanos- podrían haber imaginado.

Dr. Lazlo Zand,

Así en la Tierra como en el infierno: recuerdos de la Guerra Robotech.

Capítulo 1

Creo que Max fue el ejemplo más notable del creciente cansancio por la guerra y de la avidez por la paz. Todos los aspirantes a pilotos de guerra y los ases en ciernes lo veneraban como mejor piloto.

Cuando él volvía de una misión, su gente de mantenimiento de aeronaves siempre le sellaba los símbolos de sus últimas matanzas en el costado de su nave; ese era el derecho que tenían. Pero, como muchos de los que estuvimos en el ojo de la tormenta demasiado tiempo, él comenzó a evitar las bromas, los "dame esos cinco" y las fanfarronadas en los vestidos, en las barracas y en el casino de oficiales. Todavía era el hombre a la cabeza de la nómina, pero estaba claro que su actitud estaba cambiando.

Recopilación de los registros del almirante Rick Hunter.

-Ahora ya no eres tan grande, ¿no es cierto, maldito extraterrestre?
-dijo el matón grandote, sacudiéndole un puño lleno de cicatrices frente a la cara.

Bueno, no, no lo era. Karita había sido un soldado zentraedi de unos doce metros de altura. Pero ahora, tras haberse reducido al tamaño de un humano y desertar hacia el otro bando en la Guerra Robotech, era un tipo de contextura mediana y altura ligeramente menor a la media que tenía que enfrentarse a tres corpulentos camorreros ansiosos por partirle la cabeza en un callejón de Macross.

Aunque fuera un zentraedi, Karita nunca había sobresalido en

combate; su principal deber había sido atender las cámaras de conversión de protocultura, las mismas en las que lo habían micronizado. La situación parecía desesperada; los tres lo habían rodeado con los puños en alto y las lejanas luces de la calle iluminaban el odio en sus rostros.

Trató de eludirlos pero eran demasiado rápidos. El más grandote lo agarró y lo arrojó contra la pared. Karita cayó aturdido y la parte de atrás de su cabeza le sangraba.

Se maldijo por su descuido; un pequeño desliz de su lengua en el restaurante lo había delatado. De otra forma, nadie lo habría diferenciado de cualquier otro ocupante de la SDF-1.

Pero casi no se lo podía culpar. Las maravillas de la vida a bordo de la súper fortaleza dimensional eran capaces de hacer que cualquier zentraedi fuera descuidado. Los humanos habían reconstruido su ciudad; ellos entremezclaban los dos sexos, todas las edades. Vivían vidas en donde las emociones se expresaban libremente y había una fuerza sorprendente llamada "amor".

Eso era suficiente para hacer que cualquier zentraedi nacido dentro de una cultura guerrera impiadosa y espartana con una estricta segregación de los sexos se olvidara de sí mismo. Y Karita había cometido su error de esa forma; había entrado al Dragón Blanco con la esperanza de ver a Minmei. No se dio cuenta de lo que estaba diciendo cuando se le escapó el hecho de que la había adorado desde la primera vez que vio su imagen en un crucero de batalla zentraedi. Después vio las miradas duras que le echó ese trío. Se fue cuanto antes, pero ellos lo siguieron.

Todos los de a bordo habían perdido por lo menos a un amigo o a un ser querido durante el curso de la guerra. Los zentraedis también habían sufrido bajas -de hecho, muchas más que la SDF-1-, pero eso no evitaba que Karita y los otros desertores desearan tener una nueva vida entre sus antiguos enemigos. Por lo menos la mayoría de los humanos eran tolerantes con los zentraedis que habían desertado de su armada invasora. A algunos humanos hasta le agradaban los extraterrestres; tres de ellos, los antiguos espías, tenían novias humanas. Pero él tendría que haber sabido que iba a haber humanos que no verían las cosas de esa manera.

Los tres se le acercaron.

Uno de los hombres le lanzó una patada pero Karita estaba demasiado confundido para evadirla. No fue un dolor tan intenso el que sintió, sino un tremendo adormecimiento aterrador. Se pregunto atontado si sus costillas estaban rotas. Eso no importaba; parecía que sus atacantes no se iban a detener antes de matarlo. Ellos no se habían dado cuenta de que habían agredido a uno de los menos militares de los zentraedis; de haber sido uno diferente, habrían tenido más que una pelea entre sus manos.

Uno de ellos echó hacia atrás una de sus pesadas botas de trabajo para volver a patear a Karita; Karita cerró los ojos y esperó el golpe. Pero el repentino sonido del cuero de un zapato deslizándose sobre el pavimento y el golpe de un cuerpo al caer hicieron que los volviera a abrir.

Levantó la vista y vio caído a uno de los asaltantes y a los otros dos que giraban para enfrentarse a un entrometido.

Max Sterling no tenía la apariencia del perfil convencional que se tenía de un as veritech. El brillante aviador de la Fuerza de Defensa Robotech era delgado, usaba anteojos de vidrios azules - con lentes correctivos-, y teñía su cabello de azul de acuerdo con la moda actual de colores brillantes.

Esta joven leyenda de la RDF parecía manso, hasta vulnerable. Max Sterling había salido de la oscuridad en un momento de crisis para deslumbrar a la humanidad y a los zentraedis con su vuelo de combate sin igual. Pero eso no había cambiado su humildad básica y su modesta amabilidad.

-No más -le dijo en voz baja a los asaltantes. El corpulento que estaba en el piso sacudió la cabeza con furia. Max pasó entre los otros dos, se puso al costado de Karita, se arrodilló y le ofreció la mano.

Lena, la tía de Minmei, vio que el temible trío había seguido a Karita cuando dejó el Dragón Blanco; a ella le tomó unos cuantos minutos encontrar a Sterling, por esa razón él dijo:

-Lamento haber llegado un poco tarde.

Este joven de aspecto académico que tenía la marca de matanzas más alta de la nave, le ofreció su mano al zentraedi.

-¿Crees que puedas pararte?

El atacante que Max había derribado estaba otra vez de pie y

observando el uniforme RDF de Max.

-Tienes dos segundos para salirte de esto, muchacho.

Max se levantó y se dio vuelta, dejando a Karita sentado contra la pared. Se quitó los anteojos y los puso en la floja mano de Karita.

-Creo que aquí va a haber una pelea, así que dejemos una cosa en claro: en caso de que ustedes no hayan visto los noticieros, este hombre no es nuestro enemigo. Entonces, ¿van a dejarnos pasar o qué?

Por supuesto que no. Ellos vieron a Karita y automáticamente pensaron que podían vencerlo. Y eso había decidido la cuestión. Ahora apareció el pálido e insignificante Max, y su cálculo fue el mismo: Podemos vencerlo a él también. Sin problemas.

Por eso el que Max derribó fue el primero que lo atacó, mientras los otros dos se abrían a cada lado.

Max no esperó. Max se agachó para hacer como una potente y lenta podadora, golpeó con el talón de su pie y le rompió la nariz al primero. Un segundo atacante, un hombre de cuerpo grueso vestido con overol, tiró un gancho con toda su fuerza, pero Max no estaba ahí. Lo esquivó como un fantasma, le asestó un sólido puñetazo en la nariz haciéndola sangrar y se alejó un paso cuando este se tambaleó.

No había mucho lugar para pelear y el estilo usual de Max implicaba mucho movimiento. Pero eso no importaba mucho esta vez; no quería dejar a Karita desprotegido.

El tercer vengador -más joven, delgado y rápido que los otros dos-, le lanzó dos puñetazos desde atrás. Max evitó el golpe y aumentó el impulso con un rápido y fuerte tirón que hizo que el hombre cayera de rodillas. Después giró con una precisión tal que le dio la espalda al primer atacante y lanzó su codo hacia atrás.

El hombre quedó sin aliento y se tomó el vientre. Max volvió a asestarle un puñete en la cara y después giró para plantarle una patada de costado en el estómago al de overol. Los increíbles reflejos y la velocidad que tan bien le servían en las batallas eran simples; él era difícil de ver, y mucho más de golpear y de evitar.

-¡Alto! -Karita se había puesto de pie con esfuerzo.

Los tres atacantes estaban un poco golpeados, pero la pelea apenas había comenzado. Max Sterling ni siquiera respiraba fuerte.

-No más pelea -dijo Karita con dificultad, tomándose el costado-. ¿Es que no ha habido suficiente?

El primer hombre se limpió la sangre de un labio lastimado mientras estudiaba a Max.

-Él y los de su clase mataron a mi hijo -dijo señalando a Karita con un movimiento de la cabeza-. No me importa lo que tú...

-Mire esto -dijo Max en voz baja. Mostró el escudo de la RDF en su uniforme, un diamante con lados curvados como un barrilete-. ¿Green que yo no entiendo? Pero escúchenme: él está fuera de la guerra. Así como yo quiero estarlo y ustedes quieren estarlo. ¡Pero nunca vamos a tener paz si no dejamos atrás la maldita guerra! Así que olvídenlo, ¿quieren? O si no, vamos: terminemos con esto.

El primer hombre iba a atacarlo otra vez pero los otros dos lo tomaron por los hombros.

-Está bien... por ahora -dijo el más joven.

Max le dio apoyo a Karita con su hombro y los tres se hicieron a un costado para dejarlos pasar. Hubo un momento tenso cuando el piloto y el extraterrestre herido caminaron entre los atacantes; uno de ellos cambió el peso de su cuerpo como si estuviera reconsiderando su decisión.

Pero lo pensó mejor y se mantuvo en su lugar.

-¿Qué hay sobre ti, aviador? Vas a salir otra vez a pelear con ellos, ¿no es cierto? ¿Para matarlos si puedes?

Max sabía que Karita lo estaba mirando, pero contestó.

-Sí. Tal vez esta noche termine matando a alguien muy parecido a tu hijo. O él termine matándome a mí. ¿Quién sabe?

Max puso a Karita en un taxi y lo envió a los alojamientos temporales en los que estaban albergados los desertores. No tenía tiempo para acompañarlo; ya estaba llegando tarde a su guardia.

Mientras esperaba otro taxi, Max levantó la vista hacia la Ciudad Macross reconstruida. Arriba, el sistema de Emulación de Video Expandida había creado la ilusión de un cielo nocturno terrestre que bloqueaba la vista de un techo de aleación distante.

Había pasado mucho tiempo desde que Max o cualquier otro habitante de la SDF-1 había visto un cielo real. Él ya estaba desafiando a las perspectivas al haber sobrevivido a tantos combates. La ilusión EVE era linda, pero él deseaba volver a ver los

verdaderos cielos, las montañas y los océanos de la Tierra antes de que saliera sorteado su número.

En otro lugar de la SDF-1 dos mujeres viajaban en un ascensor que bajaba hacia la cubierta del hangar en un incómodo silencio mientras observaban el brillo de los indicadores de nivel.

La comandante Lisa Hayes, la primer oficial de la nave, no se sentía cómoda con muchas personas. Pero la teniente Claudia Grant, que estaba con los brazos cruzados y evitaba la mirada de Lisa mientras que Lisa evitaba la de ella, había sido una amiga cercana - quizás la única amiga verdadera de Lisa- durante años.

Lisa trató de iluminar la oscuridad.

-Bueno, aquí voy otra vez. Parto para otra escaramuza con la plana mayor.

Eso en verdad que era ponerle la mejor cara. Ningún esfuerzo previo había convencido al Concejo de Defensa de la Tierra Unida de comenzar las negociaciones de paz con los invasores zentraedis o de permitir que la SDF-1 y sus refugiados civiles regresaran a casa. Lisa se había ofrecido para volver a intentarlo, para presentar la sorprendente evidencia nueva que acababa de surgir y para ejercer toda la presión que pudiera sobre su padre, el almirante Hayes, y lograr que él entrara en razón y después convenciera al resto del Consejo de Defensa de la Tierra Unida.

Claudia levantó la vista. Ellas eran una pareja extraña: Claudia, alta y de aspecto exótico, varios años mayor que Lisa y con la piel del color de la miel oscura; y Lisa, pálida, delgada y de aspecto bastante poco atractivo hasta que se la veía un poco más de cerca.

Claudia trató de sonreír pasando una mano por sus espesos rulos marrones.

-No sé si será de ayuda o no decir esto, pero deja de parecer tan sombría. Niña, me recuerdas al capitán de un barco que zozobra cuando averigua que cambiaron los botes salvavidas por reposeras. Va a ser difícil cambiar la mente de las personas así como así. Además, todo lo que pueden hacer es decir que no otra vez.

Había mucho más que eso, por supuesto. Una vez que ella estuviera en el vasto cuartel general del CDTU, el almirante Hayes no iba a permitir que su única hija dejara la Tierra -que regresara a la SDF-1 y a los interminables ataques zentraedis. Ni Claudia ni Lisa mencionaron que probablemente nunca volverían a verse otra vez.

-Sí, creo que sí -dijo Lisa cuando las puertas se abrieron y el ruido y el calor de la cubierta del hangar inundaron el lugar.

Las dos mujeres salieron hacia un mundo de rigurosas luces de trabajo. Había todo tipo de naves estacionadas por todas partes, estacionadas con las colas y los alerones plegados para una ubicación más eficiente.

Los grupos de mantenimiento estaban amontonados sobre los veritechs dañados en la batalla más reciente mientras que la gente de artillería preparaba a las naves alineadas para la próxima ronda de patrullas y vuelos de reconocimiento. La supervivencia de la SDF-1 dependía en gran parte de los veritechs; pero ellos habrían sido inútiles de no ser por el trabajo incansable, y a veces a contrarreloj, de los hombres y mujeres que los reparaban, arreglaban y rearmaban, y de los otros que arriesgaban sus vidas como parte de las dotaciones de catapulta de las cubiertas de vuelo.

Las chispas de las soldadoras volaban y los servos de los cargadores de artillería chillaban al poner los misiles y las municiones en su lugar. Claudia tuvo que elevar su voz para que la oyera.

-¿Le dijiste a Rick sobre el viaje o has estado demasiado ocupada como para verlo?

El estar ocupada no tenía nada que ver con eso y las dos lo sabían. Lisa había sacado en conclusión que su amor por Rick Hunter, líder del escuadrón Skull de veritechs, era unilateral. Al dejar la SDF-1 en una misión vital, ella casi seguro estaba abandonando cualquier oportunidad de alguna vez poder cambiar eso.

-Pensé en llamarlo desde el trasbordador -dijo.

Claudia ejerció un admirable autocontrol y no exclamó: ¡Lisa, deja de ser tan cobarde! Porque Lisa no lo era -ella tenía condecoraciones de combate para probarlo, medallas y "ensalada de frutas" que cualquier oficial de rango respetaría. Pero en lo que se

refería a las emociones, la competente y capaz primer oficial de la SDF-1 siempre parecía preferir esconderse debajo de una piedra en algún lugar.

El trasbordador estaba cerca del elevador de aeronaves de la esclusa de aire que lo iba a elevar hasta la cubierta de vuelo. Ya estaban a bordo el equipaje de Lisa y la evidencia que esperaba pudiera influenciar al almirante Hayes y a los otros del UEDC. El jefe de la tripulación estaba haciendo la última revisión de prelanzamiento.

-El trasbordador está casi listo para el lanzamiento, capitán -informó una técnica recluta-. Lanzamiento en diez minutos.

El capitán Henry Gloval cruzó el puente frotándose el bigote para echarle un vistazo a varios dispositivos.

-¿Alguna señal de actividad zentraedi en nuestra área? -su voz todavía llevaba las erres arrastradas y otras muestras de su lengua materna rusa.

-No hubo absolutamente ningún contacto, ninguna actividad en absoluto -dijo Vanessa al momento.

La estupenda armada zentraedi todavía seguía y rondaba a la errante fortaleza de batalla. Los extraterrestres atacaban una y otra vez pero en números insignificantes en comparación. La información de los desertores recién ahora estaba comenzando a poner luz sobre las razones para eso.

-¿No hubo nada en absoluto? -preguntó Gloval otra vez, pasando los ojos a través de las lecturas y las pantallas-. Mmm. Espero que esto no signifique que están planeando un ataque.

Se dio vuelta y caminó hacia la silla de mando con su alta figura erguida envuelta en el cuello doblado de la chaqueta de su uniforme y el birrete tirado sobre los ojos. Apretó su pipa fría y vacía entre los dientes.

-No me gusta para nada...

Lisa era su valiosa primer oficial; pero era más una hija para él. El convencerse de que ella era la persona lógica para esta misión le

había tomado toda su razón y su sentido del deber.

La primera recluta giró hacia Kim Young, quien operaba una posición cercana. Ella sabía que a Kim y a las otras dos reclutas de la guardia regular del puente, Sammie y Vanessa, se las conocía como el Trío Terrible, y que eran parte de la familia que formaban con Gloval, Lisa Hayes y Claudia Grant.

-Kim, ¿el capitán siempre se pone así... de preocupado?

Kim, una joven de rostro élfico que llevaba su cabello negro corto, mostró una sonrisa clandestina.

-La mayor parte del tiempo es una roca. Pero está preocupado por Lisa y, bueno, está Sammie... -comentó.

Sammie Porter, la menor del Trío Terrible, era una enérgica veintenaria de espesa melena rubia oscura. Ella por lo general no conocía el significado del temor... pero por lo general tampoco conocía el significado del tacto. Era concienzuda y brillante, pero a veces excitable.

La partida de Lisa había significado una redistribución de obligaciones en su guardia y Sammie había terminado con un montón de las responsabilidades de coordinación que comúnmente cumplían Claudia y Lisa.

-Escuadrón Yellow, por favor vaya a las coordinadas preasignadas antes de requerir lecturas computarizadas -le ordenó a una unidad de mecas de ataque por el circuito de comunicación. Las enormes máquinas de guerra robotech eran parte de la fuerza defensiva de la nave. Los exaliburs, spartans y raider x eran como un híbrido entre un caballero con armadura y un acorazado caminante. Estaban entre las unidades que custodiaban a la nave en sí, mientras que los veritechs batallaban afuera en el espacio.

Gloval se acercó para espiar lo que ella estaba haciendo.

-¿Todo bien? Ningún problema, espero.

Sammie se dio vuelta.

-¡Capitán, por favor! -le largó-. ¡Tengo que concentrarme en estas transmisiones antes de que se amontonen!

Después volvió a darle órdenes a los torpes mecas, asegurándose de que las torretas de armas y las baterías de misiles estuvieran alertas, y de que los datos de inteligencia y los informes de situación estuvieran actualizados.

Gloval se enderezó apretando su pipa entre los dientes otra vez.

-Disculpa. No quise interrumpir.

Kim y Vanessa le hicieron miradas furtivas y asentimientos apenas perceptibles para que él supiera que Sammie tenía todo bajo control.

Gloval había llegado a aceptar la ocasional falta de diplomacia de Sammie como un componente de su vehemente dedicación al servicio. A veces le recordaba a un pequeño y traicionero perro ovejero.

Gloval contempló al Trío Terrible durante un momento. Por alguna broma de los dioses habían sido estas tres a quienes los primeros espías zentraedis -Bron, Konda y Rico- habían conocido, y para decirlo claramente, con quienes habían comenzado a salir y con las que habían formado un vínculo.

Las líneas normalmente claras entre la vida personal y las cuestiones que concernían al servicio se estaban volviendo muy borrosas. Los zentraedis parecían decentes, pero ya había informes de incidentes feos entre los desertores y algunos de los habitantes de la SDF-1. Gloval estaba preocupado por el Trío Terrible, estaba preocupado por los zentraedis -desconfiaba de que, después de todo, las dos razas nunca pudieran coexistir.

Y por sobre todo, no podía sacarse la sensación de que debía establecer toques de queda, proveer chaperones o hacer algo paternal. Estas cosas lo preocupaban en los breves momentos en que no estaba haciendo lo posible por ver que no destruyeran todo su comando.

-Escolta de vuelo del trasbordador prepárese para lanzamiento, cinco minutos -dijo Sammie, inclinada sobre su consola. Giró hacia Gloval-. El trasbordador está listo, señor. Lisa partirá en cuatro minutos cincuenta segundos.

Capítulo 2

Por supuesto, las manos ociosas no son el taller del diablo; esa es una argumentación básica.

Más bien, la mano que siempre está ocupada en recurrir a nuevas maquinaciones y en mantener el preparado hirviendo es la que causa los mayores problemas. Aquellos que deseen refutar esto, harían mejor en pensar sobre lo que sucedió todas las veces que Khyron se ponía inquieto.

*Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai,
Khyron.*

Max Sterling, con el casco de vuelo acunado en su brazo izquierdo, caminó a las zancadas por la frenética actividad de la cubierta del hangar y escuchó el eco de la voz de Sammie en el sistema de altoparlantes.

-Sammie está sustituyendo a la comandante -dijo.

A su lado estaba el reemplazo del escuadrón Skull, el cabo Elkins, a quien lo habían transferido del escuadrón Wolf para ayudar a llenar los baches que quedaron en las filas del Skull después de la refriega con los zentraedis.

-Espero que se mantenga en calma -remarcó Elkins-. La última vez me hizo volar en ochos alrededor de un mástil de radar.

Max se rió entre dientes y después se olvidó de la broma, distraído.

-Vaya.

Elkins vio a lo que apuntaba Max. Los técnicos habían desarrollado una nave prototipo, algo sobre lo que todos en los escuadrones veritech habían escuchado hablar. Era como un VT

convencional, un caza ultra suave, pero tenía dos cápsulas de aumentación montadas sobre los pivotes de sus alas.

Los VTs convencionales eran en sí una clase de milagro, el uso más avanzado de la robotecnología que los humanos habían aprendido de los despojos de la SDF-1 cuando la fortaleza de batalla extraterrestre se estrelló en la Tierra doce años atrás. Los dientes asesinos de la SDF-1 estaban formados por sus mechas, sus baterías primaria y secundaria, y su arma principal asombrosamente poderosa; pero los VTs eran las garras de la nave. Y este nuevo modelo remozado era el primero de una generación más poderosa, un avance mayúsculo en artillería y rendimiento.

-¿Acaso eso no es algo digno de volar? -murmuró Max. Deseaba que saliera bien en las pruebas de vuelo; los humanos necesitaban cada ventaja que pudieran conseguir.

-Cuando estén listos para darme uno, lo tomaré -dijo Elkins-. En fin, cuídate allá arriba, Max.

-Anoté todo lo que podría causar problemas -dijo Lisa en la cima de la escalera de abordaje del trasbordador.

-No te preocupes por nada -le dijo Claudia. Después puso sus manos sobre los hombros de Lisa-. Te veré aquí en unos cuantos días, ¿está bien?

Lisa trató de sonreír. ¿Qué le dices a alguien más querido que a una hermana?

-Eso espero. Tú cuida las cosas.

Uno de los del personal de tierra sonó un silbato y Lisa retrocedió hacia la compuerta de entrada del trasbordador.

Los escalones móviles se alejaron del rechoncho trasbordador. Claudia le hizo una venia a Lisa por primera vez en tanto tiempo que ninguna de ellas podía recordar cuando fue la última. Lisa la devolvió con elegancia. La compuerta redonda decorada con la insignia de la Fuerza de Defensa Robotech se cerró.

No había otros pasajeros, claro; el contacto con la Tierra fue menos que inexistente desde que los regentes del UEDC decidieron

que la fortaleza dimensional tenía que ser un señuelo que alejara al enemigo del planeta. Salvo unos cuantos contenedores de despachos clasificados y cosas por el estilo, ella tenía el compartimiento de pasajeros para ella sola.

Lisa se sentó en el frente del compartimiento cerca de una consola de comunicación.

-¿Esta es una línea segura? -le preguntó a un tripulante que pasaba.

-Así es, señora. Es mejor hacer cualquier llamada ahora; no se puede decir con qué problemas nos podemos encontrar afuera.

-La haré.

Él estaba paseando por una tranquila calle de Macross cuando la voz dijo:

-Repito: teniente Rick Hunter, tiene una llamada.

Por un momento ni siquiera estuvo seguro de dónde se encontraba. Arrastraba los pies y vestía ropa de civil que se sentía un tanto extraña -la primera vez que se ponía algo que no era un uniforme o un traje de vuelo en semanas. Había estado ensimismado mucho tiempo tratando de arreglar las cosas, de entender sus propios sentimientos y enfrentar ciertas verdades.

Fue hacia uno de los omnipresentes teléfonos de comunicación amarillos y se identificó. La llamada que entró trajo una señal de línea segura para adecuar el teléfono público con ella. Mientras las máquinas pasaban por su codificación, Rick miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera lo suficientemente cerca como para escuchar.

La gente sólo estaba pasando y ni siquiera se molestaba en mirar al compacto joven de cabello negro que estaba en el teléfono. Eso a él no le importaba; necesitaba descansar unas cuantas horas de ser el líder del escuadrón Skull -necesitaba estar algún tiempo alejado del peso del mando.

Él había sido un civil arrogante cuando entró por primera vez a la fortaleza dimensional dos años antes. Roy Fokker lo había metido

en el servicio militar a regañadientes, su Gran Hermano -el amante de Claudia Grant. Rick Hunter había sobrevivido a más peleas aéreas de las que podía recordar, había escrito tantas cartas de condolencias a las familias de los pilotos VT muertos que se forzaba a no pensar en ellas, había estado en el funeral de Roy Fokker y de otros incontables. Sólo quería excluirlos de su mente.

Todavía no tenía veintiún años de edad.

Se había establecido el circuito de comunicación.

-¿Rick? Soy Lisa.

Él sintió como si hubiera estado bajo observación mientras caminaba sin rumbo por las calles. Lisa y Minmei; Minmei y Lisa. Su cerebro le fallaba en ese ciclón emocional donde sus sentimientos por las dos mujeres giraban y desafiaban todo análisis, toda decisión.

-¿Qué puedo hacer por ti? -Ay. Mal. Se dio cuenta de eso tan pronto como lo dijo, pero era demasiado tarde.

-Quería que lo sepas, Rick. Me voy de la SDF-1. Estoy en camino a la Tierra para tratar de lograr que ellos detengan la guerra.

Él volvió a mirar a su alrededor rápidamente para asegurarse de que ningún civil tuviera oportunidad de oír. Ya había suficientes disturbios en la fortaleza dimensional como para esparcir nuevos rumores y elevar expectativas que casi seguro quedarían frustradas. Al mismo tiempo sintió un vacío. ¡Ella se va!

-¿Por qué no me dijeron sobre...

-Todo es ultra secreto. Rick, puede que no me permitan volver.

Lisa rodeó el receptor con las manos y lo miró con tristeza mientras movían al trasbordador hacia el elevador de aeronaves para el viaje hasta la cubierta de vuelo. El VT de Max Sterling estaba cerca de él.

-Por eso... quiero decirte algo -dijo con gran esfuerzo.

¡Oh, dilo! -la voz de Claudia pareció aullarle. Pero no pudo hacerlo.

-Aprecio todo lo que has hecho y ha sido un honor servir contigo -dijo en cambio-. Tus observaciones sobre nuestro cautiverio en el cuartel general extraterrestre serán una parte importante en mi informe cuando...

-¿De qué estás hablando, Lisa? -algo que momentos antes había

sido turbio para él ahora era claro como el agua-. ¡No me importan los informes ni nada más si tú no vuelves!

¡Díselo! ¡Dilo! -pero ella ignoró la voz, no pudo enfrentar el rechazo. Él amaba a la luminosa superestrella Minmei, y a Minmei le gustaba Rick. ¿Quién podía competir con eso?

-Por favor, cuida a los desertores zentraedis, Rick -terminó diciendo-. Gran parte de nuestra gente todavía no tuvo tiempo de razonar las cosas y los extraterrestres están en peligro.

El personal de catapulta había sujetado al trasbordador en la cubierta de vuelo para el lanzamiento, la gente de enganche había despejado y los deflectores de ráfagas se habían elevado desde la cubierta detrás de la astronave. En un costado, el VT de Max deslizó las alas y levantó sus estabilizadores verticales.

Lisa sostuvo el transmisor con ternura.

-Estamos despegando. Adiós. Y gracias otra vez.

-¿Qué? ¡Espera! -pero el circuito estaba muerto.

Llegó a una cubierta de observación justo a tiempo para ver que un pequeño grupo distante de luces se esfumaba en la oscuridad, las toberas de la formación.

-El trasbordador y las escoltas están procediendo de acuerdo al plan de vuelo -le dijo Vanessa a Gloval en voz baja. En realidad nadie dijo que había que controlar tan de cerca al vuelo de Lisa; pero nadie había objetado la idea tampoco, y el Trío Terrible mantenía la vigilancia de cerca.

De vuelta en su estación, Claudia estaba alerta ante cualquier tono de voz, como todos los demás.

-¡Capitán! -dijo Vanessa con un tono brusco y alarmado, y el corazón de Claudia se saltó un latido-. Los elementos de la flota zentraedi se están reorganizando. Están acercándose al trasbordador en curso de interceptación.

Gloval miró sus representaciones de situación, los tableros de captación y las proyecciones computarizadas. Claudia mantenía un ojo sobre el tablero y uno sobre Gloval.

Parecía muy calmado. Ahora que había llegado la batalla, él era una fuente de tranquilidad.

-Ordénales que tomen acción evasiva cuando sea necesario o que regresen a la SDF-1 si es posible.

Claudia casi exclamó una súplica para mandar refuerzos, pero ella podía leer las representaciones tan bien como cualquiera. Más fuerzas zentraedis estaban tomando posición, aparentemente para separar al trasbordador de la fortaleza dimensional. Aporreada y escasa de personal, la SDF-1 casi no podía darse el lujo de arriesgar todo un escuadrón VT para salvar un trasbordador y sus escoltas.

Sin importar quien pudiera morir.

Las alarmas y las luces de emergencia sacaron a Lisa de una oscura desesperación. El piloto del trasbordador hizo el anuncio.

-Se acerca nave enemiga. Todas las tropas, acuartelamiento general. Aseguren para el acuartelamiento general.

Hubo un fuerte rechinar cuando las secciones acolchonadas de la armadura de protección se deslizaron para ubicarse alrededor del asiento de Lisa. Ella tiró con calma de su portafolio hacia la cuestionable seguridad del capullo metálico, aseguró su arnés de aceleración y el empuje de la nave la volvió a presionar contra el acolchado del asiento.

Max Sterling aceptó la noticia casi amigablemente. La herencia que conformaba la orgullosa tradición del piloto de guerra permanecía fuerte. Morir era a veces inevitable, pero perder la serenidad era inexcusable.

-El enemigo se está aproximando a las seis -dijo con menos emoción de la que la mayoría de la gente usa al hablar del clima-. Fórmense en despliegue gamma y sigan con sus escoltas.

Los otros VTs dieron sus entendidos y se movieron para cumplir. Max iba a darle a Lisa un saludo de aliento, pero el capullo blindado ya se la había tragado.

Se abrió para tomar su propia posición. Las maniobras aerodinámicas de los VTs parecían extrañas en el vacío y en la

gravedad cero del espacio, pero los pilotos venían de una tradición de aviación naval. Ellos pensaban de cierta forma sobre volar, y pensar era la mitad de la clave de la robotechología. Las maniobras aerodinámicas desperdiciaban energía, pero la robotechología estaba llena de eso.

Max esperaba que esto fuera otra treta. Al igual que Gloval y muchos otros, había notado que parecía haber dos facciones diferentes -casi una esquizofrenia- entre el enemigo. Un bando estaba jugando un juego de espera, determinado a capturar intacta a la SDF-1 por razones que los humanos todavía no podían adivinar y que los desertores de bajo rango, que no eran partícipes de la información estratégica, no podían clarificar.

Los otros elementos -precipitados, impredecibles y casi irracionales-, montaban ataques repentinos y fuertes contra la fortaleza dimensional, aparentemente para intentar destruirla sin pensar en las consecuencias. Estaba cada vez más claro que el comandante enemigo responsable de esto tenía un nombre conocido, y a veces hasta temido, por todos los zentraedis.

Khyron el Traicionero.

-Comandante, el blanco ha cambiado de curso -dijo el piloto de un pod zentraedi con la burbuja facial de su armadura de combate iluminada por sus instrumentos-. Y los cazas micronianos se están reubicando para interceptación.

Los mechas extraterrestres, dos docenas y más, estaban en formación de ataque -con sus enormes cuerpos ovoides cargados de tubos de cañones montados sobre largas zancas, lo que los hacía parecer avestruces sin cabeza. A la mayoría se los podría haber considerado "sin brazos", pero el officer's pod llevaba armas pesadas que se parecían a gigantescas derringers.

En el pod de la delantera estaba Khyron el Traicionero.

Él no se adecuaba a la mayor parte de los estereotipos del brutal adalid. Muy en contra de los convencionalismos de los zentraedis -su simplicidad espartana y su repugnancia por el amaneramiento-, a

Khyron lo podrían haber llamado presumido si semejante palabra o concepto existiera en su raza.

De aspecto juvenil y siniestramente atractivo, miraba las pantallas de la cabina de su pod pensando en la matanza. Le habían prohibido atacar a la SDF-1 otra vez bajo pena de ejecución inmediata, pero nadie había emitido órdenes relacionadas con una pequeña y suculenta caravana.

En cuatro ocasiones las sabandijas micronianas lo habían humillado. Su odio había crecido geométricamente con cada derrota. Se puso incandescente cuando vio la clase de perversiones que practicaban los micronianos: los machos se mezclaban con las hembras, los sexos se ponían en contacto de una forma u otra y expresaban su patético afecto los unos por los otros. Se comportaban de manera seductora, algo desconocido para los zentraedis. Los micronianos se emparejaban, a veces formando lazos de por vida, llevados por impulsos y estímulos que Khyron apenas estaba comenzando a percibir.

Esto lo repelía y lo fascinaba; lo obsesionaba y lo poseía. Por eso sabía que no tenía otra alternativa más que destruir por completo a los micronianos o volverse completamente loco.

-Nada puede salvarlos -se relamió-. Todas las unidades: ¡ataquen de inmediato!

Los pods se acercaron cabalgando sobre las brillantes flamas de sus toberas y moviendo sus armas en respuesta a sus servos de apuntamiento. Los VTs se desplegaron para encontrarlos.

-Capitán, el trasbordador llegó a las coordenadas Lambda treinta y cuatro -gritó Sammie-. ¿Enviamos refuerzos?

La tripulación del puente observó a Gloval esperando que él dijera sí tanto como él mismo lo deseaba. Pero eso habría dejado a la SDF-1 desprotegida; los zentraedis ya habían intentado una maniobra diversiva similar para preparar un ataque mayor.

Debido al número críticamente bajo de VTs en condiciones de volar en el espacio que quedaba hasta que la fabricación de

maquinaria robotech pudiera producir reemplazos, él no podía arriesgarse a mandar a un escuadrón de cazas o arriesgar a los pilotos que eran tan cruciales para la supervivencia de la nave.

-No hasta que sea absolutamente necesario -dijo férreamente. Las mujeres volvieron a sus trabajos en silencio. Gloval no se explayó en la cuestión de los refuerzos, pero ya lo había decidido: no podía arriesgar una formación de VTs, pero había una jugada desesperada que podía efectuar si la situación del trasbordador empeoraba.

En el sector del espacio vacío designado lambda treinta y cuatro, el veritech de Max Sterling pasó por un veloz cambio. Era lo que el Dr. Lang, el escalofriante genio robotech, denominaba "mechamorfosis": la alteración de la estructura del caza.

Max había tirado de la palanca que ponía a la nave en modo battloid y pensó al mecha a través de este cambio. El VT cambió a battloid, tomando la apariencia de un gladiador futurista vestido con una voluminosa armadura ultra tecnológica llena de armas. Dos pods se acercaron a él disparando los cañones.

Capítulo 3

¿Ese presumido indisciplinado? ¿Ese piloto civil de palanca de videojuego? ¡Que desperdicio de tiempo y esfuerzo!

Comentario atribuido a Lisa Hayes tras haber sido informada de que el aprendiz Rick Hunter había calificado como piloto VT en 2009 D. C.

Los pods dispararon con las armas primarias y secundarias que sobresalían de sus petos blindados, pero los disparos azules convergieron en el vacío absoluto. El battloid de Max no estaba donde había estado una fracción de segundo antes.

El battloid tenía el cañón automático en su puño metálico, manejaba los propulsores de su mochila con la agilidad de un gimnasta y se movía como una libélula. Giró alrededor de un pod y abrió fuego.

La ametralladora estaba cargada con balas transuránicas vacías, grandes como bujías y mucho más pesadas -eran proyectiles de alta potencia y extremadamente densos que liberaban enormes cantidades de energía cinética. La armadura del pod voló como papel picado y explotó en una descarga de energía y chatarra.

Max todavía se evadía a una velocidad cegadora cuando giró sus miras hacia el segundo pod. Lo acribilló antes de que el piloto enemigo pudiera apuntarle, formando un compacto grupo de agujeros en el centro del mecha enemigo con forma de huevo. El pod se convirtió en una efímera bola de fuego.

Ningún sistema de control manual o computarizado podría haber generado esa maniobrabilidad asombrosa, esas respuestas instantáneas y ese tiroteo mortal. Sólo la "gorra pensante", la

interfase entre la mente y el mecha, podía obrar semejante magia de la RDF.

Los otros VTs ya se habían unido contra el enemigo. Los mechas giraban y embestían; sus misiles salían como tirabuzones y chispeaban mientras los rayos de energía y las potentes balas gatling iluminaban la oscuridad. Pero los pods tenían la ventaja del número por más de dos a uno, suficiente como para ocupar a cada veritech y dejar que más pods fueran tras el trasbordador.

El piloto del trasbordador hacía maniobras evasivas y corría por resguardo con toda la energía de emergencia. Pero no había resguardo; el trasbordador no era rival para la velocidad de los pods y los zentraedis se le acercaron disparando. El armamento ligero del trasbordador y su falta de habilidad para maniobrar lo convertían en una presa fácil, pero el capitán del trasbordador hacía lo mejor que podía para tratar de evadir. Tarde o temprano esperaba poder lanzarse hacia la Tierra, que estaba desesperadamente cerca, sabiendo que el CDTU nunca iba a permitir que ninguna de sus fuerzas interviniera, ni se iba a arriesgar a poner la cólera zentraedi en la propia Tierra. Él no podía esperar ninguna ayuda por ese lado.

El disparo de un cañón zentraedi caló una línea de tres agujeros rodeados por metal derretido en el ala de babor del trasbordador. Lisa sintió que la nave se sacudía dentro de su capullo blindado y se aferró a los apoyabrazos acolchonados en espera de ver cuál sería el resultado de la batalla.

El pod atacante era uno de tipo modificado que llevaba un amplificador para el cañón de partículas que le agregaba poder de fuego. Giró para regresar a rematarlo pero justo en ese momento llegó Max haciendo picar a su battloid de cabeza hacia la batalla. El battloid le estrelló un enorme hombro blindado y volteó al pod hacia un costado como si fuera un jugador de rugby.

Después el battloid de Max Sterling cambió astutamente a propulsores de pie y disparó. La lluvia de balas perforantes traspasó una docena de veces al enemigo y este retrocedió como un ser vivo herido. No hubo explosión secundaria -algo muy poco común dado que los sistemas de energía de los mechas enemigos por lo general se convierten en pirotecnia una vez que les perforan la armadura.

Dos pods más se le acercaron, uno con bastidores extra de

mísiles y otro con esas extrañas orejas de conejo que poseen las naves de comunicaciones de guerra zentraedi. Max fue hacia ellos esquivando y evadiéndose para mantenerse fuera de sus fuegos cruzados e hizo que su battloid lanzara disparos cortos con su cañón automático.

Habían perdido a uno de los VTs de la escolta y otro quedó dañado con el primer ataque. Varios de los otros todavía estaban trabados en combate, pero el resto, al igual que Max, habían pasado con éxito su primer duelo y se estaban enfrentando con nuevos oponentes. Llegó algo de ayuda y Max comenzó a sentir confianza en que podía mantener a los pods alejados del trasbordador dañado.

Pero justo en ese momento Elkins aulló en la red táctica.

-¡Más pods! ¡Se nos acercan más pods... media docena!

La boca de Max se volvió una línea delgada cuando entró para enfrentarse con sus actuales oponentes lo más rápido que podía. Recordó cierta superstición de los pilotos que hablaba sobre lo que le había dicho a los hombres en el callejón. Quizás los tabúes tenían razón y hablar sobre no volver era una mala suerte letal.

-Los escoltas están superados en número -dijo Kim sobre su hombro sin sacar los ojos de sus instrumentos.

-¡Se les acercan más pods! -agregó Vanessa-. Están cortando el escape del trasbordador.

Gloval estaba hundido en la silla de mando con la visera de su birrete puesta sobre sus ojos. Ni siquiera una formación de veritechs podía llegar allí a tiempo y él no tenía veritechs para derrochar. Pero...

-¿Cuánto tiempo le tomaría para llegar allí al prototipo de veritech blindado?

Sammie ya tenía las gráficas.

-Aproximadamente cuatro minutos desde el lanzamiento a máxima velocidad.

Claudia se mordió el labio inferior mientras miraba a Gloval. La cabeza del capitán se irguió.

-¡Prepáralo para el lanzamiento!

Claudia retransmitió la orden y elevó una plegaria silenciosa.

-¿Quién lo volará, señor? -preguntó Sammie.

-Llama enseguida al teniente Hunter a la cubierta del hangar. Dile que no sabemos cuánto más pueda resistir Sterling.

El sistema de altavoces de la nave y unos cuantos segundos en un circuito de comunicación pusieron en camino a Rick, ansioso y muy intenso, en un jeep requisado al que le hizo señas para que se detuviera en medio de un bulevar de Macross. El infante que conducía era un hombre capaz al que le gustaba tener una excusa para romper todas las leyes de tráfico.

Rick prácticamente se vistió en el camino y minutos después el elevador de aeronaves levantó al VT blindado de aspecto jorobado hasta la cubierta de vuelo.

-Teniente, su destino es Lambda treinta y cuatro -le dijo Sammie a través de la red de mando.

-¿Lambda treinta y cuatro? ¿De qué está hablando?

En el puente, Claudia se volvió hacia Sammie.

-¿No te cercioraste de que todos los pilotos recibieran los nuevos códigos de referencia cartográfica?

Sammie parecía devastada.

-Yo estaba muy ocupada... no creí que él necesitara uno hasta que entrara en servicio más tarde.

Se retransmitió el estatus de la aeronave; el VT blindado estaba enganchado y listo para el lanzamiento. Sammie rechinó los dientes ignorando las silenciosas miradas del resto de la guardia del puente y, sobre todo, el funesto silencio de Gloval. ¡Ella no podía permitir que su equivocación significara la muerte de Lisa!

Sammie abrió el micrófono de nuevo y con los ojos cerrados se concentró en ajustar de memoria las coordenadas y los códigos.

-¡Las coordenadas en el código invalidado están en Comadreja veintiuno!

Rick despegó sin perder tiempo para acusar recibo. El VT

blindado ganó velocidad como ningún otro mecha de producción humana hubiera demostrado alguna vez. Un hombre solo en una nave sin probar volando contra una terrible desigualdad -y si él perdía, la mujer que era la mayor esperanza de paz para la humanidad también moriría.

Desde el principio Max supo que las posibilidades de que llegara ayuda de la SDF-1 eran escasas. Ahora estaba resignado al hecho que no iba a haber ayuda, aunque no lo divulgó ante a los decrecientes sobrevivientes de la formación de escoltas.

Los otros pilotos VT habían volado bien y con valentía; su taza de matanzas era alta, pero seguían cayendo uno a uno en las silenciosas explosiones globulares de una competencia espacial -una batalla aérea en masa. Max Sterling volaba como ningún piloto lo hizo antes que él, como un segador austero, un espectro mortal, un demoníaco mecha invencible con forma de battloid.

El battloid cambió los vectores y subió verticalmente fuera de la salva de un pod; interfirió algunos de sus misiles con el equipo de ECM y esquivó el resto con una actuación majestuosa. Max apuntó el gatling hacia él, lo regó con un chorro de balas de alto calibre con trazos brillantes y lo voló en pedazos.

Pero el enemigo todavía se acercaba y estaban llegando más. Parecía un día para morir.

Giró para volver con Elkins, para permanecer juntos y proteger el trasbordador hasta el final. Pero la nave de Elkins desapareció en un feo brote de fuego y esquirlas. La escolta se había dividido en cinco. Entre tanto, los que se acercaban a ellos cuadruplicaban ese número.

Khyron observaba alegremente mientras permanecía en su officer's pod alejado de la acción. Sospechaba que el líder enemigo, el

increíblemente rápido y mortal veritech con visos azules, era el mismo que había enviado a tantos zentraedis a la derrota y a la muerte -que hasta había humillado a la presumida Miriya, el as de ases femenino de las quadronos.

Khyron no tenía prisa para encabezar el ataque y enredarse personalmente con el diablo microniano; sería suficiente con eliminar al resto de su comando por cansancio y dismantelar al mago veritech por la simple influencia de los números. ¡Entonces Khyron podría jactarse en la cara de Miriya y en las caras de todos los otros que se rieron de él en secreto!

Más pods se aproximaron. Pero en ese momento llegó un importuno.

-Uno solo -informó un piloto de pod y Khyron descartó el tema con frialdad. Un veritech más no iba a importar.

Su opinión cambió un momento después. El caza aceleró a velocidades inauditas y maniobró con más agilidad de lo que cualquier mecha microniano había logrado alguna vez. Su perfil jorobado no coincidía con ninguna identificación computarizada.

En aquel momento la extraña máquina nueva soltó una tormenta de fuego de misiles criminalmente rápidos y precisos de una clase nueva, balas de cañón automático mucho más veloces que liberaban mucha más energía cinética en el impacto y disparos de rayos láser intermitentes tan poderosos a corto alcance como cualquier proyectil de plasma.

El recién llegado, más rápido que el líder de la escolta, entraba y salía entre los pods, golpeaba y desaparecía. Convirtió en añicos a dos mechas zentraedis y siguió para eliminar a otro mientras las dos primeras explosiones todavía se estaban englobando.

De repente los pods quedaron como muchas palomas gordas antes del ataque de un halcón propulsado.

El éxito inicial de Rick fue tan arrasador, tan pronunciado e irresistible, que se descuidó.

Después de ver a más de una docena de acechadores arder en llamas, empezó a cambiar a modo guardián. Pero se olvidó de la gran velocidad que traía y la retropropulsión repentina de la nave casi hizo que su cabeza atravesara el panel de instrumentos y partiera al medio su gorra pensante.

Él apenas si se recuperó. Agitó la cabeza; la tensión del arnés de seguridad que atravesaba su torso le había quitado la respiración. Mientras temblaba consiguió controlarse a sí mismo y a su nave, y puso presión en la lucha otra vez.

Y una vez más los pods zentraedis fueron blancos gordos a su merced. Arremetió contra ellos e hizo que el VT gastara una sorprendente cantidad de artillería al hacer tiro al blanco con los pods como si fueran blancos de arcilla.

Khyron había visto suficiente; no tenía ningún deseo de enfrentarse con este intruso tremendamente rápido y temiblemente armado. Antes de ordenar que sus tropas retrocedieran se cercioró de que su propia retirada estuviera en marcha.

Eso no significaba que su sed de venganza estuviera saciada, claro; en todo caso, era peor. Ahora era un tormento constante, y lo sería hasta que destruyera a las sabandijas enemigas de una vez por todas.

El informe de Max llegó por parlantes del puente.

-El enemigo rompió el contacto y se retiró. El trasbordador recibió daños mínimos y sigue adelante. Con su permiso, vuelvo a la SDF-1 con las naves de la escolta que quedan debido al daño sufrido durante el ataque. El teniente Hunter escoltará el trasbordador hasta la Tierra.

Gloval concedió el permiso.

-Ese veritech blindado tiene tanta velocidad y potencia de fuego que equivale a diez cazas regulares -respondió Gloval ante la mirada dudosa de Claudia.

Y mil más como ese nos pondría en una situación pareja con nuestro enemigo -pensó para él. ¡Es más, debemos tener la mayor cantidad que podamos tan pronto como podamos!

Sammie se estiró y bostezó.

-¡Estoy exhausta! Desearía que la comandante Hayes estuviera de regreso.

Claudia le clavó la mirada.

-¡Casi la perdimos para siempre con ese despiste tuyo con el código!

Sammie parecía desanimada, joven y llorosa; estaba más disgustada por el peligro de Lisa que por el temperamento de Claudia, el cual podría poner en problemas muy serios a cualquiera que enfureciera a la oficial del puente.

Pero Claudia se ablandó después de un momento. Después de todo, Sammie había sacado las cosas del fuego.

-Está bien, niña -dijo Claudia, volviendo a su consola-. Todos aprendemos de los errores.

Gloval pensó en eso mientras miraba fijamente y en silencio por el mirador delantero. ¿Eso también se aplicaba a los zentraedis? ¿Y a los gobernantes del CDTU?

¿Se los podía convencer a todos ellos de que la guerra era un error catastrófico?

Los escudos de protección se retiraron para mostrarle a Lisa un compartimiento de pasajeros que la batalla parecía no haber afectado. Ella todavía estaba un poco sofocada y machucada por el zarandeo que había recibido dentro del capullo acolchonado y blindado.

El piloto del trasbordador la había mantenido al tanto de la batalla y ella se sintió un poco floja por el alivio. Era tan vital que ella llegara a la Tierra, que hablara por la paz -hace mucho tiempo atrás se había resignado a la posibilidad de morir en la guerra, pero morir en ese momento era una tragedia demasiado inmensa para considerar.

-Comandante Hayes -la voz del piloto llegó por el intercomunicador-. Tenemos una llamada de comunicación para usted del teniente Hunter, quien ahora está volando como nuestra escolta. Ya lo conecté.

Así que Rick era el que vino al rescate en el VT blindado; había esperado que así fuera y, sin embargo, había temido por su vida durante toda la lucha. Ella recogió el radiorreceptor.

Los paneles blindados se estaban decorriendo de todos los miradores. Ella vio al veritech jorobado de la nueva generación.

-¿Lisa, estás bien? -ella le oyó decir.

-Sí. Porque viniste a ayudar -ella vio que él la miraba con angustia a través de la carlinga del VT.

Yo nunca fui buena para el drama emocional -pensó ella-. Debí haber sabido que no podría librarme con un discurso de despedida ensayado.

-No hay de qué -estaba diciendo él-. ¿Ahora, qué es todo eso de que no vas a volver?

-Hay razones, Rick.

-¿Aunque tu padre esté en el CDTU?

-Especialmente por eso. Además, a ellos no les va a gustar lo que voy a decirles.

Hubo una sensación de agitación cuando el trasbordador entró en la atmósfera de la Tierra. Él buscó algo apropiado que decir sabiendo que tenía que volver en segundos.

-Espero que estés a salvo -fue todo lo que se le ocurrió.

-Gracias. Estoy segura de que estaré bien.

-Em -él sabía que la llamada estaba conectada a través del sistema de comunicación del trasbordador, accesible a los pilotos, siempre y cuando ellos no estuvieran ocupados con su maniobra de entrada atmosférica-. Hay algo más... algo privado. Aquí; mira.

Había retrocedido cerca del trasbordador fuera de la línea de visión de los pilotos. Ella podía ver claramente que él la miraba. Ella estaba desconcertada.

-¿Qué es?

-Claves.

Él comenzó a encender las luces de posición de su VT en claves, breves combinaciones de puntos y líneas que representaban palabras enteras para las rápidas comunicaciones manuales en código Morse. Lisa estaba un poco fuera de práctica, pero vio que podía leerlo.

ME AGRADAS MUCHO. ME QUEJO A VECES PERO CREO EN TI.
TE EXTRAÑARÉ MUCHO SI NO VUELVES. POR FAVOR REGRESA
PRONTO.

Él pudo leer sus labios, así de cerca estaban el VT y el trasbordador.

Lo intentaré. Hasta luego, Rick.

Él hizo una venia -un chiste entre ellos, dado a su falta de disciplina militar cuando se conocieron y discordaron por primera vez.

El VT blindado se abrió y se dirigió hacia la SDF-1; los vórtices azules de sus propulsores que se encogieron hasta igualar las llamas y después desaparecieron. El trasbordador saltó un poco más cuando golpeó la atmósfera más densa.

Capítulo 4

Me he familiarizado con la cultura del enemigo para efectuar mejor mi misión de espionaje. ¡Qué cosa repulsiva y despreciable que es!

Todo parece girar en torno a su macabro y sádico método de reproducción, y eso los obsesiona constantemente. ¡Los humanos -micronianos- hasta crean leyendas falsas sobre eso! Se sumergen en historias dónde los machos y las hembras se envenenan entre sí, se apuñalan o simplemente expiran por una misteriosa cosa llamada "melancolía". O si no, las parejas imaginarias se marchan juntas y pasan todo su tiempo en intimidades repugnantes y vanas.

Nuestros enemigos languidecen en estas falsedades de la forma en que nosotros podríamos disfrutar de un remojón caliente al final de una larga campaña.

¡Qué perversión! ¡De verdad, esta es una especie que debe ser exterminada!

Miriya Parino, de las notas provisionarias de su informe de Inteligencia para el Alto Mando zentraedi.

Ella era lo bastante atractiva como para atraer las miradas incluso en la atestada plaza de Macross, donde normalmente las personas tenían prisa y algunas de las mujeres más atractivas de la fortaleza dimensional iban para que las vieran.

Las botas taconeaban en los mosaicos con arabescos de la plaza y el pelo teñido de verde flotaba con la velocidad de su paso y de las ligeras corrientes de aire de los fuelles de circulación de la nave; no miraba ni a la derecha ni a la izquierda. Las personas le deban

paso y ella casi no se daba cuenta de su existencia, ni siquiera de los hombres que la miraban con tanta admiración.

¡Finalmente descubrí una de las razones por la que estos micronianos han desarrollado una habilidad tan asombrosa al manejar sus mechas! -Miriya, la piloto de combate más grande de su raza, se alegró un poco. Esa no era la razón por la que había venido a la SDF-1 como espía pero era un paso para entender a su presa, y eso era regocijante. Los datos de Inteligencia también iban a ser de interés para el Alto Mando zentraedi, otro logro para su reputación.

No era que Miriya lo necesitara. Como una semidiosa de guerra, ella no tenía igual. Sus matanzas y victorias superaban en gran número a las su rival más cercano. Había perdido una sola vez en su vida y se había sometido a la micronización para venir a la SDF-1 a enmendar eso.

Miriya dejó la calle y su mediodía de EVE, y entró en el oscuro e intermitente mundo que recientemente había descubierto. En toda la galería de juegos las personas estaban de pie o se sentaban encorvados sobre las pantallas resplandecientes para jugar contra las máquinas.

Las caras de los jugadores iluminadas por las pantallas estaban tan concentradas, sus movimientos eran tan ágiles y rápidos -¿qué otra cosa podría explicar eso más que el adoctrinamiento militar y la avidez por el combate? ¿Qué otro motivo podría existir para la implacable práctica de los micronianos? Estaban motivados tan sólidamente que hasta subvencionaban su propio entrenamiento alimentando a las máquinas con dinero.

Los jóvenes eran los mejores y los más diligentes, claro.

¡Para cuando alcancen la madurez serán guerreros extraordinarios! -pensó ella. Así era, aunque el concepto de reproducción humana, el ciclo de padre-niño-adulto, hacía que tuviera náuseas y se sintiera mareada. El descubrir esa vileza, tal como ella la veía, la había dejado inerte y confundida la primera vez que se tropezó con esa verdad. Pero al final se había sacudido valientemente el horror de la reproducción humana y reasumió su búsqueda.

Miriya fue hacia la máquina más importante, aunque todas eran refinadas e instructivas. Se encorvó en la pequeña cabina e insertó

una moneda en la ranura. Mientras miraba la pantalla una mano fue a la palanca y la otra al acelerador. Sus pies se asentaron en los pedales.

Su dedo sobrevoló cerca del gatillo de las armas mientras esperaba que el juego comenzara. Miriya echó una mirada rápida alrededor para ver si su Némesis estaba allí.

No pudo ver a nadie que pudiera ser ese gran piloto microniano y por consiguiente asumió que no estaba presente. Seguro que un piloto que era tan bueno como para derrotar a Miriya Parino, la indiscutible campeona de los zentraedis, llamaría la atención y provocaría un gran reconocimiento.

Ella lo iba a reconocer cuando llegara o cuando alguien lo mencionara. Tarde o temprano lo iba a encontrar.

Y entonces lo mataría.

El rostro del retrato familiar era pálido y delgado, pero sincero y bondadoso; los rasgos de la madre eran muy parecidos a los de la hija. El almirante Hayes bajó la vista hacia la fotografía enmarcada sin darse cuenta de que habían pasado muchos minutos desde que se sentó a pensar y recordar.

Se estaba viendo como lucía años atrás, apenas un teniente comandante en aquel entonces. Junto a él en la fotografía estaba su esposa y delante de ellos había una niñita pequeña de aspecto tímido que llevaba un sombrero, un solero y una venda en una rodilla.

-Cada vez que miro esta fotografía deseo que Andrea todavía estuviera aquí para ver en lo que se convirtió su muchachita... para ver al extraordinario soldado en que Lisa se transformó.

Un tono de comunicación desde la terminal de su escritorio rompió su concentración.

-Perdón por interrumpir, señor -dijo un ayudante-. Pero usted dio la orden de que se le informara cuando el trasbordador hiciera el acercamiento final.

Hayes se agitó; había sentido ese último y terrible temor cuando

atacaron al trasbordador y él ni siquiera pudo revocar las órdenes del CDTU para enviar ayuda. Es más, no había ayuda que la Tierra pudiera enviar que fuera de utilidad; la SDF-1 y sus veritechs eran las únicas armas eficaces contra los pods zentraedis. Hayes sólo podría esperar y confiar.

Cuando el trasbordador sobrevivió a su ataque, él casi se derrumbó en su silla mirando fijamente la fotografía del pasado. Había tanto que sanar entre él y su hija, tanto para dejar atrás.

Ahora miró la imagen del ayudante en su pantalla.

-Gracias.

-La nave debe estar por aterrizar en breve. ¿Lo alcanzo en los ascensores, señor?

Hayes hizo presión contra su gran escritorio de roble sólido con ambas manos y se puso de pie.

-Sí, eso estaría bien.

El cuartel general del Concejo de Defensa de la Tierra Unida era una inmensa base bajo el desierto de Alaska. Muy poco de él estaba sobre la superficie -los equipos de comunicaciones y vigilancia, y la torre de control de aeronaves- pero los pocos battloids que quedaban en la Tierra defendían la superficie.

Años antes, cuando la SDF-1 hizo su transposición mal calculada hacia el confín del sistema solar, se llevó con ella la mayoría de sus secretos y todo el equipamiento de fabricación robotech que la humanidad ha-bía descubierto en la gran embarcación cuando se estrelló en la Tierra. Para defenderse la Tierra había vuelto a las principales armas convencionales, con excepción de un proyecto gigantesco que ya estaba en marcha: el Gran Cañón.

El Gran Cañón abarcaba la mayor parte de la extensión de kilómetros de profundidad de la base, un arma apocalíptica que le permitía al CDTU vivir la fantasía de que podía defenderse contra un ataque zentraedi descomunal. El almirante Hayes fue responsable en gran parte de la construcción del Gran Cañón; el claro desdén de Gloval por un sistema de armamento tan enorme e inmóvil fue una de las mayores tensiones que acabaron con su amistad.

Hayes recordó aquellos días mientras esperaba junto a la pista de aterrizaje y el viento ártico brutalmente frío azotaba su

sobretudo; recordó las palabras amargas. El lazo caluroso que alguna vez lo unió a Gloval y que se solidificó mientras servían juntos durante la Guerra Civil Global, se había hecho pedazos cuando Hayes acusó al ruso de pensar con timidez y Gloval le sonrió con desprecio a los "testarudos de ideas maginoteanas" defensores del Cañón.

El ayudante interrumpió los pensamientos de Hayes.

-Almirante, acabamos de recibir la noticia de que el tiempo estimado de arribo del trasbordador se atrasó veinte minutos. Nada serio; simplemente están demorándose para lograr una mejor ventana de acercamiento. Si le gusta, yo lo llevaré de nuevo a la torre de control; allí está más cálido.

-No, esperaré aquí -dijo distraídamente el almirante-. De todas formas no está tan frío.

Después volvió a mirar el cielo, apenas consciente del viento punzante.

El ayudante se volvió a sentar temblando en el jeep abierto y se abotonó el cuello por completo, hundió su barbilla y metió las manos enguantadas bajo las axilas. Él siempre pensó que su comandante era un hombre más bien comodón; la vivienda y la oficina de Hayes definitivamente daban esa impresión.

Pero aquí estaba Viejo, indiferente a una ráfaga ártica que en segundos llevaría a un hombre desprotegido a la hipotermia. Nadie del personal de la base sabía mucho de esta hija; su última visita a la base había sido precipitada y muy secreta. Hayes raramente la mencionaba, pero desde que recibió la noticia de que ella iba a venir se puso distante la mayor parte del tiempo. El ayudante se encogió de hombros para sí mismo maldiciendo al trasbordador y deseando que se diera prisa.

En un comedor para oficiales a bordo de la SDF-1, Max se sentó a jugar con su taza de café mientras miraba la mesa donde Rick Hunter estaba sumergido en sus pensamientos a unos cuantos metros de distancia, con una nube casi palpable de oscuridad

alrededor.

Ha estado sentado solo por media hora jugando con su cuchara y es como si su comida ni siquiera estuviera allí -reflexionó Max. Tomó una decisión rápida, se levantó y se acercó a su líder de escuadrón.

-Teniente, es demasiado temprano para estar deprimido por esto -comenzó Max-. Estoy seguro de que la comandante Hayes volverá de algún modo.

Rick le dio la espalda con la barbilla todavía apoyada sobre su mano.

-En primer lugar, no estoy pensando en ella, y en segundo, ¿qué te hace pensar que estoy deprimido?

Rick decidió que eso era todo, demasiado complicado explicárselo a Max Sterling, el diestro muchacho maravilla de los VTs, el alegre y modesto as de ases. Un hombre que nunca parecía estar triste, confundido o dudar de lo que estaba haciendo.

¡Obsesivo! -pensó Rick con molestia.

-A lo mejor usted necesite un poco de distracción -insistió Max-. ¿Qué tal un juego? ¡Conozco el lugar perfecto! ¡Vamos!

Antes de que Rick pudiera objetar o hasta considerar hacer valer su rango, Max lo tomó del brazo, lo puso de pie de un tirón y lo arrastró hacia la puerta. Parecía más fácil ceder que comenzar a una cinchada en medio del comedor de oficiales, por lo que Rick lo siguió con docilidad.

No tomó mucho tiempo llegar allí; Max incluso pagó el taxi. La galería de juegos Encuentros Cercanos vibraba con el ruido y las luces como una casa de diversión robotech.

Los ojos de Max brillaban.

-¿Gran lugar, eh? ¡Vas a amarlo!

¿Más juegos de guerra? -gimió Rick.

-No lo sé. Tal vez me vaya a casa...

Pero Max lo sostuvo por el codo otra vez.

-Un par de juegos lo harán sentirse como un hombre nuevo, jefe.

-Max, no creo...

-Mire, ya pasé por esto antes; ¡yo sé de lo que estoy hablando! -y arrastró a Rick a la entrada.

Rick reconoció un rostro cuando se metieron más adentro de la

galería. Jason, el primito de Lynn Minmei, se había detenido a mirar a una mujer joven que estaba jugando. Rick pasó sin decir nada que llamara la atención la del niño; si hablaba con Jason sólo le iba a recordar sus sentimientos por Minmei y complicaría sus dudas y su pesimismo.

Al pasar reparó en la mujer joven: una jugadora muy intensa con el pelo verde y la expresión de una hermosa leona lista para la matanza.

El trasbordador apenas había carreteado hasta detenerse cuando Hayes llegó hasta él corriendo. Su ayudante lo miraba con asombro.

Cuando el personal de tierra puso las escaleras móviles en su lugar, Lisa estaba esperando en la compuerta abierta. El viento tiró de sus largos rulos de cabello rubio castaño y de su gabardina demasiado liviana. Llevaba botas rellenas de piel que había pedido prestadas, pero el frío la atravesó con púas de hielo y entumeció su piel al instante.

Ella se detuvo asombrada de ver a su padre esperándola. Su anterior reunión y despedida habían sido todo menos cordiales, ya que el almirante había tomado con terquedad la línea del CDTU en contra el sentido común y la compasión de Gloval. Después de tratarla con una formalidad fría en las reuniones, su padre había tratado de que la reasignaran a la base del cuartel general, de sacarla del peligro de su asignación en la SDF-1. Lisa rompió la nota conciliatoria que él le había enviado y volvió a la fortaleza dimensional con Gloval. Ella no supo cómo eso había atormentado a su padre.

-¡Lisa! -dijo él levantando la vista hacia ella-. ¡Gracias al cielo que por fin estás aquí!

Ella bajó los escalones con cuidado sosteniendo la baranda con una mano y aferrando un maletín mientras el viento la sacudía.

-Finalmente estás fuera de esa maldita nave de locos -sonreía y se le estaban formando lágrimas-. ¡Tenemos mucho de qué hablar!

Pero cuando ella llegó al final de los escalones se cuadró en

atención y le hizo una venia rigurosa.

-Almirante, comandante Lisa Hayes reportándose, señor. Traigo un despacho especial del capitán de la SDF-1 para el Concejo de Defensa de la Tierra Unida.

Eso lo tomó desprevenido, la sonrisa desapareció de su rostro. Ahora era el turno de ella de ser formal y distante, era su derecho como lo había sido de él la última vez.

Si ella le estaba devolviendo lo su propia medicina, él estaba dispuesto a aceptarla. Nada era tan importante como el hecho de que su hija, su única familia, estuviera de nuevo con él. Le devolvió el saludo seco y seriamente.

-Bienvenida a casa.

El Infierno de Dante era uno de los juegos más populares de ese lugar, pero Rick no tenía ganas de seguir al viejo Virgilio a través de los nueve círculos hasta el exigente nivel del Último Jugador. El Daño del Dragón, con los movedizos reptiles de pesadilla que atacaban y el espadachín nórdico, se parecía demasiado a su propio duelo con los demonios interiores.

Ni siquiera se inclinaba hacia la Carnicería con Motosierra del Sicótico de la Carretera. Pero al final Max lo convenció de que tomaran un par de máquinas vecinas de El Desafío de Esopo, principalmente porque las cómodas sillas frente a ellas tenían un grueso acolchado y eran confortables.

Abajo, en el nivel principal, Miriya afilaba sus habilidades en el juego veritech. Ser un piloto microniano simulado que volaba en pedazos battlepods zentraedis le pareció un entretenimiento desagradable. Estaba decepcionada porque no había ningún antagonista con la armadura propulsada quadrono en el juego; su propia unidad era por lejos lo mejor de la armada extraterrestre.

Pero también aprobaba a la máquina de entrenamiento -pues eso creía que era- para no introducir a los aprendices a las realidades de la guerra en esta temprana fase de su instrucción. Estaba claro que los jugadores iban a necesitar un poco de afianzamiento y una

disciplina militar apropiada antes de poder enfrentar el horror y el derramamiento de sangre de la guerra real. Este juego limpio y pulcro les daba el conveniente afecto por el combate sin exponerlos a ciertos aspectos confusos y desagradables de la vida de un guerrero real. Astuto.

Destruyó a otro pod creado por computadora y fingió que era el de Khyron, a quien había llegado a despreciar.

-¡Estupendo! ¡Mira eso! -gritó el pequeño Jason, que todavía la observaba, cuando la cuenta de puntos se iluminó.

Ella intentó ignorarlo mientras las fichas estampadas con una gran M caían a raudales en la bandeja de pago. Los pequeños micronianos eran fascinantes para ella, pero preocupantes. Y los chiquitos siempre eran tan bulliciosos o emocionales -definitivamente impulsivos y más bien confiados. Al principio pensó que eran una subespecie esclavizada, pero eso no cuadraba con el tratamiento indulgente que recibían de los micronianos más grandes. Sacó enérgicamente de su mente la verdad sobre la maternidad humana; comparado con eso, la guerra y la matanza eran cosas simples, comprensibles y sin dolor.

Y tales pensamientos no estaban relacionados con su verdadera misión a bordo de la SDF-1. Miró a su alrededor preguntándose cuándo iba a encontrar a su presa. El recuerdo del as microniano que la superó primero en vuelo y después en las calles de la propia Macross -ella con su súper armadura quadrono y él con su battloid-, que la derrotó y la hizo huir todavía la quemaba.

Su rostro volvió a arder mientras pensaba en eso. Tenía problemas para comer o descansar, y los iba a tener hasta que recuperara su honor.

La fortaleza dimensional era grande, pero no tanto como para que su enemigo se escondiera por siempre.

Capítulo 5

Tomando en cuenta el sorprendente gasto que involucraba cualquier operación robotech, la contienda que tuvo lugar aquel día en la galería sin dudas se ubica como la misión VT más rentable de la guerra -y quizás la más fatídica.

Zachary Fox Hijo, VT: los hombres y los mechas.

Todos los animales del Bestiario de Esopo parecían perseguir a Rick, mientras que Max progresaba en los niveles ascendentes con facilidad.

-Los puntos se están amontonando, teniente -dijo Max refiriéndose a su puntaje. Rick, con los dientes apretados, intentaba cazar al zorro que saltaba por las uvas. La maldita cosa se movía más rápido que un trimotor zentraedi.

Después de muchas alarmas, zumbidos y destellos por parte de la máquina de Max, un diluvio de fichas relucientes como oro se deslizó en la bandeja de pago. Las fichas podían usarse para más juegos, claro, o se reembolsaban en premios, vales de varios tipos, o -si uno realmente hacía presión- dinero en efectivo.

-¡Es genial! Siempre hago más de lo que puedo cargar.

-Bien, me dejaste atrás -admitió Rick.

¿No se suponía que esto tenía que hacerme sentir mejor?

A decir verdad, lo hizo.

-¡Max, mira eso! -cada vez más fichas caían en la bandeja y hasta se desparramaban por todo el lugar.

El ayudante del gerente de Encuentros Cercanos, Frankie Zotz, un joven nervioso de complexión pálida y cabello negro peinado como un búho, corrió hacia la casilla del gerente.

-¡Eh, jefe! ¡Nos están limpiando en algunas de nuestras máquinas más difíciles!

Blinko Imperiale, el gerente -de anteojos oscuros, penacho de dos tonos y bata de laboratorio vagamente intimidante- estaba sentado con la barbilla sobre su puño.

-¿No me escuchó? -chilló Frankie Zotz-. ¡Ese piloto está arriba otra vez, y la dama de cabello verde está adentro dando vuelta un juego VT para todos lados menos para nuestra ganancia!

Blinko ni siquiera se movió, sólo miraba con tristeza hacia la nada.

-Oh, cielos. ¡Sabía que no tenía que abrir este lugar cerca de donde pasean esos maníacos de la RDF!

Las comparaciones en las pantallas eran obvias incluso para el personal no-técnico. Las cadenas de ADN y los resultados de los análisis hablaban por sí mismos.

-Interesante... hmm... -murmuró el almirante Hayes mientras la presentación seguía brillando.

Era mucho más que eso; era sorprendente. Sacudía los propios cimientos del conocimiento humano.

Por mucho tiempo se pensó que en cualquier lugar del universo donde coexistieran los bloques químicos básicos de la vida, estos se unirían con preferencia para formar las mismas subunidades que definían las estructuras biogenéticas esenciales que se encontraban en la Tierra. En otras palabras, que el ordenamiento del código del ADN no era una peculiaridad de la naturaleza. La evidencia provisional databa de mucho tiempo antes de que la SDF-1 se estrellara en la Tierra, tanto de los restos meteóricos como de los experimentos de descarga de chispas.

Los nuevos datos apuntaban a una química universal -a que la formación y encadenamiento de los aminoácidos y nucleótidos eran casi inevitables. Las uniones codónicas anticodónicas del ARN mensajero que proyectaban la producción de aminoácidos parecían operar con una codificación intrínseca a las propias moléculas. Esto

significaba que en todo el universo la vida debía ser muy similar y que alguna fuerza dictaba que eso fuera así.

El almirante Hayes leyó todo eso con rapidez; tenía poco que ver con la guerra. Hojeó algunas de las hipótesis del Dr. Lang y también las conclusiones preliminares: que de alguna manera las energías que impulsaban a la robotecnología eran idénticas a las fuerzas indefinidas que gobiernan el comportamiento molecular. También mencionaba esta protocultura irrisantemente mística, algo que ninguno de los desertores extraterrestres había tenido la claridad suficiente como para aprender mucho sobre ella.

Lang, según parecía, estaba enormemente frustrado porque no se podían verificar las indirectas y las sospechas. Pero proclamaba su sospecha de que esta protocultura con la que los zentraedis estaban tan obsesionados era la llave de todo -del comportamiento molecular, de la guerra, de los orígenes de vida, del poder supremo.

El punto de la presentación era obvio hasta para un envejecido oficial de alto rango cuyas clases de bioquímica de la Academia habían quedado muy atrás.

-Permíteme ver si entiendo completamente bien lo que me estás diciendo. Tú crees que nuestras bases genéticas, las de los zentraedis y las de la raza humana, son similares. Y esperas promover las charlas de paz debido a la posibilidad de que todos podamos ser parte de las mismas especie.

Lisa asintió con los ojos bien abiertos como la niña que él recordaba.

-¿Pero todo esto convencerá al CDTU para que abra las negociaciones, señor?

Él suspiró bajando las grandes cejas y mirando fijamente el archivo de la sesión de información que estaba ante él en la mesa de café. Lisa contuvo la respiración.

-No estoy seguro -dijo por fin su padre y volvió a levantar la vista hacia ella-. Pero se los presentaré y me voy a cerciorar de que escuchen, después veremos lo que dicen.

Lisa sonrió por primera vez desde que dejó la SDF-1.

Miriya se inclinó sobre la máquina VT para refinar su juego. Al lado de ella, en el suelo, había dos potses plásticos llenos de fichas de juegos. Frankie Zotz había tenido que rellenar el depósito del juego dos veces para pagar todas sus ganancias. Ella ignoró sus claras invitaciones a ir a jugar algún otro juego -o, mejor aun, a tomar un descanso y simplemente irse- con una mirada sesgada divertida y un aire peligroso que hizo que él evitara presionarla demasiado sobre eso.

Max bajó las escaleras sosteniendo su propia bandeja de fichas junto con Rick. De repente dejó de declamar sus muy animadas estimulaciones sobre cómo tarde o temprano Rick se iba a acostumbrar a los juegos de computación. Eso a Rick le vino bien; ya había tenido suficiente burla ligera.

Max hizo una pausa en las escaleras.

-¡Oh! ¡Esa chica! ¡La que está sentada en ese juego!

Rick vio el pelo verde. Ella usaba un traje marrón ajustado al cuerpo que hacía gala de una figura elástica y un vistoso echarpe amarillo anudado a su garganta.

-¿Y? ¿Qué pasa con ella?

-¿Acaso no es increíble? -dijo Max, más agitado de lo que Rick había oído a Max alguna vez-. La he visto por todas partes.

-Bien, ella es algo atractiva -tuvo que admitir Rick, con su mente demasiado llena de Lisa Hayes y de Minmei como para hacer cualquier crítica mayor.

Max, el renombrado mago VT, no era gran cosa en lo que a persecución de mujeres se refería; sus pocos y torpes intentos con una u otra del Trío Terrible habían fallado, y se retiró por completo cuando Sammie, Vanessa y Kim se involucraron con los tres espías zentraedis, Konda, Bron y Rico.

La personalidad modesta y tímida de Max lo convertían en una clase de felpudo poco interesante para las mujeres. Quizás no era lo bastante suave o no era seductoramente amenazador. Por eso casi siempre se mantenía apartado cuando no estaba en un veritech.

Pero esto era diferente; la galería Encuentros Cercanos era su territorio.

-¡Tal vez pueda conseguir que juegue conmigo! -dijo Max mientras salía corriendo por las escaleras.

Había una gran muchedumbre alrededor de Miriya; ella había logrado uno de los mayores puntajes del juego veritech. Se sentía un poco irritada y hasta un poco extraña con todos estos micronianos reunidos a su alrededor. Pero soportó sus miradas, orgullosa y contenta de presumir su proeza.

Meditó brevemente la idea de que sus extrañas sensaciones tenían algo que ver con la condenada comida microniana. No se parecía en nada a las raciones frías, procesadas y saneadas de los zentraedis; la comida humana tenía texturas y sabores extraños, e ingredientes biológicos raros. Todo era tejido animal y sustancias de plantas, y ella sospechaba que eso estaba afectando su sistema.

Se sacó la sensación y siguió jugando, aumentando cada vez más su puntuación hasta que superó el límite y venció al juego, por lo que más fichas entraron a raudales en su bandeja. Conseguir suficiente dinero para sobrevivir en Macross no había sido ningún problema para Miriya desde que descubrió las galerías.

Alguien pasó a los empujones por la muchedumbre: un piloto VT de aspecto corriente con una bandeja de ganancias en fichas en las manos. Ella estaba inclinada a despacharlo; docenas de hombres le habían hecho proposiciones desde que llegó a la SDF-1.

Pero hay algo diferente en este -pensó.

-Disculpame -Max reunió coraje para hablar-, ¿estarías interesada en jugar un juego conmigo? Por lo que vi, creo que estaríamos parejos. ¿No crees?

Él parecía tan joven y ansioso que ella casi se le rió en la cara y lo ignoró. Después observó la bandeja de fichas en que él tenía en las manos. Miriya sabía bastante sobre las galerías como para apreciar lo bueno que debía haber sido él para haber acumulado tantas de las piezas relucientes.

Claro que estaba más allá del reino de posibilidad que este jovenzuelo delgado pudiera ser el máximo matador enemigo, pero si él proporcionaba algún tipo de competencia, podía ser una práctica útil.

Ella lo miró lánguidamente bajo las largas pestañas negras. Max sentía que su corazón golpeteaba.

-¿Estás dispuesto a apostar todo eso? -preguntó Miriya.

-¡Sí, lo estoy! -él inhaló con alegría.

Puso su bandeja en el suelo al lado de las de ella y después dio la vuelta rápidamente hacia el asiento frente a ella.

-¡Esto es completamente genial! -balbuceó-. ¡Sé que vamos a tener un gran juego!

Mientras miraba desde el costado, Rick se preguntó si no había algo más que Max pudiera hacer para arruinar su oportunidad de impresionarla. Quizá caer encima de ella, o vomitar.

Pero una vez en su asiento, Max asumió el aire de confianza y aplomo que le eran propios en las cuestiones referidas a los VTs.

-¿Qué tal si empezamos con el nivel B? ¿Te parece bien?

Ella se encogió de hombros, haciéndolo parecer algo seductor y al mismo tiempo indiferente.

-Está bien.

-Bien. Aquí vamos.

Él depositó las fichas y la pantalla se encendió. Miriya había escogido el rojo para el color de su VT; Max seleccionó el azul por los visos de su propia nave. Él no notó que los ojos de Miriya se estrecharon repentinamente ante esa elección.

Unas pequeñas figuras animadas de Minmei salieron a cada lado de la pantalla para golpear un gong que había en el centro y la acción empezó. Ellos guiaron a sus VTs a través del retorcido y cambiante paisaje computarizado usando las palancas de mando y los pedales, maniobrando uno contra otro y disparando.

A Miriya no le tomó mucho tiempo perder su indiferencia. Por más que lo intentara no podía tomar ventaja sobre él y no podía sacárselo de encima una vez él la había tomado sobre ella. Un ceño cruzó su cara y después una llamarada de rabia súbita cuando el caza de él destruyó el suyo. Escondió la expresión en un instante y lo miró más de cerca.

Los video-guerreros reunidos alrededor de ellos estaban estremecidos. Había sido una lucha magistral..

-¡Uy! Parece que gané, ¿ah? ¿Quieres seguir en el nivel A? -Max le sonrió abiertamente y le guiñó un ojo.

Rick gimió para sí mismo. En algún lugar a lo largo del camino Max había aprendido a la perfección a irritar a las mujeres bonitas.

Ella lo miró con frialdad.

-Sí. Sigamos con el nivel A. Eso será bastante interesante -esta

vez le iba a prestar mucha atención a la lucha.

Max ingresó más fichas; esta vez un hemisferio azul salió del juego, una holoproyección. El murmullo de la creciente multitud se hizo más fuerte hasta que los verdaderos puristas silenciaron a todos.

Ahora los veritechs en miniatura volaban encima de la superficie plana de la mesa de juego; pasaron a modo battloid y alzaron sus cañones automáticos. Hubo un momento en que Miriya miró fijamente a través del mecha fantasmal de visos azules de Max, a través de sus anteojos azules, dentro de sus ojos.

En cierta forma lo supo en ese momento; todo el resto del juego sólo iba a ser la prueba de lo que sus instintos le estaban diciendo.

Las pequeñas imágenes computarizadas de los battloids dieron la vuelta y dispararon, maniobrando el uno hacia el otro, pasando a guardián o a veritech según decidían sus jugadores. A medida que el juego se movía aparecieron arrebatos y gritos por parte de los espectadores. Eran las maniobras más rápidas y más sagaces que se habían visto; aunque las apuestas eran estrictamente ilegales, todos las hacían.

Frankie Zotz la proyectó en la pantalla principal de la galería. Los jugadores veteranos estudiaban con respeto la sorprendente pelea aérea. Los diminutos proyectiles y trazadores chisporroteaban; las computadoras apenas podían mantenerse al ritmo de las instrucciones que venían de las palancas de mando. Los minúsculos mechas daban vueltas y atacaban.

Miriya usó las mismas tácticas que había usado aquel día con su armadura quadrono; las respuestas de él fueron las mismas. Por un momento, a ella le pareció que su battloid simulado se había vuelto una quadrono en miniatura. Cualquier duda que ella tuviera quedó eliminada.

¡Vaya que es hermosa! -pensaba Max mientras jugaba de lo mejor en la máquina. Otro piloto VT, un mujeriego, habría perdido a propósito con Miriya. Pero probablemente otro piloto VT no habría podido ganar.

La gente rugía y aclamaba a los costados. Miriya vio en el ojo de su mente el apocalíptico combate en las calles de Macross cuando su propia armadura propulsada atravesó edificios y causó estragos

haciendo bramar los propulsores de su mochila. También vio ese último enfrentamiento mano a mano cuando ella huyó en lugar de morir en un tiroteo a quemarropa.

Y tal como las balas del cañón automático de él la habían derrotado aquel día, la imagen del VT de Max destruyó la suya. El VT rojo se fragmentó, voló en pedazos giratorios y después desapareció en la nada.

El hemisferio azul se desvaneció, dejándola boquiabierta y pestañeando.

¡Perdí! ¡Esto no puede ser! ¡No me humillarán otra vez!

La imagen de la cabeza torreta del battloid victorioso se echó hacia atrás y una pequeña figura, que sospechosamente se parecía a Rick Hunter, apareció gritando la palabra "¡¡FUERTE!!". Al mismo tiempo, una diminuta Minmei corrió a arrojarle los brazos alrededor del cuello y besarlo pataleando en el aire. El verdadero Rick Hunter, todavía parado en la escalera, retrocedió para llamar menos la atención y tuvo pensamientos oscuros sobre el sentido del humor de los diseñadores de videojuegos.

-No sé cómo ganaste eso, compañero -le estaba diciendo un espectador a Max.

-Oh, hubo un par de puntos tensos en el medio y cerca del fin, pero por lo general no fue demasiado difícil.

-¡Oh! -exhaló Miriya. Ese insulto. Así que ella había representado un pequeño desafío, ¿eh? Se levantó y giró sobre el taco de una bota.

Max se olvidó de sus cálidos sentimientos de victoria y se zambulló tras ella. Tomó su muñeca sin saber lo cerca que estaba de recibir un puñetazo en la garganta.

-Espera, he querido hablarte durante mucho tiempo. Creo que eres maravillosa y quiero llegar a conocerte mejor. Esta es mi única oportunidad para conseguir tu nombre y número de teléfono.

Su asimiento era muy fuerte pero no doloroso; su palma era muy cálida. Por un momento Miriya sintió como si su muñeca estuviera ardiendo.

-Mi nombre es Miriya -dijo con frialdad-. Y por el momento no tengo un número de teléfono.

Ella se volvió tironeando de su puño para poder irse. La

sensación de la piel de él contra la suya la hizo sentir el típico aborrecimiento zentraedi por el contacto entre los sexos, pero revolvió algo más, algo a lo que ella no podía ponerle un nombre.

Miriya estaba confundida ahora que había encontrado a su archienemigo. Estaba fuera de cuestión matarlo allí mismo; de pronto no supo cómo encarar su misión. Lo que él dijo sobre ella trajo de vuelta los extraños y borrosos sentimientos que le dio la comida microniana.

-Entonces -Max seguía sosteniendo su muñeca-, ¿te encontrarías conmigo en el parque esta noche? ¿Junto a la Fuente de la Paz, a las nueve?

¡Tonto! ¡Has sellado tu destino! -pensó ella. De algún modo el pensamiento de matarlo la puso furiosa en vez de contenta.

-¡Oh, como quieras! ¡Sólo déjame ir!

Los dedos de él se aflojaron y ella arrebató su muñeca diciendo un helado "gracias". Después giró y corrió rápida como un ciervo, llevada por una tormenta de emociones contradictorias.

Max se quedó mirando con admiración.

-¿No es algo especial? -exhaló-. ¡Vaya!

Mientras observaba desde la escalera, Rick le deseó silenciosamente a Max mejor suerte de la que él estaba teniendo.

Capítulo 6

Cuando estás envuelto en una guerra y pensando más que nada en el enemigo, es fácil olvidarse que hay otros frentes en que los que por lo menos debes intentar lograr una tregua.

Lisa Hayes, Recuerdos.

Lisa Hayes, sentada de mala gana en un profundo corredor del cuartel general del CDTU, se sentía y movía inquietamente. Oyó pasos que se acercaban y levantó la vista para ver a su padre.

-Bien, hablé con ellos -dijo él.

-¿Tomaron alguna decisión? -la tensión le retorció el estómago.

-Nunca puedes estar seguro sobre estas cosas, pero pienso que ellos están listos aceptar la idea de las charlas de paz.

Ella inhaló entusiasmada y después le sonrió tiernamente.

-¡Estoy tan orgullosa de ti por tener el valor de asumir esta lucha! -se puso de puntas de pie para besarle la mejilla.

-¿Algo anda mal, padre? -le preguntó más tarde, cuando se sentaron en el banco tapizado de un ascensor. Él la había estado mirando de forma extraña durante varios minutos.

-Estuve pensando en cómo me recuerdas tu madre. Y lo orgullosa que ella estaría.

-Gracias, padre -contestó ruborizada tímidamente y muy complacida.

-Entonces, dime cómo va tu vida amorosa estos días -la sorprendió-. ¿Estás saliendo con alguien especial? ¿Alguien sobre el que yo deba saber?

Eso la tomó tan fuera de guardia que tuvo que admitirlo.

-Bueno, hay un joven...

-Es militar, ¿cierto? -dijo su padre.

-Sí, lo es. De hecho, él es el que me rescató de la nave extraterrestre.

El almirante Hayes asintió lentamente.

-Ah sí. Parece un buen hombre.

Caminaron y charlaron como no lo habían hecho en más de tres años. El almirante llevó a Lisa a través de la enorme base y por fin llegaron a un tiro vertical de casi un kilómetro y medio de ancho. Estaba alineado con puertos de operaciones, sistemas de energía y detectores de potencia. En lo alto, a nivel del suelo, un domo facetado cubría el tiro como una lente ciclópea.

-¿Hay algo en particular que quisieras mostrarme aquí afuera? -después del relativo encierro de los pasadizos de la base, eso se sentía como estar afuera.

Su padre la llevó hasta el final de un almacén que tenía sobresalía hacia el cavernoso tiro. Podían ver kilómetros hacia abajo, y hacia arriba casi lo mismo.

-Quería que vieras el Gran Cañón, Lisa -lo señaló con una mano-. Antes de que entremos en cualquier negociación de paz con los extraterrestres, vamos a dispararlo contra ellos.

Ella no podría creer lo que oía.

-¿Qué? -el grito pareció perderse en el abismo que formaba el barril del cañón.

El almirante Hayes tenía una mirada austera y su fuerte mandíbula encajada.

-Aunque el sistema de satélites reflectores todavía no está listo, esperamos destruir un gran segmento de la flota enemiga lanzando un ataque sorpresa encabezado por una descarga del Gran Cañón. Creemos que ellos entrarán de buena fe en las negociaciones una vez que hayan visto su poder.

El plan original había sido poner en posición unos enormes espejos orbitales para dirigir los disparos del cañón según se necesitara; de otra forma, su campo de fuego era realmente muy estrecho. Pero como las naves de guerra extraterrestres eran tan numerosas y estaban tan cerca de la Tierra, era sólo una cuestión de tiempo antes de que una parte de su flota entrara dentro del alcance.

-¡Este Gran Cañón tal vez no pueda eliminar a una pequeña división de battlepods, mucho menos a una de sus naves nodrizas de quince kilómetros de largo! -espetó Lisa-. ¿No entiendes? ¡Tenemos que acercarnos a ellos sin intentar ahondar la guerra! ¡Algunos de ellos ya desertaron a nosotros! Estoy segura de que los zentraedis escucharán nuestras propuestas de paz sin el uso de armas.

El almirante miró hacia el barril del arma.

-¿Lisa, cómo puedes ser tan ingenua? -se volvió hacia ella-. ¡La única cosa que un poder bélico entiende es una demostración de mayor poder! No podemos permitir que los zentraedis confundan nuestras propuestas de paz como una señal de debilidad. ¡Debemos negociar desde la fuerza!

Caminó por la plataforma de observación hacia el fin del almacén con las manos tomadas detrás de él.

-¿Cómo puedes esperar que haya intenciones pacíficas de una raza engendrada y entrenada para nada más que la guerra? Aun cuando su estructura genética fuera idéntica a la nuestra, nosotros no tenemos ningún conocimiento real de qué factores de su trasfondo los motivan, o qué tan fuerte lo hagan.

-Pero padre... -comenzó a decir desesperadamente.

-¡No, Lisa! -continuó-. Si la historia nos dice algo, es que se necesitan cautela y fuerza al tratar con un enemigo imprevisible. Nosotros ya pusimos una fecha para disparar el cañón; nos encargaremos de las charlas de paz después de eso.

Ella se quedó de pie y muda mientras las corrientes de aire del profundo tiro le revolvían el pelo.

-Lo siento, querida -le dijo él-. Pero no hay nada más que discutir.

-Sí. Eso veo.

Incluso con el extraño retumbar de eventos inadvertidos en el frente de guerra, el público exigía que saciaran su hambre por otras noticias. El interés en las celebridades y en los ídolos de los medios

de comunicación nunca estaba satisfecho por mucho tiempo.

Habían llamado a una conferencia de prensa en el vestíbulo del Hospital General de Macross. Estaba atestado de periodistas gráficos y de televisión que se empujaban y codeaban apuntando con luces, cámaras y micrófonos. En medio de todo eso estaba Lynn Minmei, la actual reina de Macross y de la SDF-1.

Sin siquiera tener todavía los diecinueve, ella estaba acostumbrada a las luces y a la atención, una gacela encantadora de cabello negro. Su tremendo encanto y vivacidad habían sostenido la moral de la nave a través de sus momentos más oscuros y habían ganado el corazón de casi todos los de a bordo.

Junto a ella estaba sentado su coprotagonista y primo en tercer grado, Lynn Kyle, un joven saturnino y malhumorado de suave pelo negro que llegaba debajo de sus omóplatos. Kyle, el pacifista que a pesar de todo era un experto insuperable en artes marciales, llevaba una venda alrededor de la cabeza. Estaba completando su convalecencia después de salvar a Minmei de la caída de un reflector durante un ataque zentraedi dentro de la fortaleza de la batalla.

Lynn Kyle miró a los reporteros y a la gente de cámaras y sonidos. Él siempre consideró al público con cierto desprecio, lo desdeñaba por su complacencia en permitir que la milicia prosiguiera la guerra.

-Minmei -dijo un hombre apuntándole con un micrófono-. ¿Es verdad que has estado ayudando a Kyle a recuperarse y permaneciste al lado de su cama durante toda la semana?

Minmei frunció el entrecejo y Kyle lo miró ceñudo, pero a esta altura ya estaban acostumbrados a ese tipo de indirecta.

-Creo que no lo pondría esa manera -contestó ella.

-Dice el rumor que ustedes dos están a punto de casarse -insistió una mujer-. ¿Tienes algo que decir sobre eso?

-¡Completamente falso! -ella devolvió el tiro.

Eso no impidió que otro tipo siguiera preguntando.

-¿Puedes decirnos cómo reaccionó tu ex-novio cuándo le dijiste sobre estos planes de matrimonio?

Ella tenía ganas de reventar, pero después vio que esa podría ser una oportunidad para desviar el enfoque de la entrevista.

-Oh, te debes referir a Rick Hunter -ella soltó una risa sonora-. Él era simplemente un amigo.

Rick, sentado en su litera con las rodillas dobladas mientras miraba la cobertura en vivo de la entrevista, hizo una cara agria y sacudió la cabeza.

-Sí. Supongo que eso es todo lo que yo era.

Se sentía como un idiota, un completo idiota. Una y otra vez se había convencido de que Minmei lo quería.

Había algo en ella, algo coqueto e impulsivo. Era algo que no quería soltar a nadie que hubiera caído bajo su hechizo porque, suponía, eso se parecería demasiado al rechazo. Por eso cada vez que él había estado cerca de olvidarla, ella se había presentado para levantar sus esperanzas de nuevo.

Bien, parecía que eso ya no iba a ser un problema. Por lo menos un pequeño traspie de los dos favoritos del escenario y la pantalla iba a liberar a Rick de una vez por todas.

Pero los periodistas no iban a aceptar ninguna evasión de Minmei.

-¡Oh, vamos! ¡Eso no es lo que escuchamos!

-Solías estar muy apegada a él, ¿correcto?

-¿Quieres decirnos que tú y Hunter nunca discutieron sobre matrimonio en absoluto?

Minmei parecía molesta pero no contestó. Rick recordó cuando se conocieron, esos largos días que ellos pasaron juntos atrapados y perdidos en una parte remota de la SDF-1. Cuando parecía que no iban a lograrlo, ella había admitido ante Rick su eterno deseo de ser una novia.

Tuvieron una ceremonia simulada marcada por un beso muy real, sólo para que los interrumpieran los rescatadores antes de que ellos pudieran decir sus votos. Rick se preguntó si algo de eso estaba pasando por la hermosa cabeza de Minmei, o si lo había sacado de su mente de la misma forma en que parecía sacar cualquier cosa que no encajara con sus deseos y actitudes del

momento.

Él se dijo que probablemente nunca conseguiría una señal más clara. Por fin había llegado el momento de sacarla de sus pensamientos e intentar volver a vivir su vida.

En otra barraca, los desertores zentraedis micronizados estaban reunidos absolutamente subyugados alrededor de una pantalla para mirar a Minmei.

Estaban vestidos con ropas de trabajo ordinarias y cubrían el surtido de tamaños y formas que cualquier grupo fortuito de varones humanos podría incluir. Salvo por unos tonos de piel que parecían un poco extraños -malva, blanco albino, un verde muy, muy pálido-, no había nada que los marcara como extraterrestres. Desde el incidente de Karita con los forajidos, todos ellos hicieron grandes esfuerzos para evitar los problemas. La decisión del ejército de mantenerlos confinados en su barraca era molesta pero la habían aceptado.

Las autoridades de la SDF-1 les había proporcionado habitaciones, raciones, etc., y pasaban largas horas interrogándolos, aunque como guerreros de rango inferior había pocas cosas de valor estratégico que los desertores pudieran decir. Todavía nadie había comenzado un programa de orientación sistemático para familiarizarlos con la vida humana; ya que el ejército creía que siempre existía la posibilidad de que regresaran al resguardo zentraedi, cuanto menos supieran, mejor, por lo menos para ahora.

Pero podían ver a Minmei y escuchar su voz -la voz que los había incitado a salir de la guerra.

-¿Rico, qué quieren decir con 'matrimonio'? -dijo uno de ellos-. ¿Por qué siguen hablando de eso?

Hubo algunos rezongos porque los otros también estaban preocupados por el enigma. Rico pensó la respuesta. Él apenas entendía un poco más que los otros sobre la existencia humana, pero ellos lo buscaban a él para las respuestas y él no quería parecer desconcertado.

-Em, porque el matrimonio es algo importante. Cuando dos personas se casan, se marchan a algún lugar privado y se pasan el tiempo presionando los labios.

Este tema de presionar labios se había mencionado antes entre los zentraedis y había sido una de las principales cuestiones de fascinación que había guiado a los desertores. Pero pensar en semejante contacto desenfrenado entre los sexos todavía le daba pánico a los antiguos guerreros.

-Espero que no nos obliguen a hacerlo.

-¡Mis labios no están listos para esa clase de cosas!

-No lo sé; algo me dice podría sentirse bien.

-¡Déjenme con ella!

Algunos balbucearon y exclamaron entre sí; otros comenzaron a temblar visiblemente o a carcomer sus uñas. Unos cuantos trataron de frotar sus labios superior e inferior, y concluyeron que algo estaban haciendo mal. Por lo menos uno se desmayó.

En la entrevista, Kyle encontró otro micrófono puesto frente a su cara.

-Dime la verdad: ¿le has propuesto matrimonio a Minmei?

-No, no lo hice -estaba tranquilo y calmado por fuera.

Él y Minmei no estaban emparentados por la sangre, aunque sus familias habían mantenido lazos íntimos debido a las amistades y las inversiones comerciales compartidas en los restaurantes Dragón Blanco y Dragón Dorado. Él había crecido con Minmei como una adorada hermanita.

Pero eso había cambiado con el tiempo, por más que él peleara contra eso. Las luchas físicas, en comparación con su tremenda batalla interna, no eran más que juegos de niños. Todos creían que la autodisciplina que él llevaba a las artes marciales era un reflejo de su calma interior; de hecho, era un reflejo de la voluntad férrea que apenas le impedía rendirse a la tentación. Había pasado toda su adultez joven trabado en una feroz batalla contra sus propios impulsos.

Y lo más difícil de todo eran las películas que ellos hacían juntos, el trabajo compartido y la intensidad de sus escenas, sobre todo las escenas de amor. Era tan fácil pasar de lo actuado a lo real. Los impulsos eran muy pacientes y incesantes. Él los repelía cada día, sólo para que luego volvieran más frescos y fuertes que nunca.

Pero ya no más. Estar con Minmei a bordo de la SDF-1 y ver a los otros que la codiciaban había hecho que Kyle se decidiera. Nadie más podía tenerla.

-Parece una negativa bastante débil -el entrevistador sonrió abiertamente-. Tal vez no has tenido la oportunidad, ¿correcto?

-No, he estado pensando en, em... -dijo Kyle con sus tonos calmados y moderados.

-¿Sí? -el periodista lo estaba mirando como un hurón.

-Pensando en cómo se lo iba a decir. Porque no me molesta decírselo a ustedes, es algo que he considerado.

Junto a él oyó la exhalación de Minmei y la inspiración en masa de los reporteros. Los flashes comenzaron a estallar y todos empezaron a hablar enseguida.

-¿Minmei, que tienes para decir?

-¿Han fijado la fecha?

-Diles a nuestros espectadores: ¿aceptarías si él se declara?

-¡Denos una foto de ustedes dos tomándose las manos!

-¡Bésala, Kyle!

-¿Dónde planean pasar la luna de miel?

Pero ellos no les prestaron atención a los reporteros.

-¿Kyle, lo dices en serio? -sus ojos parecían enormes. Allí estaban, mirándose fijamente el uno al otro, mientras el furor hervía alrededor de ellos.

Rick apagó su pantalla y se acostó con la cabeza apoyada sobre los codos, sintiéndose absolutamente infeliz.

No puedo creerlo. Todo este tiempo estuvo esperando que Kyle se le declarara.

Golpearon a la puerta y Max entró vestido de civil: chaqueta

informal, pantalón, suéter y corbata. Tenía una mirada alegre y ávida que lo hacía parecer de dieciséis o algo así.

-Lamento molestarlo, jefe. Pero estoy pensando en llevar esta corbata para encontrarme con Miriya. Y me preguntaba si me hacía ver demasiado sofisticado, ¿sabes? O quizá deba ir de otra forma, llevar una cadena de oro...

Después de que Rick se deshizo de Max, decidió tomar un poco de aire fresco. Vagó por una zona parqueada iluminada en una de las cubiertas de observación y clavó la vista fuera de un mirador tan alto como una cartelera y más largo que dos.

La Tierra giraba sobre él, una media luna de azul y blanco mezclados en la oscuridad. Se sentó e intentó descubrir Alaska.

-¡Bien, pero si es el teniente Hunter, en vivo y en persona! -dijo después de un rato una voz familiar que contenía un rastro de picardía.

Él levantó la vista y vio a Claudia que estaba parada cerca.

-Oh. Hola, ¿cómo estás?

Ellos no se habían visto mucho últimamente, en parte porque habían estado muy ocupados y en parte porque a los dos todavía les dolía la pena de la muerte de Roy Fokker, y verse les volvía a recordar todo eso.

Pero ahora ella vino sentarse al lado de él.

-No está mal. ¿Pero qué estás haciendo aquí arriba a esta hora?

-Ya no podía aguantar mi habitación.

-Ah. Viste la conferencia de prensa.

-Ajá.

Ella se sentó cruzando las piernas y apoyando la barbilla sobre su mano para ayudarlo a mirar la Tierra.

-Puedes sobrevivir sin ella. No es tan maravillosa.

-¡Lo es para mí! -Rick no iba a soportar eso de nadie más ahora que Roy se había ido. Pero Claudia tenía una honestidad que era difícil de no respetar y de no darle su lugar. Y ella era bastante capaz de enfadarse contigo si sentía que era necesario. Claudia no era alguien con la que quisieras estar enfadado si podías evitarlo.

-Eres inteligente; deberías estar con alguien más -dijo ella después de un momento.

-No conozco a alguien con quien quiera estar. Estoy obsesionado

con ella.

-¿Por qué, Rick?

-¡Yo no sé por qué! Quizá es mi tipo.

Claudia puso un dedo sobre su barbilla y lo miró de reojo.

-No lo sé. Te imagino con alguien más maduro. ¿Sabes, alguien más experimentado? ¿Alguien que ha pasado por un gran romance y una decepción amorosa?

¡Oh, genial, justo lo que yo necesitaba! -pensó Rick-. ¡Otro herido ambulante para pasear!

Pero no pudo evitar escuchar con mucha atención.

-Sería bueno para ti estar con alguien que puede apreciar una relación. Esas personas que te rodean, ¿sabes? A veces resulta ser tu vecino de al lado. O incluso... tu oficial superior.

-¿Ah?

-Tengo que irme -ella se levantó.

-Claudia. ¿Estás hablando de Lisa, no es cierto?

Ella le echó una mirada sobre su hombro.

-¿Oíste que yo mencionara el nombre de alguien? Sólo dije que gente como esa está cerca. Se dice que a veces pasa tan cerca que ni siquiera puedes verla.

Ella comenzó a irse una vez más, pero volvió a hablar sobre su hombro.

-Bueno, no te quedes levantado hasta muy tarde. Las cosas parecerán mucho mejor por la mañana.

-Vaya -dijo muy suavemente para sí mismo mientras la observaba marcharse.

Rick se quedó sentado mirando la Tierra otra vez. Según lo había calculado, la órbita de la SDF-1 traería a Alaska a la vista en poco tiempo. Recordó el mensaje que le había mandado a Lisa con el código de puntos y líneas.

Deseó haber dicho más.

Capítulo 7

Dejando de lado los mitos de la modestia generosa y la humilde obediencia a los ideales, no hay ninguna cultura guerrera -ni siquiera la cultura samurai japonesa, la caballeresca medieval, ni ninguna otra-, que no tenga, según un escrutinio sucinto, un lado cruel y completamente práctico. Igual de universales son el egotismo y la hipócrita complacencia en prescindir de todo el idioma ampuloso y las promesas poéticas cuando el austero negocio de la vida y la muerte está al alcance de la mano.

¿Entonces, cuánto más entre los clones zentraedis creados para la guerra? En el caso de Miriya Parino, adalid femenino de las quadronos y tal vez la guerrera más grande de su raza, la cuestión es patente: su orgullo encumbrado y su absoluta confianza en sí misma habían sido su sello hasta que Max Sterling la derrotó tanto en el aire y como en la tierra. Su agitación emocional era tal que la ley de su raza, la vendetta, era el único camino que se abría para ella -la venganza, por cualquier medio posible.

¿Es de sorprenderse, pues, que lo que sucedió después haya proporcionado desde entonces el aliciente para canciones, discusiones, disertaciones y óperas por generaciones?

Altaira HeimeI, Mariposas en Invierno: las relaciones humanas y la Guerra Robotech.

La súper fortaleza dimensional rondaba cautamente por el vacío,

vigilante contra un ataque y al mismo tiempo resignada a batallar como sólo un veterano experimentado podía estarlo.

Muchas veces los zentraedis habían venido a presionar la batalla sobre la nave y lo iban a hacer otra vez. Por ende, entre altercado y altercado había que vivir la vida con mucho más que plenitud. La muerte andaba rondando -la guerra había durado años; ya nadie de a bordo pensaba que era difícil que la próxima vez saliera sorteado su número.

En el centro de Macross había un parque que los habitantes habían arreglado con amor y cuidado casi hoja por hoja de césped. Arriba había una tarde de verano terrestre, cortesía del sistema EVE. Hasta había sonidos de grillos -descendientes de mascotas afortunadas que de algún modo habían sobrevivido a la guerra.

Max Sterling paseaba bajo un farol cerca de la Fuente de la Paz que fluía y borboteaba a unos cuantos metros de distancia. Verificó su reloj por séptima vez dos minutos.

-Cielos; son casi las nueve. Espero que ella esté bien.

Estaba preocupado porque Miriya no aparecía -en realidad estaba más preocupado por que ella apareciera. Él era un joven de aspecto común que se enderezaba la corbata esperando que su única chaqueta informal no pareciera demasiado gastada y que recordó con una súbita sensación de hundimiento que se había olvidado de recoger las flores que había pedido.

No sabía que la muerte cazaba a pie y estaba a punto de dar el zarpazo; no sabía que durante varios segundos esos ojos crueles lo estaban mirando desde las sombras.

-No puedo creer que le haya pedido que nos encontráramos en el parque... -murmuró-. ¡A una chica, de noche! Podrían asaltarla o algo.

De hecho, el crimen callejero en Macross era casi inexistente, y los castigos eran tales que la reincidencia era prácticamente nula. Pero esa clase de razonamiento no significaba nada para un joven que esperaba a la mujer que lo tenía hipnotizado, extasiado, cautivado. La mujer que había conocido sólo unas horas antes.

Una mujer que estaba parada en la oscuridad lista para matarlo.

Después escuchó la voz de ella y pasos que corrían detrás de él.

-¡Maximilian, prepárate para tu sentencia! -era una traducción

literal de un grito de guerra quadrono.

Miriya había llegado mucho antes al lugar; lo había visto llegar y lo había observado. Se había propuesto matarlo a la hora precisa en que habían programado su encuentro, un cuarto de hora antes. Pero ella sólo lo había observado, odiándolo cada vez más, pero sintiendo extrañas sensaciones dirigidas a él de una forma misteriosa que no podía comprender.

Ella trató de convencerse de que simplemente estaba estudiando los movimientos de su enemigo y sus posibles vulnerabilidades, y combatió el agrado que sentía de verlo en movimiento. Se dijo a sí misma que sólo estaba esperando el momento más oportuno; y aunque esa parte del parque estaba absolutamente desierta, dejó que los minutos pasaran.

Miriya observó sus ojos, sus labios, la manera en que él se movía. Sintió un temblor en su propio cuerpo que ninguna disciplina militar de cuerpo y mente que ella conociera podía sosegar. Pero al final, gracias a una tremenda aplicación de voluntad, se lanzó a la batalla.

Claro, Max no sabía nada de todo eso. Al principio pensó que era alguna clase de broma.

Vio que ella arremetía contra él con la gracia rápida de una pantera y un cuchillo reluciente en alto. Las pesadas ondas del pelo verde de Miriya chasqueaban y volaban detrás de ella como una bandera. Todavía llevaba el traje marrón, las botas de tacos altos de cuero azul y el echarpe amarillo en su garganta.

Sus ojos miraban con locura. Ella era quadrono, una guerrera zentraedi, y aun así este humano miserable la había hecho vacilar - ¡la había hecho sentir debilidad donde una vez sólo había habido fuerza! Pero eso se acabaría; Sterling iba a morir para expiar el pecado de derrotarla y ella volvería a ser Miriya la invencible.

Max dijo con torpeza una pequeña bienvenida que había ensayado y mostró en su rostro su singular media sonrisa habitual.

-Miriya, qué bueno verte... me alegra que pudieras... ah...

Dijo eso mientras ella se dirigía hacia él haciendo brillar la hoja del cuchillo. El cuchillo era una especie de cruce híbrida entre un tanto de estilo Japonés y uno de los modelos de caza Randall de largo medio con guarda redonda. Ella vio que todavía tenía mucho

terreno para cubrir y, temiendo que él pudiera eludirla, se lo lanzó al mismo tiempo que manoteaba su segundo cuchillo.

Los cuchillos en realidad no se parecían a las armas zentraedis a las que estaba acostumbrada, pero el balance y el peso no eran muy diferentes. Aunque un arma de fuego habría sido más rápida, su candente necesidad de venganza había hecho que Miriya escogiera un arma más tradicional. Tenían que ser los reflejos, los músculos, la lucha cara a cara y el frío acero los que establecieran su triunfo sobre el odiado humano.

Y en ese momento Max Sterling comprobó que todas aquellas matanzas aéreas no eran ninguna clase de coincidencia. Sus respuestas psicomotoras eran las más rápidas que los médicos de la SDF-1 habían medido -su coordinación y sus reflejos eran inauditos.

Max todavía estaba tratando de deducir sobre qué estaba hablando ella cuando su cuerpo vio el destello del acero, entendió y se agachó; él hizo lo mejor que pudo para recordar el pequeño discurso torpe y algo romántico que tenía intención de hacerle cuando esos reflejos de combate supremos y algo particulares lo interrumpieron.

Su evasión fue apenas una vacilación de movimiento; el cuchillo lo pasó brillando para aterrizar sólidamente en un tronco del árbol.

Esta era la primera vez que ella fallaba. Pero siguió atacándolo.

Aturdido, Max la vio arremeter con precipitación contra él. Ella tiró la funda del primer cuchillo; aterrizó en el césped sin hacer ningún ruido.

-¿Oye, estás loca? -de pronto todo había caído en su lugar dentro de él; él ya la amaba mucho, pero el Sterling físico, la parte que lo hacía insuperable, le estaba transmitiendo advertencias y actualizaciones de amenazas que hicieron poner en movimiento a su cuerpo.

Ella sacó un segundo cuchillo enfundado del bolsillo delantero de su traje.

-¡Yo soy la Líder quadrono, Miriya Parino: guerrera zentraedi!

-Aquí va nuestra primera cita -Max tragó saliva.

Pero algo en él ya había cambiado; su equilibrio estaba adelante, en la punta de sus pies -casi se sentía ingrátido- y sus manos estaban fruncidas en los puños más rápidos de la SDF-1.

Pero todavía estaba loco por ella; se mantuvo refrenado cuando todos sus impulsos eran de contraatacar. Algo tan pequeño como un intento de asesinato no iba a poder alterar el hecho de que él estaba desesperadamente enamorado de ella.

Ella lo había visto caminar, oyó su preocupación por ella. Los lánguidos temores humanos -¡por la seguridad de un supuesto ser amado, válgame dios!- eran tan despreciables y trastocados, pero aun así...

En algún lugar muy dentro de ella supo, con un conocimiento claro y puro, que la preocupación de Max era un reflejo de su consideración por ella. ¿Quién más, en el curso de su excepcional carrera militar, había mostrado alguna vez tal interés simple y amoroso por el bienestar de Miriya Parino?

Nadie. Nunca. Ese pensamiento la espoleó, la lanzó hacia delante para asesinar.

La funda siseó brevemente por el roce metálico y la hoja brilló con perversidad bajo los suaves faroles del parque.

-¡Eres tan necio! ¡Lucha por tu vida!

Había algo asquerosamente vulnerable y adorable en los ojos de él; la expresión con que él la miraba era indigna de cualquier guerrero serio... pero minó tanto su determinación.

En el interior de ella ya ardía un fuego tan caliente y poderoso como cualquier motor de protocultura.

¡Mátalo! ¡Mátalo, enseguida, ahora! Antes de... antes de que él pueda...

-¿Mi vida? ¿Pero por qué me atacas? -Max preguntó confundido; pero su cuerpo ya estaba listo. Los dos estaban tan compenetrados en el lenguaje físico de la lucha mano a mano que era inevitable una pelea.

Ella levantó como un esgrimista el lustre de la hoja hasta su línea de visión de modo que ambos pudieran observar su frío resplandor.

-¡Yo tendré mi venganza!

La mano de él fue al puño del cuchillo incrustado en el tronco del árbol y ella hizo nuevos cálculos basados en él con un arma. Sterling en posesión de un cuchillo era mejor según lo que pensaba Miriya; quería matarlo en una lucha de iguales condiciones, quería

humillarlo como él la había humillado a ella... antes... antes de que él pudiera...

La mano de él se separó del mango del cuchillo -con mucha renuencia, lentitud y deliberación. Él regresó hasta donde estaba ella.

-Me temo que no sé de qué se trata todo esto -dejó el arma a un lado cuando podía haberla tomado. Su vida estaba en peligro pero, visto de otra forma, su vida estaba allí, mirándolo fijamente con un cuchillo en la mano; era la persona, estaba seguro, sin la que no iba a poder vivir.

Me pregunto cuál será el castigo de la corte marcial por enamorarse del enemigo.

-¿Qué quieres decir con 'venganza'? Si eres una zentraedi, entiendo por qué nosotros tenemos que... que luchar -apenas dejó salir la voz-. ¿Pero por qué quieres venganza?

Ella sostuvo en alto el cuchillo corto de estilo tanto, una brillante y filosa espada samurai en miniatura que reflejaba la luz como un espejo.

-¡Yo... tengo... razones! -dijo eso y saltó hacia él, rápida como cualquier gato de la selva.

Pero las emociones y presentimientos de Max Sterling estaban sujetos a una súbita sobrecarga; el cuerpo y los reflejos se hicieron cargo.

Un filo tan fino que habría cortado un pelo que flotara en el aire hendió el punto donde él había estado parado con un silbido seco y siniestro. Max ya estaba en el aire.

Ella soltó una palabrota zentraedi por la frustración mientras lo miraba lanzarse de cabeza y cambiar a una seguridad momentánea. Él giró hacia ella cuando fácilmente -y más sensatamente- podría haber corrido por su vida.

-¿Miriya, qué es lo que te hice?

Ella no había pasado por alto la decisión de él de quedarse cuando sería más aconsejable correr. Como una valquiria volvió a alzar la hoja del cuchillo con la intención de que lanzara rayos de luz.

-Me derrotaste. Y tú ni siquiera sabes quién soy, ¿no es cierto? -giró el cuchillo, en guardia, para que entre ellos hubiera un sendero

delineado de luz-. ¡Soy la mejor piloto zentraedi! ¡Y no voy a ser humillada por un insecto humano!

Se arrojó hacia él cortando el aire con el acero afilado. En menos de un segundo ejecutó dos magistrales movimientos de lucha cuerpo a cuerpo que habrían destripado a un rival menor.

Pero Max Sterling simplemente no estaba allí. Él no contraatacó, pero evitó que los cortes y los empujones como una sombra. Miriya quedó especialmente enfurecida cuando vio que él no estaba aterrado, sino más bien desconcertado; cuando vio que él todavía sentía lánguidas emociones humanas por ella.

Ella combatió los caóticos impulsos que estallaban en su interior. Apuñaló de nuevo, pero el cuchillo siseó a través del espacio vacío otra vez.

Y ella empezó a conocer un cierto temor. ¡Por la protocultura! ¡Él era tan rápido! Su miedo no tenía nada que ver con morir; ella era zentraedi. En esta batalla, la más extraña de su vida, ella no estaba segura de cuál era ese último y más horrible de los terrores, el miedo que de algún modo estaba limitado a Max Sterling. Ella se había formado muchas imágenes mentales mientras se preguntaba cómo sería este demonio de la guerra; ninguna de ellas se parecía a la verdad.

-¡La primera vez tuviste suerte! ¡La segunda vez fue tu última victoria! -ella le lanzó un corte y falló por poco; Max lo esquivó con esa misma velocidad misteriosa.

-¡Nada puede salvarte ahora! -siseó Miriya-. ¡Yo te derrotaré! -se lanzó a él con el filo sediento de sangre dando la vuelta en un arco eviscerante.

Capítulo 8

Hay viejos dolores de cabeza y jóvenes dolores de cabeza en nuestras líneas que todavía condenan los eventos que ocurrieron aquella noche cerca de la Fuente de la Paz. Es probable que ellos tampoco le vean la gracia a este libro.

Para parafrasear a Robert Heilbroner, "Estas personas traen mucho rigor a nuestra causa, pero ay, también mortis".

Betty Greer, Post-feminismo y la Guerra Robotech.

Miriya también era rápida, casi tan rápida como Max, y una diestra luchadora con cuchillo. Maniobró la siguiente sucesión de estocadas para que la ruta de evasión de él tuviera que pasar por las grandes raíces del árbol y, naturalmente, se tropezara y cayera.

Se lanzó alegremente hacia la blanca garganta de él, abierta a su corte mortal. Con toda seguridad el duelo era suyo; sólo necesitaba el golpecito de una muñeca para acabar con la vida de Sterling y borrar su vergüenza. Nada iba a poder explicar su ligera vacilación; ella, que nunca antes había dudado y que no había perdido con ningún otro enemigo. Nada iba a poder explicarlo excepto la imagen súbita y vívida del aspecto que él tendría cuando ella lo matara.

Acostado sobre su espalda, Max levantó la vista hacia ella. Este era el piloto de la armadura impulsada con la que él había luchado unos días antes durante una detención, primero en una furiosa pelea aérea encima de la SDF-1 y después en un enfrentamiento mano a mano en las calles de la propia Macross.

Él tendría que haber temido por su vida. Pero en todo lo que

podía pensar era que mientras esperaba para pelear con el mecha de Miriya, había escuchado la vieja canción de Tex Ritter sacada de Alto Mediodía, "No me abandones, oh mi querida", haciendo eco en su cabeza. Y ahora no podía evitar escuchar oír esa línea persistente:

On this, our wedding day-ayy... en este, nuestro día de boda-aaas...

Miriya saltó sobre él; el chuchillo cortó el aire apuntado a su corazón. El cuerpo de él respondió antes de que tuviera tiempo de pensar con coherencia; levantó un disco plano de piedra y la punta del cuchillo derrapó en él soltando chispas y casi le quitó dos de sus dedos, pero falló por el ancho de un cabello.

La falla la desequilibró y él puso en funcionamiento una zancadilla. Cuando ella rodó para liberarse e intentar matarlo otra vez, él se catapultó hacia el primer cuchillo que todavía estaba hundido en el árbol.

Ella enseguida estuvo detrás de él. Para matarlo antes... antes de que él pudiera...

-¡Es inútil! -ella gritó triunfalmente mientras le lanzaba una estocada.

Ellos maniobraron y amagaron. El mango del otro cuchillo estaba a sólo unos centímetros más allá del alcance de Max.

-¡No eres ningún rival para mí! Oh, puedes ser un gran hombre, ¿pero qué hombre se compara a un zentraedi?

Él la engañó para que se alejara del árbol, se volvió, tomó el cuchillo en su mano como por arte de magia y la estocada tardía de ella sólo astilló la corteza.

-Ahora veremos -él sostuvo casi con vacilación el cuchillo en una postura de esgrima. Ella se dirigió hacia él.

Dejaron ridículamente de lado cualquier estilo sensato de lucha con cuchillo para pelear como si sostuvieran sables. Los cuchillos se sacaron partículas de luz entre sí. Max había aprendido esgrima en la escuela y había agudizado sus habilidades de combate en la Fuerza de Defensa Robotech; Miriya era una zentraedi, vivía y

respiraba la guerra.

De forma increíble, Max puso en un predicamento al cuchillo de ella haciéndolo girar una y otra vez hasta que saltó de su puño. Voló alto y aterrizó a metros de distancia. La punta se enterró en la tierra, tan cerca y aún así tan lejos, demasiado lejos.

Max le sostuvo la punta de su cuchillo cerca de la garganta. Ella levantó su barbilla con orgullo.

-Creo que gané de nuevo -dijo él, aunque había algo en su tono que lo hizo sonar inseguro.

Era el momento que Miriya Parino, adalid de las quadronos, pensó que nunca enfrentaría. Pero aun así existía algo como la dignidad en la derrota, algo como su código de guerrera.

-He perdido ante ti.

Esta es una vergüenza que no puedo soportar -cayó de rodillas quitándose el echarpe y desnudando su garganta. Esperó el frío beso del cuchillo y deseó que llegara pronto para acabar su sufrimiento. No pudo evitarlo, pero las lágrimas brotaron en sus ojos -no por el temor o ni por la furia, sino por impulsos a los que no podía ponerles ningún nombre.

Él estaba dudando por alguna razón; ella pensó que quizás él iba a mostrar la crueldad que un zentraedi demostraría en su posición. Ella no lo culpó y con valentía se determinó a soportar cualquier cosa que él pudiera aplicarle, pero pensó que él quizás necesitaba que ella reconociera su derrota.

-Acaba mi vida -bajó la cabeza; los largos mechones verdes colgaron alrededor de su rostro-. Por favor. Hazlo ahora.

Pero lo que ella sintió no fue el frío fuego final del filo del cuchillo. Los dedos de él estaban bajo su barbilla, alzando su rostro.

-¡Pero yo no podría! Eres tan hermosa...

De repente todo fue tan irreal, tan difícil de entender para ella, que ver que él había dejado caer el chuchillo fue sólo una sorpresa menor.

Miriya levantó dichosa la vista hacia un rostro que mostraba confusión, asombro y un cierto algo más que ella apenas estaba comenzando a comprender.

Ella nunca sintió que se ponía de pie; quizás no hizo, y la gravedad cero y la sensación de volar eran reales. Un último

espasmo del entrenamiento guerrero zentraedi se hizo sentir, y le dijo que lo detuviera, que lo detuviera antes... antes de que él pudiera...

Pero él ya lo había hecho y ellos se estaban besando, se estaban abrazando, Miriya en los brazos de Max. Durante un tiempo en el pequeño prado del parque oscuro de Macross, existió un lugar apartado de todos los otros mundos. Por mucho tiempo no se dijo ninguna palabra, hasta que Max tomó coraje.

-Miriya, esto va a parecer loco, pero... ¿te querías casar conmigo?

-Sí, si lo deseas. ¿Maximilian, qué es 'casar'?

Los tres antiguos espías zentraedis, Rico, Bron y Konda, estaban sentados en el salón de descanso de los escuadrones de la RDF no lejos del puente. Estaban haciendo lo mejor que podían por que el Trío Terrible pasara un buen rato.

Sammie, Vanessa y Kim estaban tristes. Parecía que el viaje de la SDF-1 nunca iba a acabar, que no había ningún refugio para la nave espacial en ningún lugar.

Nadie quería suponer cuánto tiempo más podía durar la fortaleza dimensional contra la armada zentraedi que los perseguía, pero el consenso tácito era que había presionado su suerte al límite y que todos ellos estaban viviendo tiempo de yapa.

-¿Crees que los canadienses le ofrecerán refugio a la SDF-1, Konda? -preguntó el corpulento Bron.

Si se pudiera convencer a los canadienses de desafiar al Concejo de Defensa de la Tierra Unida y permitir que la nave aterrizara, ofrecerle asilo a su tripulación y a los refugiados, podría haber esperanza. Sería la prueba más ardua de la autoridad del CDTU como opuesto a los derechos autónomos de sus estados miembros, podría incluso llevar a una nueva guerra civil, pero esa era la única esperanza de la SDF-1.

El amigo y compañero guerrero de Bron masticó un pedazo de comida.

-Te diré una cosa: si niegan nuestra petición, significa que nos quedaremos atrapados aquí en el espacio para siempre.

Las tres jóvenes intercambiaron miradas agonizantes. La pequeña Sammie sacudió su cabeza, enérgica y asustada.

-¡Konda, por favor no digas nada como eso!

Kim, con su taza de café olvidada en sus manos, de repente pareció perdida y vulnerable.

-¡Seguramente... alguien nos ayudará!

Konda no la contradijo, pero tampoco estuvo de acuerdo. Los seis normalmente se divertían cuando estaban juntos, pero ahora apenas miraban con tristeza su café.

-Debemos tener fe -dijo Rico, algo extraño viniendo de uno cuya única creencia había sido, hasta hace algunos meses, el código de guerra zentraedi.

Ninguno de ellos notó que Max Sterling pasó buscando por todos lados a su oficial al mando.

-¡Ah! Justo el hombre que quería ver -murmuró cuando vio a Rick Hunter.

Rick estaba sentado solo en una mesa del piso superior del lugar, perdido en pensamientos mientras miraba por sobre la cubierta hacia los miradores de arriba que le mostraban el espacio por tres costados. Estaba exhausto por la constante guardia de vuelo y las cargas agregadas de ser un líder de escuadrón. Estaba preocupado por la nave, por sus hombres y por lo que tal vez podía hacer para poner su vida amorosa en orden.

Rick pareció sorprendido cuando Max interrumpió su ensueño, pero lo invitó a sentarse.

-Es sobre anoche -empezó Max-. Creo que voy a casarme.

Rick escupió su café y se ahogó un poco hasta que Max lo palmeó la espalda.

-¡Esa es la cosa más ridícula que oí en la vida! -soltó por fin-. ¡Tú sólo fuiste a una cita! Hombre, sabes que ella no se va a ir a ningún lado, ¿entonces por qué no te tomas algo de tiempo?

Max parecía obstinado y se agitó un poco antes de hablar.

-Nosotros estamos enamorados.

Rick se zambulló en un discurso que jamás había imaginado que daría antes de convertirse en el Líder Skull. Pero antes de que

podiera entrar demasiado en por qué nadie debe apresurarse en el matrimonio y sobre cómo eso era triple para los pilotos de cazas VT, Max lo interrumpió.

-Teniente, esa no es la parte que me está preocupando -se secó la frente con su pañuelo-. Ve a, es, ah, no estoy seguro de cómo decir esto. Ella es el enemigo. Miriya me confesó que es una zentraedi.

Rick lo miró inexpresivamente por un largo rato. De haber sido alguien más, habría dudado de su cordura; pero él era amigo de Max y además había visto su última evaluación psicológica.

-¿Cómo pudiste dejar que esto pasara?

-Yo la amo -dijo Max con un poco más de energía que cuando normalmente decía algo.

-¡Estás diciendo tonterías! ¿Qué podrías tener en común con ella? -aunque los tres antiguos espías y las conejitas del puente se estaban haciendo compañía del otro lado del salón de descanso. Rick había tratado de desenredar su propia vida emocional tormentosa y no podía entender por qué otras personas querían complicar las suyas.

-Te digo que la amo -insistió Max. De repente golpeó la mesa con su puño e hizo que la taza y el plato bailaran-. ¡Y no hay ningún problema que el amor no resuelva!

¿Oh sí? -pensó Rick con ironía; por un momento deseó poder hacer algo sobre su inútil afán por Minmei, poder entender sus complejos sentimientos hacia Lisa Hayes-. ¡Max, tienes mucho que aprender!

-Hay un problema que no resolverá, compañero, y es tu tonto idealismo. El amor no va a hacerte feliz, créeme.

-No importa lo que digas, Rick -Max estaba furioso-. Yo voy a casarme con esta mujer con o sin tu aprobación.

-De acuerdo, mira, así que ella te atrae. ¿Cuántas veces le pasa eso a un tipo?

-¡Ella es especial!

-Cálmate; lo siento. Puedo decir que te gusta mucho.

Max se calmó un poco.

-Quiero que la conozcas.

-Esto sería interesante -dijo Rick, percatándose de que alguien se había acercado a la mesa.

La Miriya Parino del batallón de elite quadrono de las hordas zentraedis parecía como la tapa de una revista de modas. Rick no sabía qué había esperado; nunca había conocido a una hembra zentraedi y había visto a pocos varones que no lucieran lo suficientemente feos como para no detener un reloj.

Lo que él no había esperado era una joven atractiva con un vestido de verano rosa simple y elegante adornado con una faja azul alrededor de su delgada cintura. Llevaba su cabello verde oscuro en una sola cola abundante echada hacia delante sobre un hombro blanco.

-Estábamos hablando sobre ti -le dijo Max con una sublime sonrisa soñadora.

Rick parpadeó asombrado y después habló de forma entrecortada.

-Tenías razón, Max. Ella es hermosa. Yo... yo creo que ahora entiendo.

-Estoy tan contenta de conocerte -Miriya sonrió serenamente-. Luces exactamente como te describió Maximilian.

Ella estaba muy alegre porque ella y Max iban a casarse, aunque esta costumbre humana insólita y extrañamente emocionante era un misterio mayor a cualquier otra cosa. De pronto ella no se pareció y ni se sintió para nada como una comandante y guerrera zentraedi, pero no le importaba. Todo era tan claro, brillante y maravilloso...

La decisión de Max de comprarle ropa nueva evidentemente había sido buena; las miradas que ella había recibido de las personas, y de Rick en particular, no eran las que se dirigía a un enemigo.

Era difícil de creer que apenas unas horas antes ella había tratado de matar a Max. Él se había pasado la mayor parte del tiempo intentando clarificar qué significaba "amor". Ella decidió que quería más clarificación -una que durara de por vida.

-Eres un hombre afortunado, Max -le dijo Rick, sin apartar la vista de Miriya. Después sonrió abiertamente-. Y olvida todas esas cosas sin sentido que te dije.

Max volvió a sonreír otra vez.

-Y para garantizarles a los dos que tendrán un gran día de bodas -agregó Rick-, ¡yo planeo estar allí para besar a la novia!

Max se encogió de hombros, asintió con alegría y arrastró un poco de ironía en su tono.

-Yo sabía que podía contar usted, jefe. Sólo... -extendió la mano para tomar la de Miriya-, sería mejor que esperes hasta que yo le explique todo eso a la futura señora Sterling. Las fuerzas RDF ya están escasas de personal, y yo odiaría ver que el Líder Skull terminara en terapia intensiva.

Los preparativos para la boda empezaron ese mismo día. Gloval estaba extrañamente callado, excepto para dar su permiso y autorizar la clase de fiesta extraordinaria que los magnates de los medios de comunicación de la nave ansiaban y reclamaban. Rick conocía bastante a Gloval para saber que el capitán tenía buenas razones para un movimiento así y se preguntó cuales podrían ser.

Las noticias de las próximas nupcias tenían zumbando a toda la fortaleza dimensional. Estimuló a tripulación y refugiados por igual, ¡por fin una razón para celebrar y olvidarse de la guerra por algún tiempo! El alcalde Tommy Luan, el director del sistema intra-nave de radiodifusión y otros cientos se metieron en los arreglos.

Con un poco de sorpresa vieron que Gloval había ordenado que no se escatimara ningún esfuerzo en hacer de esta ocasión un evento mayor. Miriya podía tener diez mil damas de honor si lo quisiera; la gente de la RDF y los pilotos veritech en particular echaron la casa por la ventana para montar un desfile digno de una boda real.

Los preparativos marchaban con rapidez; el matrimonio se volvió el centro de la existencia para muchas personas que cosían, cocinaban, decoraban; el personal de la RDF ensayó sus simulacros y los ingenieros prepararon los más especiales de los efectos especiales.

Toda la actividad no pasó inadvertida. En la armada extraterrestre, fríos e implacables ojos miraban las peculiares ocurrencias. Se estaban por tomar decisiones cruciales y horribles.

Capítulo 9

Estas cartas se amontonan, querido Vince, quizás para que las leas algún día, o quizás no, pero hoy sobre todo tengo que dejar por escrito lo lleno que está mi corazón... más que en cualquier momento desde que mataron a Roy.

Escuché que Gloval murmuraba algo asombroso mientras estaba sentado en su silla de mando: "Capuletos y Montescos". Pensé que se estaba poniendo suave; el cielo sabe que todos los demás lo hicimos. Pero cuando miré el portapapeles que él había estado estudiando, vi que era un informe detallado de Inteligencia sobre los libros que Miriya había revisado en el Banco Central de Datos mientras estuvo aquí... mientras estaba cazando a Max. Shakespeare estaba allí, claro.

Yo no sé qué pensar, excepto... ¡maldición! ¡Esta vez tenemos que cambiar el final!

*Teniente Claudia Grant, en una carta a su hermano
Vincent.*

Los espectaculares fuegos artificiales iluminaron el espacio alrededor de la SDF-1. Era sólo el principio, pero qué principio. Toda el área se iluminó con colores brillantes; los civiles y el personal RDF por igual se amontonaron en cada mirador disponible para exclamar y aclamar.

Después aparecieron los mechas de guerra para ejecutar su parte en las cosas. Los veritechs salieron en enjambres para ocupar sus lugares desde las cubiertas de vuelo de la fortaleza y desde los dos

inmensos portaaviones que estaban unidos a ella como estupendos antebrazos de metal.

Desde la proa del portaaviones Daedalus salía una senda de luz ancha y plana que brillaba con todos los colores del espectro como si fuera una pista de aterrizaje luminosa. Los veritechs salieron a toda velocidad y sus retropropulsores flamearon.

La excitación levantó picos de fiebre por toda la nave. Fue más que la ocasión de una boda -incluso la primera boda que se pudiera recordar que había tenido lugar en el espacio exterior. Había algo en la unión de un humano y una zentraedi que hablaba directamente del anhelo de los humanos por la paz y por retornar a casa. Era el rayo de esperanza para poder acabar pronto la terrible Guerra Robotech sin llegar a la catástrofe.

Para Max y Miriya simplemente era el día más feliz de sus vidas. Con puntualidad bajaron desde el vacío en el caza VT de Max; Max vestía su esmoquin y estaba sentado en el asiento delantero, piloteando. Miriya estaba sentada atrás haciendo constantes correcciones a la caída de su velo de novia y al arreglo de su ramo nupcial. Ella había ganado muchas condecoraciones por valentía y coraje bajo fuego, pero hasta ahora no había sido capaz de dejar de temblar.

Los VTs habían pasado a modo battloid y parecían gigantescos caballeros ultra-técnicos. Se ubicaron de a pares enfrentados a lo largo la pista de aterrizaje que formaba el arco iris de luz. Alzaron las armas, esos mismos cañones automáticos grises que habían usado en otras ocasiones para emprender la guerra salvaje con los zentraedis.

Pero ahora habían ajustado las armas para que lanzaran rayos de luz brillantes sobre el aerosol reflexivo que se había rociado alrededor de la SDF-1 únicamente para ese propósito. Estos brillaban como veintenas de espadas cruzadas encima del curso de acercamiento luminoso. Max voló su nave bajo el saludo militar a baja velocidad mientras Miriya miraba boquiabierta alrededor, encantada más allá de las palabras.

El caza se asentó sobre la cubierta del Daedalus y allí había más mechas -las máquinas de ataque de las unidades de tierra de los cuerpos tácticos. Cuando Max carreteó hacia el elevador que iba a

bajar su nave a la cubierta del hangar, los monstruosos cañones destroid, los excaliburs, los raider x y los demás lanzaron unos rayos inofensivos para formar un dosel.

Las cámaras ya estaban siguiendo al VT y habían planeado una cobertura total y cercana de cada parte de la ceremonia. A Max y a Miriya no les importaba, pues querían que todos compartieran en su alegría total.

Pero no todos hacían.

Breetai, el enorme comandante de la armada zentraedi, observaba las señales que interceptaron de la SDF-1 en la imagen del rayo proyector.

-Esta es la costumbre microniana más extraña que hemos visto hasta ahora, ¿no es cierto, Exedore? ¿Puedes explicarme qué está haciendo Miriya Parino?

Lo que ella estaba haciendo era evidente: caminaba lentamente al lado de un humano de cabello azul vestido con un traje bastante adornado y de aspecto incómodo, sujetando lo que parecía ser un manojo de plantas.

También estaba sujetando el brazo del microniano, lo que causó que Exedore especulara que quizás ella estaba herida en la pierna o había caído enferma. Aunque ella no parecía enferma; parecía... Exedore no sabía lo que esa expresión en su cara podía significar.

Breetai miró fijamente a la imagen. Él era una criatura que no habría tenido ningún problema en pasar por microniano, sólo que tenía unos dieciocho metros de alto. Una media cofia metálica reluciente cubría una herida terrible que recibió en el lado derecho de su cráneo durante una batalla contra la raza invid, enemiga implacable de los zentraedis, y además le reemplazaron el ojo por un cristal brillante.

Junto a él estaba Exedore, un zentraedi jorobado de aspecto frágil, mucho más chico que Breetai -casi un enano según los estándares de su raza. Pero dentro de la enorme y deformada cabeza de Exedore estaba acumulada la mayor parte de la erudición

y del conocimiento de su raza, y una mente en la que Breetai confiaba plenamente.

Los observadores ojos saltones sin párpados de Exedore también estaban fijos en la imagen de la boda del rayo proyector.

-Su excelencia, si no estoy equivocado, ella se está... casando.

Ellos estaban parados en la estación de mando de Breetai que sobresalía sobre el inmenso puente de su colosal nave capitana. La nave capitana -catorce kilómetros sólidos de armas, escudos y armadura-, quedó deteriorada después de sus enfrentamientos furiosos con la SDF-1 y los mechas de la RDF. La burbuja transparente que rodeaba la estación de mando estaba destrozada; sólo quedaban unos pedazos dentados alrededor del marco.

Los zentraedis eran guerreros, no esclavos o ganapanes; tenían poca afición por cualquier cosa que oliera a trabajo común e incluso tenían menos talento para hacerlo. Los Amos Robotech aceptaban y reforzaban esos prejuicios; sin los Amos, los zentraedis tarde o temprano habrían terminado sin herramientas de guerra en funcionamiento.

-Según mi investigación -explicó Exedore-, es una condición en la que varones y hembras micronianos viven juntos.

Breetai estaba aturdido. Su voz de barítono áspera y gutural llenó la estación de mando.

-¿Vivirán juntos? ¿Miriya Parino y este endeble varón microniano?

-Correcto, milord.

¿Pero por qué razón? El altísimo adalid zentraedi, soberano de una raza clonada que no conocía el amor, la familia o el sexo, trató de imaginar cuál podía ser el propósito, por qué razón concebible el varón y la hembra podían desear semejante intimidad. Pero mientras lo intentaba lo asaltaron olas de asco y confusión, visiones anónimas a medio ver que lo enfermaron físicamente. Dejó de mirar las imágenes.

Breetai se sentó en su enorme silla de mando pensando todavía en la importancia de la boda.

-Parece que está tomando su misión de espionaje muy en serio. Quizás más en serio de lo que debería.

Su primera conclusión fue que Miriya, la dedicada luchadora,

estaba padeciendo el tremendo tormento de tal costumbre sólo para infiltrarse entre el enemigo y aprender los secretos perversos de sus prácticas sociales obscenas. Pero Breetai vio algo en la cara de Miriya, algo que hizo dudar al altísimo comandante de este análisis.

Otra vez era como fue con los tres espías, Konda, Rico y Bron. Breetai sintió un cierto miedo.

-A menos que mis sentidos me engañen, parece que ella se está divirtiendo de una manera peculiar. ¿Puede ser que ella también haya encontrado el estilo de vida microniano demasiado agradable para resistirlo?

-Parece, señor, que ella no puede resistirse al encanto de ese piloto microniano -contestó Exedore.

Breetai había visto la demostración del beso cuando capturó a Rick Hunter y a Lisa Hayes. Se estremeció al evocar ese acto repugnante y se preguntó cómo una criatura inteligente podía soportar participar en tal bajeza.

Pero la atracción hacia los humanos era innegable; veintenas de soldados zentraedis habían conspirado en secreto para sufrir la micronización y habían ido a vivir entre sus antiguos enemigos. Esa era la primera vez que se producía un motín semejante en la historia de la raza guerrera. Parte de la locura había tenido que ver con la joven hembra humana Minmei y el poder extrañamente hipnótico llamado "canto" que ella ejercía.

-Nuestras fuerzas pueden estar en más riesgo de lo que creímos -dijo Exedore-. ¿Qué tal si los traidores que fueron aceptados del lado humano no eran meros desertores mentales como pensamos, sino la primera ola en un mar de desertores?

Breetai se frotó la gran mandíbula bajando su única y gigantesca ceja negra.

-Parece que este tema del "amor" es una cosa muy poderosa.

-Me temo que estoy de acuerdo con usted, señor -contestó Exedore-. Es un factor emocional contra el que nosotros los zentraedis no tenemos ninguna defensa. Ellos podrían usar este "amor" como una poderosa arma contra nosotros.

Breetai frunció el ceño ante la imagen de los humanos risueños y alegres, de la feliz y radiante Miriya, y del orgulloso y sonriente Max.

-¿Arma, eh?

-Sí. Debemos tener cuidado.

La cobertura que interceptaron de la boda les mostró flashes que estallaban y personas que aplaudían mientras Max y Miriya cortaban su pastel. El pastel de bodas era un modelo de tres metros de alto de la SDF-1 en su caballeresco modo de ataque.

Breetai, gruñendo con su voz retumbante, miró los procedimientos con furia. ¿Qué había allí en las miradas radiantes de Miriya y el microniano que ejercían tal fascinación, tal profunda atracción en él? Pensó que era sólo la necesidad de un comandante de estudiar a un enemigo peligroso y se negó a creer que él pudiera sentir algo como la envidia hacia el frágil enemigo.

El maestro de ceremonias estaba pidiendo silencio en la fiesta.

-Damas y caballeros, hoy es un día muy especial. Es más que la celebración de una boda; es el enlace de dos almas dedicadas a la protección de nuestra colonia robotech. Me gustaría presentarles al hombre que hizo tanto para lograr que esta sea una ocasión única, ¡al comandante de la SDF-1, el capitán Henry Gloval!

Hubo muchos aplausos, aunque la gente todavía se estaba pasando pastel y ventilaba su champaña después de los varios brindis que habían bebido.

Gloval se puso de pie, vestido con su uniforme de gala cargado de medallas, trenzas y cintas de campaña en abundancia. Rick, que conocía al capitán un poco mejor que la mayoría de las personas de allí, tuvo la impresión de que iban a averiguar por qué él no había escatimado nada para convertir la boda en un evento mayúsculo.

-Bien -dijo Gloval-, para empezar, le extiendo mis cordiales felicitaciones a Max y a Miriya. Esta boda conlleva una gran importancia histórica. Como todos ustedes saben, Miriya era una guerrera zentraedi que destruyó muchas de nuestras naves. Ella viene de una cultura que nosotros hemos llegado a temer y a odiar.

¡Oh, no! -pensó Rick. ¿En qué podía estar pensando Gloval? Miriya estaba rígida como una estatua con la vista baja sobre su

plato. Max estaba blanco. Los invitados reunidos escuchaban en un silencio aturdido.

-Son los zentraedis los que han causado nuestra situación actual -siguió presionando Gloval-. Sólo ellos evitan nuestro retorno a la Tierra... a nuestras casas y a nuestras queridas familias.

Una mano ya se había ovillado en un puño.

-¡Son ellos quienes han causado lesiones, destrucción y sufrimiento interminable!

-¡Capitán, por favor! -estalló Max

-¡Capitán! -gritó Rick en ese mismo momento.

Gloval siguió adelante.

-Bien, yo sé lo que están pensando: "¿Por qué escogió este momento para recordarnos estas cosas terribles?" Yo se las recuerdo, señoras y señores, porque nosotros debemos aprender a perdonar a nuestros enemigos.

Su imagen y su voz salieron por las pantallas en toda la fortaleza: en los cuarteles, en los salones de descanso, en los monitores gigantes de las plazas públicas de Ciudad Macross.

-No ciegamente, no con ignorancia, sino porque somos una nación fuerte y deseosa. No podemos culpar a los zentraedis por su apetito inexplicable por la guerra. Ellos nunca han conocido otro estilo de vida y ese ha sido su único medio de supervivencia.

En toda la fortaleza de la batalla la gente miraba las pantallas con asombro -algunos con esperanza ascendente, otros con antagonismo creciente.

-Y tampoco podemos condenar a los individuos de esa sociedad por la locura en masa de sus líderes. En cambio debemos mirar su naturaleza buena. Como ustedes deben saber, ahora hay docenas de desertores zentraedis a bordo de la SDF-1 que se redujeron a tamaño humano. Ellos hicieron una petición para detener la lucha y yo creo que es una petición genuina.

Él se volvió para señalar a los recién casados.

-Se analizó la sangre de estos jóvenes antes de la ceremonia. La sangre zentraedi resultó ser igual a la sangre humana.

Eso arrancó murmullos y cuchicheos en el vestíbulo de la recepción; en la nave y en la ciudad en general, impulsó mil discusiones y marcó un momento decisivo en el pensamiento

humano.

En el Dragón Blanco, el restaurante chino que pertenecía a los tíos Max y Lena de Minmei, el alcalde Tommy Luan y algunos otros habían ido a ver la ceremonia por televisión.

-No hay ninguna razón por la que no podamos coexistir en paz -dijo Gloval-. Permitamos que esta ocasión represente un futuro donde todas las personas vivan en armonía.

Los brindis y los aplausos estaban aumentando, evidencia del hambre general por un fin a la guerra. Gloval levantó las manos para imponer silencio.

-Por favor, permítanme hablar un momento más.

Se oyeron voces en el fondo que felicitaban a Gloval por su liderazgo, valor y convicciones. En el restaurante, el alcalde Tommy Luan asintió con la cabeza y se secó una lágrima.

-El capitán Gloval es en verdad un hombre de paz. Un gran hombre.

Había otros en la nave que no sentían de la misma manera, otros que quebraron botellas en la calle o agitaron un puño hacia la imagen de Gloval. Desde el primer ataque de los extraterrestres había habido tantas pérdidas, tantas muertes y tanto sufrimiento que el anhelo de venganza no iba a morir tan fácilmente.

Gloval había anticipado eso, claro.

-Todos nosotros hemos perdido seres queridos y será difícil no albergar malos sentimientos hacia los zentraedis. ¡Pero de algún modo debemos superar estos sentimientos! Debemos detener esta destrucción sin sentido.

Lejos bajo la superficie de la yerma tundra de Alaska, en los niveles más bajos de la base del cuartel general del Concejo de Defensa de la Tierra Unida, el almirante Hayes apuntó un control remoto hacia la TV y esta se puso oscura.

-¡Está loco! -soltó y se volvió hacia su hija-. ¡No entiendo como Gloval puede hablar sobre paz en un momento como este!

Lisa se apuró a saltar en defensa de Gloval, tanto porque él era

su antiguo oficial superior como porque sin dudas tenía razón.

-¡Padre, es la única manera de evitar nuestra propia destrucción!
¡Si nosotros no comenzamos las charlas de paz significará el fin de este planeta, y ni siquiera tú querrías eso!

-¡Lisa! -él de repente pareció dolido.

-Lo siento -le dijo ella-, ¡pero debes detener la operación Gran Cañón de inmediato!

El almirante Hayes apagó un cigarrillo y evitó la mirada de su hija.

-Los planes para el uso del Gran Cañón ya están programados. No hay nada que hacer sobre eso ahora.

Capítulo 10

Escuché que alguien junto a mí dijo algo sobre un matrimonio literalmente hecho en los cielos. Yo me callé la boca y me alegré de que nadie mordiera el obvio anzuelo y mencionara una luna de miel en el infierno. En silencio dije mis oraciones por los recién casados y por todos nosotros.

Jan Morris, Semillas solares, guardianes galácticos.

-Todos los ciudadanos deben desarrollar una actitud responsable hacia los intentos de paz -Gloval todavía mantenía fascinado a su público-. Debemos reunir una mayor tolerancia y enfrentar este desafío. No estoy proponiendo que bajemos los brazos sino que extendamos la mano de la amistad. Hay oportunidad de una solución pacífica y nosotros debemos lograr que suceda. Como han hecho Max y Miriya, aquí presentes. Los zentraedis son personas fuertes e inteligentes. Permitan que esta ceremonia se eleve como símbolo de nuestro deseo de paz. Nosotros debemos imitar a Max y a Miriya: ellos son los héroes de hoy y nuestra esperanza para el mañana.

Les tomó un momento darse cuenta de que había terminado, aunque Gloval se volvió para dejar que los recién casados volvieran a ser el centro de atención. Después las ovaciones y los aplausos fueron ensordecedores. Llovieron serpentinas y confeti alrededor del pastel SDF-1; todos aclamaron y bendijeron la unión de Max y Miriya.

La muchedumbre también aclamó a Gloval y a la amistad entre humanos y zentraedis. El Trío Terrible se tiró en los brazos de los que alguna vez fueron tres espías zentraedis -Vanessa en los del

corpulento Bron, la pequeña Sammie con Rico y Kim se abrazó con Konda, el de cabello violeta. La alegre muchedumbre gritó brindis y saludos por la paz.

Gloval esperaba que eso fuera suficiente -esperaba que el compromiso y la determinación todavía estuvieran allí cuando las ovaciones concluyeran.

El cuartel general de Dolza, comandante supremo zentraedi, flotaba como una colmena enorme en la oscuridad de espacio. Tenía el tamaño de un planetoide, una pequeña luna blindada tan enorme que en su interior podían caber la nave capitana de Breetai y cientos de miles más como ella. La Gran Flota zentraedi se estaba reuniendo a su alrededor; era una fuerza tan colosal que podía minimizar hasta a la armada de Breetai.

Dolza, el Viejo, el más grande de su raza, se paseaba dentro de su cuartel general. Sus subordinados estaban agrupados en posición de atención. Dolza se detuvo y bajó la vista hacia ellos.

-Ya no podemos permitir que exista esta condición. Se está volviendo una amenaza significativa para el poder zentraedi. Parece que hemos subestimado los poderes de estas sabandijas micronianas.

Parece que al final el consejero de confianza de Breetai, Exedore, tenía razón: había buenas razones para el legado de las antiguas advertencias zentraedis contra cualquier contacto con los micronianos, aunque las razones hasta ahora habían sido desconocidas. Una raza que podía trastornar a los zentraedis, hacerles violar su código de guerra... ¡una raza que podía debilitarlos tanto con charlas de amor y paz!

Dolza vio que esta raza era una amenaza infinitamente más peligrosa que los arrasadores invids, que era algo que podía acabar de un solo golpe y para siempre con la grandeza zentraedi a menos que se hiciera algo de inmediato.

-La fortaleza de la batalla se ha vuelto demasiado peligrosa para que siga existiendo. Aunque signifique destruir muchos de los

secretos de Zor y perder conocimientos valiosos, se les ordena la total aniquilación de la SDF-1. La Gran Flota deberá reunirse pronto y prepararse para partir.

Los subordinados golpearon con violencia sus pechos con los puños y rugieron al unísono.

-¡Ho!

Incineraremos el planeta Tierra y acabaremos esta amenaza de una vez por todas -pensó con severidad Dolza después de eso.

En la recepción se oyó el tamborileo de un redoblante y el maestro de ceremonias trajo a Lynn-Minmei. Rick Hunter se sentó con los brazos cruzados sobre su pecho y no supo qué sentir.

Ella estaba más hermosa que la primera vez que la había visto - una estrella de cabello negro y ojos azules con una presencia escénica ganadora por naturaleza. Llevaba una túnica dorada de astracán con un corte alto en su cadera izquierda.

Ella tomó el micrófono; antes de que abriera la boca la multitud ya estaba comiendo de su mano. Minmei hizo generosos cumplidos hacia los recién casados y después comenzó uno de sus éxitos más grandes, "To be in love".

Rick recordó la primera vez que lo había oído, aislado con Minmei en una porción abandonada de la SDF-1, perdidos y aparentemente condenados. Allí se había enamorado de ella y había pensado que ella sentía lo mismo.

Su voz maravillosa captó las notas con una belleza segura y pura que acarició las palabras, y puso a la muchedumbre bajo su hechizo.

Rick vio que Miriya tomaba con timidez la mano de Max y los tres ex-espías extraterrestres abrazaban a las conejitas del puente. Esa misma voz, ese mismo rostro había persuadido a Konda, Bron y Rico a pasar al lado humano.

Claudia intentaba no llorar; había hecho un buen trabajo para controlarlo desde que mataron a Roy, pero la voz de Minmei tenía algo místico para eso. Rick vio la humedad en la mejilla de Claudia.

Rick miró por el mirador hacia el vacío del espacio. Roy, su mejor amigo, se había ido -y Ben Dixon, ¿y cuántos cientos, cuántos miles de miles? Las pérdidas habían sido terribles.

En lo profundo de la tierra helada de Alaska, Lisa había vuelto a conectar la ceremonia. Observó a Minmei obrar su magia y perdió la esperanza de poder competir alguna vez, de poder ganar alguna vez el amor de Rick.

¿Y yo cómo podría lograrlo? Ella es tan hermosa; su canto... es como una clase de milagro.

La armada también había interceptado la transmisión mientras nadaba en las profundidades de espacio como un cardumen de un millón de criaturas sanguinarias del fondo del mar. Los grandes buques de guerra, llenos de armas, equipos de detección y de comunicación, rondaban hambrientos.

En su estación de mando, Breetai levantó la vista a la imagen y oyó la música.

-Esta mujer tiene una voz que... puede hacer que un hombre sienta congoja -dijo con lentitud y pesadez. Exedore lo miraba con angustia.

Justo cuando ella estaba a punto de empezar otra canción, una señal de prioridad reemplazó la imagen de Minmei. Uno de los oficiales del personal de Dolza lo miró bajando la vista.

-Comandante Breetai, disculpe esta interrupción pero le traigo órdenes ultra secretas del comandante en jefe Dolza.

Breetai se puso de pie inmediatamente y saludó con la mano.

-¡Salud, Dolza! -se sacudió los efectos de la canción de la sirena de Minmei.

-Se le ordena que empiece un ataque a gran escala sobre la SDF-1 -le informó el oficial-. No tiene que haber ningún

superviviente, sin importar lo que cueste. Eso es todo.

Él desapareció y Minmei siguió cantando otra vez.

-¿Bien, su excelencia? -preguntó suavemente Exedore.

Breetai levantó tristemente la vista hacia la imagen de Minmei.

-Me aflige que finalmente haya llegado el momento. No deseo esta tarea en absoluto, Exedore. Eso puede parecer extraño, pero es verdad.

Y la belleza persistente de la voz de Minmei volvió a poner en él esa misma congoja pesada hasta que quiso extender la mano y apagarla.

El fiel y perceptivo Exedore miró a su señor con preocupación. Casi media docena de veces habló del miedo y la ansiedad que esas palabras de Breetai ponían en él, pero al final el pequeño gigante delgado se mantuvo callado.

Pero Breetai no tenía el único equipo receptor de la flota. En todos los abundantes buques de guerra era el mismo: montones de guerreros corpulentos se habían congregado para mirar y escuchar a Minmei -y habían oído también a Gloval. El primer sonido de las señales de alerta, la llamada a las armas y a la gloriosa guerra zentraedi había causado más disenso del que había habido antes.

-Yo no quiero luchar -gruñó un comandante de pod muy condecorado. Miraba algo diminuto que yacía en la palma de su mano como si examinara su propia línea del corazón. Otro CP que estaba parado cerca intentó echarle un vistazo a lo que fuera, pero el primero cerró su puño.

Lo hizo con cuidado; no quería dañar la diminuta muñeca Minmei que tenía allí. Bron se la había dado antes de que él y los otros desertaran en busca de resguardo y un futuro incierto entre los humanos. El CP había escuchado cantar a la muñeca hasta que las baterías quedaron casi agotadas. No podía explicar su encanto... o el poder que la música de Minmei tenía en él... o por qué se resistía a salir a destruir a la SDF-1 cuando sus antiguos camaradas de armas estaban a bordo.

El áspero idioma zentraedi tenía pocas palabras o ninguna para estos conceptos, pero eso no cambiaba los sentimientos del CP.

Alrededor de ellos los guerreros corrían para ponerse la

armadura de combate, tomar las armas de los estantes, tomar el equipamiento y prepararse para el gran ataque. Las cubiertas reverberaban bajo sus macizos los pies calzados con hierro.

El segundo CP le mostró su palma al primero por un instante. Ellos habían estado pensando en la misma cosa porque él sostenía otra de las diminutas muñecas Minmei como recuerdo. Volvió a cerrar su puño. Cuando cada uno comprendió que el hombre que tenía enfrente sentía lo mismo, el oponerse a la guerra se sintió muy diferente, irradió una llama de esperanza mayor.

-Es como si yo fuera a luchar contra mi propia gente -dijo el segundo CP, esforzándose en poner sus pensamientos dentro de la limitada lengua guerrera zentraedi.

Los suboficiales y los oficiales le gritaban a las unidades para que se movieran.

-Muévanse, muévanse. ¡Vamos! ¡Vamos! -las placas de la cubierta tronaban.

Pero un suboficial con armadura había captado parte del diálogo y derrapó hasta detenerse con su fusil destructor aferrado en una mano.

-¿Comprendes cuál es la pena por desobedecer las órdenes en combate?

Otros habían escuchado a los dos comandantes de pods; la mitad estaba influenciada por lo que ellos decían, recordaban las palabras de Gloval y la canción de Minmei. Pero todos conocían el terrible castigo del que estaba hablando el suboficial. Era preferible la muerte.

-¡Él tiene razón! ¡Tendremos que luchar! -declaró uno de los espectadores.

-¡Movámonos! -gritó alguien más y se pusieron en movimiento, apurándose para correr a sus estaciones de la batalla. Es decir, todos excepto el primer CP. Él los miró marcharse mientras se reclinaba ensimismado en su litera con las manos detrás de su cabeza. Al final levantó su mano y pasó un largo tiempo mirando la diminuta muñeca Minmei.

La inmensa armada empezó a cambiar la formación, extendiéndose y realineándose para el ataque.

En la fiesta de casamiento, las sirenas de alerta empezaron a sonar casi al mismo tiempo que Gloval recibió la llamada en un teléfono móvil y pidió la atención de la muchedumbre.

-¡Damas y caballeros! -anunció con las sirenas de mal agüero de fondo-. Me aflige decir esto, pero ahora estamos en alerta roja.

Tuvo que levantar la voz para hablar encima de la confusión y los gritos de la muchedumbre.

-Todo el personal militar debe reportarse enseguida a las estaciones de batalla. Los civiles procedan a las labores de emergencia o a los refugios designados. La SDF-1 está a punto de quedar bajo un ataque a gran escala.

Tragó saliva con esfuerzo. Era la primera vez que el enemigo lanzaba toda su fuerza contra la fortaleza y había pocas dudas sobre cuál sería el resultado final.

-Que Dios esté con todos ustedes. ¡Ahora, muévanse rápido!

Sólo unos pocos perdieron la cabeza y huyeron; todos los de a bordo habían pasado por el fuego de la batalla y la mayoría se movió con rapidez, pero con calma deliberada.

El Trío Terrible terminó lo que estaba comiendo e intercambió abrazos con los espías zentraedis antes de salir corriendo hacia el puente. Rick Hunter entrecruzó una mirada breve con Minmei mientras se dirigía a la puerta, pero no tenía tiempo para detenerse y hablar con ella aunque quería hacerlo más nada en el mundo.

Un oficial de guardia VT se detuvo en medio del movimiento de personas y miró hacia la mesa de la fiesta justo cuando Max se ponía de pie sin poder creer lo que estaba pasando.

-Max, estás eximido del servicio. ¡Órdenes del capitán! ¡Quedas inactivo en esta! -después se puso en camino.

Max tiró lentamente de su moño, abrió su cuello y respiró hondo; sintió los ojos de Miriya sobre él y se volvió para mirarla.

-No puedo defraudarlos cuando más me necesitan, amor.

Ella se quitó su velo de novia.

-Claro que no, Max. Yo iré contigo.

-¿Ah? -él la miró fijamente.

-He visto sus veritechs -Miriya se puso de pie-, incluso volé el

tuyo durante un rato, ¿recuerdas? Yo puedo manejar uno tan bien como cualquiera de tus pilotos.

-No...

-Prometí en nuestros votos que me quedaría a tu lado y lo haré. De hoy en adelante nosotros luchamos juntos.

Y él sabía que esa podía ser una lucha breve. La RDF necesitaba cada hombre que pudiera conseguir y la habilidad en batalla de Miriya podía ser una ventaja crítica. Él tomó su mano y ellos se miraron de forma todavía más amorosa que cuando se miraron durante el intercambio de sus votos.

-Entonces supongo que no tengo ninguna alternativa -dijo él-. Aunque podríamos morir juntos.

-¡Oh, Maximilian! ¡Yo no aceptaría ninguna otra muerte!

-Yo tampoco -la besó rápidamente y después salieron corriendo de la mano-. Aquí va la luna de miel.

-Yo no creo que tú entiendas la verdadera determinación zentraedi -sonrió ella.

Solo en el salón de baile, el maestro de ceremonias ya no tenía fuerzas para buscar refugio o seguir la guerra por las pantallas. La boda había sido lo mejor que le había pasado en dos años a bordo de la SDF-1, la cosa para la que él estaba formado, lo que él hacía mejor.

Cayó de rodillas, bajó la cabeza al antebrazo que había apoyado en los sobantes de la mesa abandonada de la fiesta. El modelo de la fortaleza, símbolo de la boda de Max y Miriya, lo miraba. Él sollozó lo que todos en la nave pensaban mientras los centenares de miles de cañoneros zentraedis se acercaban.

-Por favor, sálvanos a todos.

Capítulo 11

Dolza, mi viejo amigo, viejo perro guardián; la sinceridad ingenua de los zentraedis algún día podría ser su ruina.

Todas las cosas son tan simples para ti: el ojo ve el blanco, las manos apuntan el arma, un dedo tira del gatillo, una rayo de energía mata al enemigo. Tú, por consiguiente, concluyes que si el ojo ve con claridad, la mano es firme y el arma funciona con corrección, todo estará bien.

Nunca ves la sutileza de las miradas de pequeños eventos en ese tren de acción. ¿Qué hay del cerebro que dirige el ojo y el objetivo? ¿Qué hay de los nervios que sostienen la mano? ¿De la misma decisión de disparar? ¿Qué hay de los motivos que hacen que los zentraedis obedezcan su Imperativa militar?

¡Ah, tú llamas sofistería a todo esto! Pero te lo aseguro: hay vulnerabilidades a las que eres ciego.

Comentario realizado por Zor a Dolza poco antes de la muerte de Zor, conocido sólo por Dolza, Exedore y Breetai.

De nuevo se abrieron las bahías y los elevadores alzaron a los cazas hasta las cubiertas de vuelo. El personal de catapultas de la SDF-1, del Daedalus y del Prometheus trabajaba frenéticamente para lanzar lo más rápido posible a los esenciales cazas. Las catapultas de amura y de proa de los portaaviones estaban en funcionamiento constantemente y las vidas de los de la plantilla estaban en peligro incesante; era muy fácil que algo tan pequeño y frágil como un ser

humano se encontrara con la muerte durante las operaciones de lanzamiento, sobre todo en el vacío del espacio.

Los veritechs subieron a las cubiertas de vuelo y desplegaron los alerones y las alas que estaban plegadas o barridas hacia atrás para ahorrar espacio en la cubierta del hangar. Sus motores gritaron como demonios y se lanzaron al espacio en un ballet meticulosamente cronometrado para evitar las colisiones entre sí y se formaron para el combate con la seguridad de la larga experiencia.

Gloval observó desde un mirador como salía Rick Hunter liderando al escuadrón Skull. Y al resto, veintenas de ellos, que siguieron detrás para luchar contra el ataque masivo de los extraterrestres.

-Que todos ustedes vuelvan a casa a salvo -murmuró Gloval, con la vieja pipa de brezo aferrada entre los dientes. Pero él sabía que era mucho desear.

Rick estaba maniobrando el ala del caza; aunque había quienes eran de mayor rango que él, no había nadie con más pericia.

-Ustedes permanezcan en modo caza hasta que yo dé la orden -les dijo-. Nos estamos aproximando a la zona de interceptación.

Max volaba como su ladero, con Miriya sentada en el asiento de atrás vestida con un traje de vuelo RDF y el "casco pensante".

Los pods se acercaban en grupos para debilitar el blanco y para eliminar y suprimir tanto contrafuego como pudieran antes de que los pesos pesados zentraedis arremetieran para la matanza.

El cañón automático de Rick sonó como una sierra amplificada mil veces; las balas de alta densidad salieron en un chorro iluminado con trazadores para atravesar un cuerpo blindado ovalado. El enemigo desapareció en una esfera en expansión de gas rojo incandescente y en esquirlas voladoras.

Los veritechs se abrieron; los escoltas trataban de hacer lo que podían para permanecer juntos y se arrojaban hacia las movedizas y rápidas peleas aéreas contra el enemigo. Los pods avanzaban en una

nube imparable mientras los desesperados VTs giraban y atacaban.

Gloval agonizaba porque las reparaciones constantes y la retroalimentación hacían imposible disparar el arma principal de la nave. Pero las baterías primarias y secundarias de la nave abrieron fuego; las torretas viraron y los casquillos salieron entrecruzándose.

Una bala perforante de casquillo desechable dio en un pod y lo voló en pedazos incandescentes. Otro quedó agujereado por las balas de energía cinética de un cañón electromagnético -proyectiles que aceleraban a cientos de miles de gravedades y que pegaban a tal velocidad que ponerles explosivos habría sido redundante. Un VT en modo guardián giró y cayó cortado en pedazos por los disparos del cañón del peto de un pod.

Pero oleadas cada vez más grandes de pods atacaban a los humanos y los hacían retroceder. La SDF-1 estaba rodeada de los estallidos globulares de la batalla espacial, cientos a cada segundo.

Max tenía un par de pods en la retícula de su mira y el pulgar en el gatillo de su timón.

-¡No! ¡Espera! ¡No dispaes! -gritó Miriya

-¿Eh? Pero estaban en mis miras.

Ella se hizo cargo y maniobró hasta que las miras computarizadas se centraron en una estructura detrás de la articulación del aparato que unía las piernas del pod. Cualquier cosa que fuera, no estaba en el menú de tiros mortales de los pilotos VT.

-¡Ahora! -le dijo Miriya a su marido. Max se acercó en una pasada rápida y dejó volar una corta descarga. La estructura designada desapareció en una llamarada.

El zentraedi se tambaleó y zigzagueó desbocado con sus propulsores principales escupiendo y tosiendo sin control; después de un momento sus armas quedaron calladas. Se alejó flotando, echando fuego y ladeando con las débiles ráfagas de sus propulsores de dirección.

A los pilotos VT se les enseñaba a disparar a las áreas de tiros mortales que había en el mecha enemigo antes que quedar expuestos a sus disparos. Max sintió como si le hubieran enseñado un punto de presión secreto de los Shao-lin.

-Pero podríamos haberlo perdido mientras intentábamos ese tiro

-señaló él, levantándose para mirar encima de su asiento a su esposa de menos de una hora.

-Yo no quiero que nadie más salga herido en esta guerra -le dijo ella.

-Pero Miriya, nosotros no queremos arriesgar nuestras propias vidas, ¿correcto? ¿O las naves?

Ella lo miró a los ojos.

-¿Recuerdas lo que dijo el capitán? Max, es tiempo para hacer más que sólo hablar. Debemos actuar. Y yo ahora te he dado la llave.

-Oh, cielos. Tienes razón. Tendremos que intentarlo.

-Gracias, Maximilian.

Max sacó a dos más para asegurarse de que realmente funcionaba.

-¿En el nombre de cielo, qué está sucediendo en ese avión? -gritó Rick por la red táctica.

Vio el rostro de Max en una de sus pantallas de despliegue.

-Jefe, lamento que esas últimas no fueran matanzas.

-No me engañes, Max -Rick podía ver lo que estaba pasando-. Creo que entiendo. ¡Detendremos esta guerra sin derramamiento de sangre!

Picó hacia un pod y su láser delantero vaporizó el componente vulnerable que Miriya había revelado.

El capitán Gloval tenía razón.

-Ha llegado el momento de la paz -murmuró Rick.

El secreto de hacer estallar los pods enemigos sin matar a nadie adentro fue sencillo de compartir porque el componente pequeño y vulnerable se localizaba detrás y ligeramente debajo de la articulación de la pierna. Para los pilotos de cazas VT fue fácil y hasta divertido avisarse dónde disparar y rivalizar entre sí a ver quién hacía tiros perfectos.

Las estructuras también estaban localizadas en un punto difícil de defender para los pods. Los VTs nunca antes se habían concentrado en ese lugar porque gran parte de esa zona estaba muy blindada y el blanco en cuestión era muy pequeño.

Pero una vez que supieron lo que tenían que perseguir, los pilotos VT empezaron unas carreras de desactivación entusiastas y

casi locas. Los pods vieron que los VTs hacían largas pasadas,ladeos rapaces y disparos alta precisión para reventarles los traseros. Un tipo del escuadrón Ghost consiguió tres en una pasada.

Pero los pods se habían cerrado herméticamente alrededor de la SDF-1 y los furgones de batalla extraterrestres se acercaron detrás. La fortaleza dimensional se sacudió por una feroz explosión de fuego concentrado.

-Capitán, nuestro propulsor número dos está dañado -dijo Vanessa.

Gloval rechinó los dientes sin decir nada; sabía que iba a ponerse peor.

El oficial zentraedi entró corriendo por la escotilla del vestidor y se puso furioso cuando vio que la tripulación ni siquiera se había puesto su armadura.

-¡Lord Breetai les ordena que se preparen para atacar! -rugió.

Un miembro de la tripulación estaba parado junto a un mirador, observando la oscuridad iluminada por las estrellas y sosteniendo una pequeña muñeca Minmei en su palma, tan pequeña como un guisante en su gigantesca mano.

-Tan bonita y tan pequeña -susurró para sí mismo con su voz retumbante mientras los otros miraban sobre su hombro. Volvió a pensar en sus canciones y el recuerdo lo llenó de anhelos que ninguna carrera zentraedi podría saciar. Cerró sus enormes dedos suavemente alrededor de la muñeca.

-¡Todos están en directa violación a las órdenes de lord Dolza! -gritó el oficial-. ¡Repórtense a las estaciones de batalla enseguida o tendré que mandarlos a todos a corte marcial!

Ellos eran zentraedis seducidos por las canciones y la charla de paz de los humanos; pero todavía eran zentraedis con la furia contenida de su raza. Uno giró hacia el oficial, levantó un fusil de asalto y destrabó el seguro.

-¿Qué dijo?

Los otros giraron destrabando las armas y el oficial terminó

frente a una docena de caños de fusiles.

-¡No sean dementes! -gritó-. ¡Piensen en lo que están haciendo!

-No importa lo que digas -le dijo con frialdad uno de ellos-. Nosotros ya no vamos a pelear. Tenemos amigos en esa nave. Tenemos pactos que hemos jurado con esos amigos, juramentos de guerra sagrados. No los vamos a atacar; allí es donde dibujamos la línea. ¡Ahora vete!

Levantó el rifle hacia su hombro centrando al oficial en sus miras y el dedo oprimiendo el gatillo. El oficial dio un aullido, desapareció de la escotilla del compartimiento y sus botas hicieron eco sobre la cubierta.

Los guerreros se quedaron escuchando y bajaron sus armas.

-Miren como corre, como un perro con su cola entre las orejas -dijo uno, riéndose.

-¿Qué? ¡Es un motín! -Breetai giró hacia Exedore.

-Su excelencia, un gran número de nuestros mejores pilotos no dejará la nave nodriza. ¡Se rehúsan a aceptar la orden que se les dio! El motín en tiempo de guerra es una cosa que nunca antes ha sucedido en la historia zentraedi.

Aunque -agregó para sí mismo-, esas advertencias de los ancianos deben haber tenido una base. ¡Si ellas tienen razón, nos enfrentamos con el desastre!

-Pero, con todo respeto, ellos tienen algo de justificación -siguió Exedore.

-¡No hay ninguna razón para el motín! -Breetai lo miró ceñudo.

-Pero usted sabe que hay zentraedis en la fortaleza de la batalla. Y ahora ellos también lo saben. Atacar a los suyos es una violación directa a las leyes que nos unen como camaradas de armas...

-¡Suficiente!

-Y después está esa extraña táctica nueva del enemigo que desactiva nuestros pods en lugar de destruirlos, mostrando piedad por nuestros guerreros cuando les sería más fácil matarlos. Algunos comandantes de pods de la fuerza de ataque se están preparando

para atacar a sus compañeros si no se detiene el ataque...

-Exedore... -Breetai le dio la espalda y se alejó.

Exedore apuró sus pasos más cortos para alcanzarlo.

-Y las transmisiones de la boda...

Breetai se detuvo y viró al instante.

-¡Dije que es suficiente! -su puño con forma de roca se detuvo temblando por el enojo cerca de la cara de Exedore, cerrado tan firme que los grandes nudillos y tendones crujieron. Exedore se quedó callado.

Después de unos largos segundos, Breetai retrajo el puño casi de mala gana pero recobró el control sobre sí mismo. Comenzó a caminar otra vez y las luces de arriba se reflejaron en su placa craneal pulida y en su ojo de cristal; Exedore lo siguió dócilmente.

-Detén tu palabrería -tronó Breetai-. Estoy consciente de la situación. ¡Emite la orden de retirada de inmediato! Repliega todos los mechass zentraedis.

Exedore se detuvo boquiabierto.

-¡Sí, señor, pero ese es un desacato directo al Alto Mando zentraedi... a las propias órdenes de Dolza!

Breetai siguió su camino con furia, sin mirar atrás ni contestar.

En el puente de la SDF-1 nadie supo como tomarlo.

-Es un milagro -fue todo lo que Sammie pudo decir.

-Sí, somos muy afortunados -dijo Gloval con suavidad mientras se sentaba en su silla de mando. ¿Podría haber tenido que ver con la boda? ¿Funcionó?

Claudia empezó a retirar a los veritechs.

Los recién casados habían recibido generosas ofertas de vivienda en la atestada Ciudad Macross, incluso de algunos que difícilmente podían pagar el espacio. Pero no era cuestión de quedarse tan lejos

de las bodegas de los cazas mientras durara la emergencia actual.

Los ingenieros de nave sacaron rápidamente la partición entre dos compartimientos adyacentes para darle a los Sterling una pequeña suite conyugal: una cocina comedor y un pequeño dormitorio. Pero no habían tenido tiempo para insonorizarlo; eso iba a tener que esperar hasta el próximo turno de trabajo.

Por eso Rick Hunter escuchaba el tumulto velado en la cocina del otro lado del tabique mientras estaba acostado en su litera con la cabeza sobre las manos.

-¿Max, por qué se está incendiando? -dijo la voz de Miriya-. ¿Esta es otra rara receta humana?

-Eh, querida, sal del camino; yo lo apagaré -chilló Max, y sonó el chorro de un pequeño extintor de incendios. Rick no oyó que los sistemas de extintores principales de la nave se movieran, así que concluyó que Max lo había controlado.

-Extraño, extraño día -suspiró Rick.

Captó partes de su conversación sin querer. ¿Qué había hecho ella? Simplemente usó una gota de ese líquido, el aceite de cocina. En la botella no decía que no debía usarse en la cafetera.

Durante algún tiempo Max iba a estar absolutamente feliz de cocinar él; Miriya insistió en que ella quería hacer su parte. Eso era lo que los camaradas de armas y los compañeros de toda la vida hacían.

Después de un momento los dos se rieron tontamente y la compuerta de la alcoba se cerró. Rick golpeó su almohada como si estuviera en una lucha por el título, después puso su cabeza contra el colchón y puso la almohada encima de ella.

Espero que sean felices -se obligó a pensar. Después terminó pensando en Minmei y en Lisa, y después en Claudia llorando por Roy Fokker... tan valiente; más fuerte de lo que sería Rick en su lugar.

Una vez Roy había tratado de decirle algo, algo que el líder del Skull original había descubierto durante el curso de su tempestuosa aventura amorosa con Claudia Grant.

Antes de que puedas amar a alguien, tiene que gustarte.

El pensamiento entró en la mente de Rick sin que lo invitara, junto con la imagen del largo pelo castaño y una figura delgada -

una rápida mente disciplinada y un compromiso con un grupo de creencias que Rick encontraba cada día más dignas. Y existió el recuerdo de un beso ante los carceleros extraterrestres, un beso que había sido mucho más de lo que había esperado y que lo había frecuentado desde entonces.

Me gusta Lisa; tal vez hasta la...

Él se incorporó en su litera, ahora con la cabeza encima de su almohada, y miró fijamente el espacio a través de los miradores de su cabina. Al lado todavía había silencio.

En unos momentos pestañeó con cansancio antes de que pudiera reformular lo que acababa de sentir.

Estoy tan molido. Me siento como...

Se durmió con el rostro de Lisa ante él.

Capítulo 12

Khyron siempre fue diferente al resto de nosotros y las actitudes de los micronianos contenían algo de oscura fascinación para él, a pesar de lo mucho que él lo combatiera. ¡Pero los micronianos están locos! ¿Es de asombrarse que esto lo llevara más allá del límite, que hiciera que él percibiera que su único alivio fuera liquidarlos a todos?

Grel.

-Embarcación extraterrestre, clase acorazado, señor -dijo Vanessa con tensión desde su estación de captación en el puente.

Esta vez Gloval estaba listo.

-¡Prepárense para disparar el cañón principal! ¡Fijen todos los sistemas de rastreo para apuntar!

En el paréntesis que había seguido al último ataque, los ingenieros habían completado la reacomodación y la nueva instalación. Por último habían traído a la SDF-1 a modo de ataque sin mayores daños para Ciudad Macross y las consiguientes pérdidas de vidas.

La nave podía usar su temible arma principal en esta configuración parada en el espacio como un monumental gladiador blindado con los dos tremendos portaaviones sostenidos como brazos amenazantes.

-Todos los sistemas en movimiento; botalones moviéndose en posición -dijo Claudia en tonos moderados. Los botalones permanecían como cuernos sobre la fortaleza; los brutales servomotores los bajaron, de manera que apuntaran directamente desde las grandes y voluminosas estructuras de los hombros de la

nave.

-El arma principal en espera para disparar a su orden, capitán - pasaron el mensaje desde Ingeniería. Claudia no pudo evitar desear que Lisa estuviera de vuelta en el puente. El Trío Terrible y los otros técnicos eran buenos y estaban haciendo lo mejor que podían, pero nadie, excepto quizás el Dr. Lang, sabía tanto sobre la nave como Lisa.

Sammie observaba los preparativos con los ojos desorbitados.

-Apuesto que este es un truco o algo -declaró con su voz joven y sofocada-. ¡Un caballo de Troya!

Kim tomó un momento de sus propios problemas para mirar con dudas a Sammie.

-¿Caballo de Troya? ¡Ellos saben que nosotros nunca caeríamos en eso! ¿De dónde diablos sacarías una idea así?

-¡De la Guerra de Troya! Además, siempre pasa eso en las películas.

-¡Ellos han tratado de eliminarnos durante dos años y ella todavía piensa en películas! -Kim le gruñó y regresó a su trabajo, resolviendo golpear a Sammie más tarde.

-De acuerdo -dijo Sammie con gran acrimonia-, ¡si tienes una teoría mejor, oigámosla!

Vanessa cortó la disputa.

-Capitán -dijo Vanessa-, tengo un mensaje descodificado que viene desde la nave extraterrestre.

Gloval casi se levantó de la silla de mando.

-¿Qué? -intentó no permitirse esperar demasiado.

-Están pidiendo permiso para acercarse a la SDF-1. ¿Lo pongo en el monitor, capitán?

Gloval gruñó la aprobación y Vanessa cumplió. De repente, el vuelo fantasioso de Sammie no parecía tan estrafalario.

-Repito: estamos enviando una nave desarmada para que ataque con su fortaleza de batalla. Requerimos una cesación de las hostilidades. Por favor no disparen.

La nave capitana enemiga se movía casi a velocidad nula, directamente en la línea de fuego del arma principal. El acorazado podría tener catorce kilómetros sólidos de caos ultra-tecnológico, pero los zentraedis seguro sabían que quedaría tan indefenso como un zeppelin de helio ante el holocausto que esos enormes botalones podían generar.

-Deja que vengan -Gloval le dijo a Claudia-. Pero permanece lista para disparar.

Claudia levantó la tapa roja de seguridad con su dedo pulgar y expuso el gatillo del arma principal. Sudando, vigiló a los furgones de batalla que se acercaban, lista para disparar al instante que Gloval diera la orden pero obligándose a permanecer tranquila. Ella no estaba enterada de que todos los demás, capitán y reclutas por igual, se alegraban de que Claudia -a quien ellos veían como una torre de fortaleza- fuera la encargada del gatillo ese día.

Gloval dejó que la nave capitana se le acercara. El comentario del caballo de Troya que hizo Sammie resonaba en su mente. Se preguntó por este Breetai que Lisa y Rick le habían descrito. Los tres espías zentraedis y los desertores que habían venido detrás de ellos habían contribuido más, así como Miriya. Gloval especuló y esperó que las extravagancias de la guerra le permitieran encontrarse con Breetai cara a cara, y sospechó que el comandante extraterrestre sentía lo mismo.

La nave capitana desaceleró hasta detenerse y quedó como una presa fácil, lo que lo tranquilizó. Pero abruptamente aparecieron docenas de serpentinas de luz que salieron desde atrás de ella y que se dirigían hacia la fortaleza a alta velocidad. Gloval no tuvo que mirar los despliegues de las computadoras; ya había visto esos perfiles de actuación.

-¡Capto una gran fuerza de ataque de naves de persecución trimotor que se acerca rápidamente! -gritó Vanessa.

Los trimotores estaban en la línea de fuego; el dedo índice de Claudia cubrió el gatillo.

¿Qué están tramando ahora? -pensó Gloval con aturdimiento. La paz había parecido tan cercana. ¿Pero qué podía ser esto, aparte de una traición?

Los trimotores salieron delante de la nave capitana y avanzaron

hacia la SDF-1; sus toberas dejaron brillantes cintas de luz revueltas detrás de ellos. La orden de disparar estaba en los labios de Gloval.

Pero de repente abrieron fuego cien baterías en la sección delantera de la nave capitana del enemigo y los trimotores volaron en pedazos; docenas desaparecían por segundo dentro de las nubes globulares de aniquilación total. Las líneas de energía albiazules del cañonero enemigo, finas como un cabello en comparación con su volumen, de inmediato se volvían a encauzar para destruir al próximo blanco. La gran maniobra quedó desbaratada en segundos y el espacio se llenó de basura encendida.

-Asegura el gatillo pero queda en espera -dijo Gloval y tragó saliva.

Claudia cerró los ojos por un momento, exhaló una plegaria y puso la cubierta de seguridad encima del gatillo. Pero como Gloval había ordenado, su dedo pulgar se apoyó firmemente en él.

Breetai estaba de pie en su estación de mando con las manos aferradas a la parte más pequeña de su espalda. Como esperaba, Khyron el Traicionero no tardó mucho en aparecer en la imagen del rayo proyector.

-¿Breetai, te has vuelto loco?

Breetai lo estudió con frialdad.

-Tus naves estaban interfiriendo con una misión diplomática, como bien lo sabes. Por eso me deshice de ellas. De aquí en adelante dirigirás a mí por mi rango correcto.

Khyron luchó una feroz batalla interior y después logró hablar.

-¿Comandante, qué pasará ahora? ¡Me niego a perdonar a los micronianos! ¡Todos sabemos las órdenes de Dolza!

-¡No sabes nada, Khyron! Y yo no escucharé ninguna palabra más de ti en este asunto. ¡Simplemente considérate afortunado porque hoy no escogiste liderar tus tropas!

-¡Es ridículo!

Breetai le dio la espalda a la pantalla y cortó el circuito de comunicación.

-Apenas -murmuró.

Como una inmensa ballena asesina, la nave capitana se detuvo directamente delante del arma más poderosa de la SDF-1.

-Sólo están asentados allá afuera, capitán; creo que están esperando que nosotros hagamos un movimiento -la uña del pulgar de Claudia permanecía debajo del borde de la tapa del gatillo.

¿Si ellos no quieren la paz, por qué destruirían sus propios cazas? ¿Por qué no arrasan con nosotros cuando podrían hacerlo con tanta facilidad?

-Desean enviar un emisario. Muy bien -decidió-. Que así sea.

Los veritechs volaron por delante acompañados de otro mecha, como las naves ojo-de-gato de Inteligencia, cargada de detectores que estudiaban todo sobre el pod emisario.

El pod era normal, salvo que llevaba un equipo de comunicación auxiliar: ninguna arma. El ojo-de-gato y los otros detectores de emisiones de Inteligencia dijeron que no era el caballo de Troya de las pesadillas de Sammie.

Rick Hunter seogó a su escuadrón Skull diciéndoles que él sabía que era raro y que cada vez se ponía más raro, pero les recordó que el escuadrón no había sufrido ninguna baja durante un tiempo.

La comitiva más extraña de todas las comitivas se asentó en una bahía de la SDF-1; los VTs estaban en modo battloid con las armas apuntadas hacia el pod.

Las cosas se movían con rapidez en la cubierta del hangar, mientras que las voces de los altoparlantes hablaban de los procedimientos de revisión normales y las precauciones extraordinarias que rodeaban a la llegada del emisario. Nadie quería arriesgarse a una traición -o quizás peor, a un violento acto vengativo de un humano- que le robara a la SDF-1 esta oportunidad de paz. La seguridad era -literalmente en algunos casos- hermética.

El mecha enemigo se arrodilló y su proa tocó la cubierta cuando sus piernas articuladas hacia atrás se plegaron. Se abrió una compuerta trasera; un soldado enemigo morrocotudo dio un paso

adelante para mirar alrededor.

-¿No estás olvidando algo? -gritó una voz aguda y altamente ofendida desde adentro del pod.

El gigantesco soldado quedó afligido de inmediato, casi asustado.

-¡Oh, por favor perdóneme, su eminencia! ¡Mis más humildes disculpas!

Con cuidado metió la mano en el pod y sacó una figura pequeña, a la que bajó con exagerado cuidado y delicadeza. Le habían explicado con exactitud lo que le iba a pasar si dejaba que su pasajero micronizado sufriera algún daño.

Exedore, vestido con la túnica de harpillera azul que era todo lo que los zentraedis tenían para darle a sus guerreros micronizados, se alejó de la palma blindada del guerrero.

Los dedos de sus pies se cerraron y sus arcos se arquearon un poco más alto por el frío de la cubierta.

-¡Uf! ¿Cómo sobreviven estos micronianos con cuerpitos tan frágiles?

Se volvió observar la gran cubierta de vuelo, pero lo impresionó poco porque su tamaño habría sido imponente para humanos o zentraedis.

El piloto de Exedore era otra cuestión, el cual se estaba viendo cara a cara con un battloid que manejaba una automática.

-¿Somos una vista bastante imponente, no es cierto, eh? -dijo frotándose la mandíbula.

Aun así, él era uno entre los zentraedis que sabía que el tamaño no contaba para mucho -no contaba para nada, en algunos casos.

-¡Aten... CIÓN! -dijo el altoparlante cuando una línea de vehículos militares llegó haciendo chillar las ruedas. Los battloids chasquearon al presentar armas, y para gran orgullo de Exedore, el piloto zentraedi se paró en perfecta posición de atención. Exedore notó que había personal microniano, personal de tierra y cosas así esparcidos alrededor del compartimiento cuando ellos, también, se cuadraron en atención.

Unos hombres saltaron de los automóviles para formarse con elegancia y un hombre de uniforme no muy diferente del de los zentraedis se acercó a Exedore extendiendo la mano.

-Coronel Maistroff, de las Fuerzas de Defensa Robotech, señor. Le traigo saludos del comandante de la súper fortaleza dimensional, el capitán Gloval.

Exedore suspiró un poco al ver que Maistroff era más alto que él, al ver que todos ellos lo eran. Quizás había algo en el proceso de micronización que dictaba eso, o quizás sólo era algo del destino. En fin, la mano abierta de Maistroff estaba extendida hacia él. Exedore pestañeó ante ella con desconcierto.

-Así es cómo nosotros saludamos a los amigos -dijo el humano.

¡Ah, sí! ¡La costumbre bárbara de mostrar que no había armas! Exedore puso su mano malva oscura dentro de la rosa pálida del otro e intercambió el asimiento de amistad.

-Yo soy Exedore, Ministro de Relaciones.

Maistroff, un antiguo déspota y xenófobo que se había sazonado e ilustrado un poco en el curso de la Guerra Robotech, lo examinó con la vista.

-Eso parece bastante importante, señor.

Exedore se encogió de hombros.

-En realidad, no -sonrió, y Maistroff terminó correspondiéndole la sonrisa.

El coronel señaló su automóvil.

-Si usted está listo, nosotros le conseguiremos ropa más cómoda y después lo llevaremos ante el capitán. ¿Ya comió?

-Ah, sí; sí -Exedore se liberó de eso al recordar las transmisiones de la boda, temiendo que todas las ceremonias detuvieran el comienzo de las charlas de paz.

Cuando comenzaron a caminar, detrás de ellos surgieron unos golpes estremecedores que los empujó mientras se movían. Se volvieron y vieron que el piloto zentraedi había comenzado a seguir a su señor con naturalidad. Los battloids ni siquiera habían levantado de nuevo las bocas de sus automáticas.

Exedore pronto vio el problema y también entendió algo de la ansiedad de los humanos.

Maistroff guardó su compostura.

-¿Discúlpeme, ministro Exedore, pero... podría pedirle que espere aquí en la cubierta del hangar?

-¡Oh! -no se necesitaba a un genio del calibre de Exedore para

ver que esas compuertas pequeñas no iban a permitir que un zentraedi vagara a sus anchas. ¡Astuto!

Él giró y miró a su piloto.

-Quédate aquí y vigila el pod -lo irritó que su voz quedara tan aguda y menos potente a causa de la transformación.

-¡Sí, señor! -exclamó el piloto estirando un brazo.

Maistroff se volvió y señaló con un pulgar a dos ayudantes.

-Ustedes, señores, encuéntrenle algo para comer.

-¡Sí, señor! -los dos saludaron como uno bajo la mirada del guerrero zentraedi, tal como hizo él. Después observaron como Maistroff ayudaba cordialmente a Exedore a abordar el automóvil, la cosa más inverosímil que se hubiera visto hasta ahora en la guerra. Los escoltas motorizados abrieron camino y la comitiva se marchó.

Los dos oficiales se relajaron, levantaron la vista hacia el zentraedi y después volvieron a mirarse.

-¿Algo para comer? -exclamó el primero-. ¡Tiene que estar embromando!

-Maistroff nunca bromea -contestó su compañero. Los dos tenían aparejos de comunicación en sus jeeps y el segundo oficial extendió la mano para tomar un auricular.

-Tú llama al departamento de distribución de raciones y dale las malas noticias -le dijo a su amigo. Después comenzó su propia misión.

-¿Hola, control de transporte? Escuchen, voy a necesitar un par de remolques...

Las vías públicas de Ciudad Macross eran tan confusas para Exedore como lo habían sido para los espías. ¡Tanta actividad indisciplinada y desorganizada! ¡Tanto vagabundeo absurdo! Gran parte de eso parecía no tener ningún sentido -todo este mirar boquiabierto a través de las vidrieras y pasearse al azar. Se preguntó si era algún espectáculo engañoso que habían montado para su visita.

Y, claro, apartó sus ojos de los machos y las hembras que

vagaban por la ciudad tomados de las manos o con los brazos alrededor de las cinturas. Los diminutos modelos de micronianos hechos a baja escala, esos ruidosos y pobremente disciplinados que los humanos llamaban "niños", no tenían ni pies ni cabeza para Exedore. De sólo verlos le daba una sensación estremecedora.

Pero tuvo que admitir que la nave estaba en buen estado de reparación, sobre todo después de dos años de batallas continuas con la raza guerrera. No había ninguna forma de esconder el daño en una nave zentraedi, ninguna forma de arreglarlo. Los informes de Inteligencia ya habían indicado lo que Exedore evidenció a su alrededor: los micronianos sabían reconstruir -quizás crear. Era una ventaja imponente, una parte crítica en la ecuación de la guerra.

Muy pocos micronianos vestían uniforme; ninguno de ellos parecía estar bajo vigilancia estricta.

-Bueno, este es nuestro distrito de compras -explicó Maistroff cuando Exedore preguntó.

-¡Ah, sí! Tengo entendido que aquí es que donde ustedes usan algo llamado dinero para requisar mercancías.

-Em. Eso no está muy errado, ministro -Maistroff se rascó un poco el cuello.

Viajaban a lo largo de un bulevar ancho. Exedore pronto comenzó a sudar frío y empezó a estremecerse. Maistroff se sentó erguido preguntándose si algo en el soporte de vida de la nave era incompatible, pero eso era imposible.

Después vio que Exedore, con los dientes apretados, miraba fijamente una cartelera. La cartelera publicitaba las Clínicas del Bronceado Aterciopelado con una fotografía de la Señorita Aterciopelada, una voluptuosa y bronceada joven escasamente vestida y sumamente atlética cuya popularidad en la cartelera de Ciudad Macross era segunda después de Minmei.

-Eh, eh, oh, es-ese cuadro en el edificio de allí -por fin soltó Exedore, que parecía estar sufriendo un ataque de la malaria, y quien se obligó a mirar el suelo del automóvil-. ¿Le molestaría explicarlo?

Maistroff levantó la mano hasta la parte de atrás de su birrete e inclinó la visera sobre de sus ojos para mantener la compostura con el ministro y tosió en su otra mano.

-Bien, en realidad es un poco difícil de explicar.

Exedore cruzó sus flacos brazos sobre su estrecho pecho y asintió con prudencia.

-¡Ajá! ¡Un secreto militar, sin duda! ¡Muy astuto! ¡Realmente!

Maistroff ni siquiera quiso pensar en el daño que podía haber causado a las relaciones interraciales -no quería complicar las cosas. Incluyó más abajo su visera.

-Correcto, así es. Clasificado.

La comitiva pasó corriendo en dirección al cuarto de conferencias.

Capítulo 13

*RUSO: ¿Qué están haciendo a allí arriba, Alexei?
¿Esos buenos para nada de la RDF tuyos ni siquiera
saben luchar?*

*ZUKAV: Creo que lo que nos debería preocupar,
senador, es que ellos y los extraterrestres se están
enseñando a no luchar.*

*Diálogo que se cree tuvo lugar entre el senador Russo y
el mariscal Zukav del CDTU.*

La SDF-1 y la nave capitana estaban enfrentadas, inmóviles entre una brecha estrecha del espacio, casi cara a cara.

Gloval le dejó instrucciones a Claudia para que abriera fuego con el arma principal si había alguna acción hostil. Unos minutos después se sentó en un banquillo en la cámara de audiencias más grande de la nave con Coronel Maistroff a su derecha, un mayor de Inteligencia a la izquierda, y se inclinó ante Exedore. Salvo unos cuantos funcionarios, el lugar estaba vacío.

El capitán tuvo que admitir que el hombrecillo deformado estaba lejos de la imagen mental que Gloval tenía de un aguerrido extraterrestre destructor. En todo caso, parecía más bien... meticuloso.

-Por fin nos vemos las caras, capitán -dijo el extraterrestre con voz cordial cuando lo vio desde el distante estrado.

-Sí -Gloval estuvo de acuerdo.

Una joven y atractiva alférez trajo una bandeja y puso un vaso de jugo de naranja donde Exedore pudiera alcanzarlo. Gloval y los otros observaron atentamente la reacción de Exedore ante la mujer, pero al parecer había puesto sus reacciones bajo control porque sólo

asintió con la cabeza en gratitud.

Exedore levantó el vaso y tomó un sorbo prudente. El gusto era agradable, pero la bebida tenía un cierto sabor, algo que él no podía definir. Era algo vertiginoso, casi eléctrico.

-Mmm. Esto es muy refrescante -levantó la vista hacia ella-. ¿Qué es?

Ella verificó con la vista a Gloval para asegurarse de que estaba bien contestar. Gloval dio el asentimiento más claro, que Exedore a su vez captó.

-Es jugo de naranja, señor. De nuestros propios huertos hidropónicos.

Exedore por un momento no entendió. Cuando habló, intentó mantener alejado el temblor de su voz.

-¿Quiere decir que ustedes lo cultivan?

-Nosotros cultivamos la fruta de la que sale el jugo -ella parecía un poco desconcertada.

-Ah, sí; correcto. Es lo que quise decir -bajó el resto del jugo de naranja para esconder su asombro.

¡Estas criaturas consumían comida que había estado viva! ¡Quién sabe, quizás consumían cosas que todavía estaban vivas! Él se estremeció y se recordó que este era sólo el jugo de una planta, pero estaban probando su autocontrol exhaustivamente.

Aquí había algo que esos tres espías imbéciles no habían mencionado, o que quizás omitieron de sus informes a propósito, o que incluso no habían comprendido. La comida zentraedi, claro, se sintetizaba de sus componentes químicos; eso siempre había sido así por decreto de los Amos Robotech. Comer comida viva o que una vez vivió era arriesgar el consumo de energías rudimentarias relacionadas de alguna forma con la protocultura.

Exedore terminó el vaso como para no dar ninguna pista de lo que estaba pensando -temiendo. Se le cruzó por la mente que quizás estos hombres lo estaban probando. En ese caso, él no iba a revelar nada.

-Eso fue muy refrescante -dijo con entusiasmo.

La alférez le hizo una sonrisa luminosa.

-Tome, tenga otro -ella recogió el vaso vacío y le dio uno lleno de su bandeja.

-Si insiste -dijo él en voz baja.

Gloval se estaba frotando su oscuro bigote.

-Creo que nos está faltando gente, ¿no es cierto? -le dijo a Maistroff.

-Algunos -asintió el coronel-. Pero deben llegar en cualquier momento. De hecho, estos pueden ser ellos.

Él se refería a la señal de la puerta. Max y Miriya entraron, ambos con el uniforme de la RDF. Max mostró un saludo brusco.

-Señor. Reportándose como se ordenó.

Exedore se puso de pie y apartó la bebida.

-¡Ah! ¡Hola, líder quadrono!

Ella gimió mientras giraba hacia él y saludó por reflejo.

-Lo siento, señor; yo no me di cuenta de que usted era el emisario.

Él se encogió de hombros para decir que no era importante.

-Encontré su ritual de emparejamiento... ¿matrimonio?... realmente... provocativo.

Ella no supo qué decir.

-Probablemente usted se está preguntando por qué lo hicimos.

-Sí, así como indudablemente usted se está preguntando lo que estoy haciendo yo aquí. Y este debe ser la mitad masculina de tu par.

De repente Miriya pareció joven y un poco desesperada, de pie ante el gran genio de su raza, el mayor, el depositario de toda la erudición zentraedi.

-Ah, así es, señor.

-Vaya; no suenas muy emocionada por eso -murmuró Max. Él casi cedió ante el impulso de tomarla en sus brazos y besarla, plana mayor o no, y recordarle enfáticamente lo que realmente significaba su emparejamiento.

Pero justo en ese momento Rick Hunter se reportó como se le ordenó y saludó. Después atisbó a Max, quien estaba un poco ofendido.

-Eh, no luces muy bien -confesó Rick.

Exedore todavía estaba de pie. Después apuntó hacia Rick y Max, y gritó.

-¡Eso es! -cacareó para sí mismo-. ¡El proceso de micronización

debe haber afectado mi memoria! Ustedes son dos de los rehenes de la nave capitana de Dolza, ¿no es cierto?

-¿Alguien quiere decirme qué está pasando aquí? -preguntó Rick con lentitud.

-Esta vez las circunstancias son un poco diferentes -Exedore siguió parloteando acaloradamente-. Pero díganme: ¿cómo se las arreglaron ustedes y los otros para escapar? ¿Fue algún poder microniano oculto?

Lo que realmente pasó fue que Max había abordado en un battloid disfrazado con un uniforme zentraedi, pero Rick no estaba seguro de dejar salir de la bolsa a ese gato en particular. No vio que Gloval o los otros le dieran alguna ayuda, por eso improvisó.

-Eh, supongo que se podría decir que fue así.

El emisario frágil y pequeño se sentó tocando su mandíbula.

-Hmm, otro uno de sus secretos militares -todo era muy confuso e ilógico, hasta para él. ¿Quién sabe lo qué los eones de comer comida viva le habían hecho a estas criaturas?

-Aquí están los otros -dijo Gloval cuando la puerta sonó otra vez.

Rico, Bron y Konda entraron en fila a la cámara de audiencias. Ellos lo vieron y recularon cuando él les mostró una sonrisa calavérica.

-¡Es el ministro Exedore! -chillaron todos al unísono como ratones frente a un lince hambriento.

-No esperaba ver a los instigadores de nuestra muestra desertión en masa a aquí hoy -comentó.

Temblando, Rico se preparó.

-¡Su excelencia, no fue nuestra culpa!

-¡Es cierto! ¡Sólo fue algo que no podíamos evitar! -se metió Konda.

-¡Nosotros no teníamos ningún control, señor! -sostuvo el robusto Bron.

Exedore dejó eso de lado con un golpecito remilgado de sus dedos.

-Pueden relajarse. No tengo ninguna intención de hacerles daño.

Cuando se relajaron por el alivio, la exhalación que soltaron fue audible.

-Capitán Gloval, la computadora de la nave grabará los

procedimientos -dijo el coronel Maistroff cuando todos se sentaron.

Gloval arregló su birrete.

-Muy bien; comencemos. Ministro -le dijo a Exedore-, nosotros no estamos seguros acerca del propósito exacto de su misión aquí. Hasta ahora usted nos ha dicho muy poco. ¿Nos explicaría, por favor?

Los ojos de Exedore hicieron una pasada sobre ellos.

-Su curiosidad es entendible, pero... todavía no están todos presentes, capitán.

-¿Qué? -gruñó Maistroff corto de aire.

-Nos gustaría saber más sobre dos de los de su raza, caballeros. El primero posee poderes y habilidades luchadoras que son extraordinarias en verdad, y hay una hembra que es el centro de su ataque psicológico.

-Increíble -masculló Gloval mientras observaba a Exedore.

El coronel Maistroff había leído parte de los informes de los interrogatorios de los desertores.

-Yo pienso que él se refiere a esa película, El Pequeño Dragón Blanco -dijo en un aparte con Gloval-. Ellos también la deben haber visto y piensan que los efectos especiales de Lynn Kyle son reales.

El Pequeño Dragón Blanco fue la primera película producida en la SDF-1. Presentaba a Lynn Kyle haciendo algunas luchas y acrobacias espectaculares para derribar a gigantes feroces con sus artes luchadoras y usando un rayo mortal que podía disparar de su mano gracias a un medallón encantado.

-Aquí hay un claro malentendido -le dijo Gloval a Maistroff y para Exedore declaró-. No puedo pensar en nadie que sea el centro de un ataque psicológico. Sería útil si usted pudiera ser más específico sobre esta hembra.

Exedore pestañeó con sus ojos saltones de pupilas analíticas.

-Ella parece estar realizando alguna clase de ritual. Una extraña entonación.

Bron se agachó hacia sus compañeros ex-espías.

-¿Green que él se refiere a...

-¡No! ¡No podría! -susurró Konda.

-¡Seguro que puede! -gruñó Rico.

-Ya saben -dijo Exedore con impaciencia y se levantó para

pararse al lado del banquillo, tomó una pose coqueta, y cantó:

Stage fright, go away
This is my big day!

Rick gimió ya que no quería ser el primero en decir algo. Si no estuviera viendo lo que pensaba que estaba viendo, el coronel Maistroff seguro lo iba a reportar al médico de a bordo e iba a hacer que lo dejaran en tierra por chiflado.

-¡Está hablando de Minmei! -estallaron los tres espías.

Exedore siguió cantando "Stage Fright" con un falsete terrible que estaba muy fuera de clave. Hizo gestos y posturas que hacían parecer que estaba dando audición a para Ñam-ñam en una producción aficionada de El Mikado.

Gloval bajó la cabeza como una tortuga dentro del alto cuello doblado de su chaqueta, haciendo un sonido grave.

-No puedo creer esto.

-Ellos deben pensar que el canto de Minmei es alguna clase de arma -observó Maistroff.

-Hagan que traigan aquí a la muchacha -pidió Gloval-. Y a su primo también.

Después intentó descubrir cuál sería el método más directo y diplomático para pedirle al emisario que por favor dejara de cantar.

-¡Esa es! ¡Sí! -gritó Exedore en cuanto Minmei apareció en la puerta.

Ella miraba en derredor como un ciervo asustado. Un momento después Kyle entró lentamente al cuarto, enfurruñado y hostil.

-Me estoy cansando de que el ejército me manipule -dijo.

-Bien -dijo Minmei con voz cansada-, ¿a alguien le importaría explicar por qué era tan importante que nosotros viniéramos aquí?

Ella estaba tan hermosa como siempre, delicada y encantadora como la princesa de un cuento de hadas; por más que lo intentara, Rick no podía evitar que el anhelo familiar se apoderara de él.

Kyle caminó ante ella como para escudarla del maltrato y miró alrededor.

-No esperes ninguna respuesta de ellos. Sólo se preocupan de sus esquemas de guerra fascistas; no se preocupan por las personas, y

ellos...

-¡Suficiente de esta tontería! -tronó Gloval, y hasta el truculento Lynn Kyle quedó un poco intimidado. Exedore pensó en lo mucho que se parecía al gran Breetai este comandante microniano.

-Ustedes contestarán nuestras preguntas -Gloval le dijo a ambos-. Estos procedimientos son estrictamente clasificados y si se los mencionan a alguien, yo personalmente veré que lamenten este día. Ustedes nos darán su cooperación total. ¿Entienden, ustedes dos?

-Sí -asintió Minmei. Como Kyle seguía mudo e indiferente, ella le puso una mano en el hombro-. Necesitan nuestra cooperación. La hostilidad no nos hará bien en absoluto, ¿no lo ves?

Gloval se había vuelto hacia Exedore y dejó que su irritación se mostrara en su voz.

-Ahora, Sr. Ministro, ¿si nos dijera amablemente de qué se trata su misión aquí? -comenzó a atizar su pipa favorita.

-Todo en su secuencia apropiada -dijo seriamente Exedore-. Pero le aseguro que mi razón de estar aquí es de crucial importancia tanto para ustedes como para los zentraedis.

Gloval sopló una nube azul que sus oficiales intentaron ignorar.

Leer esta mente extraterrestre es imposible -reflexionó. La canción y el baile lo habían convencido de eso-. Tendré que esperar y escucharlo.

En el complejo subterráneo del CDTU, Lisa Hayes estaba sentada al final de las largas filas de técnicos que manejaban las pantallas del monitor. Toda la atención estaba enfocada en la SDF-1; Lisa había tenido la impresión, de manera sutil, de que los gobernantes mundiales se estaban masticando las uñas mientras esperaban ver lo que iba a pasar.

Había dejado de desear estar de vuelta a bordo para ayudar en lo que estaba sucediendo; eso dolía demasiado. La emergencia, la escasez de buenos oficiales, los peligros del viaje espacial durante las actuales hostilidades, el hecho de que ella había tenido acceso a información clasificada del CDTU, su valor como fuente de

inteligencia... su padre tenía una docena de justificaciones para mantenerla donde estaba y había poco que ella pudiera hacer sobre eso.

En fin, miró fijamente su propia consola principal. Cuanto más aprendía sobre el Gran Cañón, más convencida estaba de que iba a ser de poco propósito, excepto para enfadar más a los zentraedis.

Ella dio un salto cuando se dio cuenta de que su padre había entrado para inclinarse cerca de ella. Los otros oficiales técnicos y reclutas se mantuvieron activos en sus trabajos; era imprudente dejar que te vieran desviar tu atención cuando el almirante Hayes andaba cerca.

Ella estaba empezando a entender que su padre no era un oficial popular. Para ella nunca había sido fácil hacerse de amigos, y ahora que sabían que era la hija del almirante, quedó eficazmente excluida.

Se quitó el auricular a tiempo para oírlo hablar.

-¿Qué tal tu nuevo trabajo? ¿Todo bien?

-Bien, bien -mintió e intentó sonreír-. Entiendo que la SDF-1 y la flota zentraedi han logrado un acuerdo de cese de hostilidades.

-Eso es lo que oí -dijo su padre con evasivas.

-Bien -intentó sonar lo más optimista que podía-, si las cosas siguen marchando de esta manera quizás no tengamos que usar el Gran Cañón.

-Es posible, pero lo dudo.

Ella se alejó bajando la vista con desaliento. ¡Todos estaban tan ciegos aquí abajo en su pequeña madriguera! Después sintió la mano de él en su hombro.

-Escucha, Lisa. No podemos confiar en los zentraedis; tenemos que demostrar lo que podemos hacer.

No iba a hacer ningún bien decirle de nuevo que el arma principal de la SDF-1 era un rival parejo para el Gran Cañón y no había impedido que los zentraedis emprendieran su guerra. Los proyectistas, ingenieros y gobernantes del CDTU tenían demasiado en juego y sólo se burlaron cuando ella intentó plantear el tema.

Él vio ella no iba a abandonar la cuestión; ella sólo dejó de discutirlo por el momento. Él le dio la espalda para marcharse y dijo:

-Tengo trabajo para hacer. Si algo surge, estaré en la sede central.

-Sí, señor -dijo Lisa con resignación.

Capítulo 14

En aquellos días yo estaba cerca de Lang para cerciorarme de que él no tenía ningún conocimiento confidencial de la fuente oculta de proto-cultura a la que Exedore se refería. Si él hubiera conocido el secreto de esos enormes hornos reflex sellados, podría haber formulado una actualización inmortal del comentario de Einstein: la protocultura no juega a los dados con el universo, ¡pero ciertamente sabe cómo esconder un as en la palma en el momento crucial!

*Dr. Lazlo Zand, Así en la Tierra como en el infierno:
recuerdos de la Guerra Robotech.*

-¿Oficial Lynn Kyle, cual es su rango militar? -preguntó Exedore en la cámara de audiencias abovedada.

-Yo soy civil -Kyle lo miró con hosquedad.

-¿Con tus superpoderes? -Exedore hizo una breve risita burlona. Lo dudo.

Kyle le mostró los dientes al extraterrestre.

-¡Yo no tengo idea de lo que usted está hablando!

Exedore miró alrededor, desconcertado. Estaba satisfecho de que estos micronianos estuvieran haciendo lo mejor para... para "nivelarse" con él, como había dicho el coronel Maistroff en el camino hacia aquí.

Gloval intervino.

-Sr. Ministro, él está diciendo la verdad. Este hombre no posee superpoderes. En lo que a eso concierne, ninguno de nosotros en este cuarto poseemos los poderes a los que usted se está refiriendo.

Gloval se estaba arriesgando. La fanfarronada de los

superpoderes humanos no había hecho que el enemigo se marchara y no se iba a poder sostener por mucho tiempo. Pero había algo oscuro sobre toda la guerra, algo que lo hizo sospechar que una falla básica en la comunicación era la responsable de todo. Era tiempo de que alguien intentara llegar al fondo de eso.

-Pero... nosotros lo vimos en nuestros monitores -protestó Exedore.

-Oh, esa era una película, una forma sencilla de entretenimiento -contestó Gloval, rascándose la cabeza para intentar pensar cómo explicarlo mejor-. No es verdad; es... sólo para deleitarse.

Exedore decidió posponer eso por ahora; él conocía el deleite que encontraba en la erudición antigua y la historia de los zentraedis, pero estos eran verdaderos.

-¿Entonces qué hay sobre su barrera de energía y las olas de destrucción?

-Esas sólo son armas defensivas y ofensivas basadas en la tecnología que se descubrió en esta nave cuando chocó en la Tierra.

-¡Ah, pero se ha olvidado de la protocultura! -dijo Exedore con astucia-. Zor, el gran genio de la raza de los Amos Robotech, escondió los secretos de la protocultura y su última gran fuente productiva en esta embarcación antes de que él la despachara aquí.

Ahora, por fin, Gloval estaba viendo algunas de las cartas de los extraterrestres y estaba seguro de que las charlas valían la pena. Todas las preguntas de quiénes eran los Amos Robotech, quién era Zor y por qué él había escogido la Tierra tenían que quedar de lado, por más intrigantes que fueran. La vida de la raza humana se podía medir en horas, hasta en minutos.

Gloval abrió una línea de comunicaciones.

-Creo que ahora estamos listos para el Dr. Lang.

Lang entró; era la mente más grande de su tiempo, un intelecto digno de sentarse con Newton y Einstein, y aun así era un hombre frustrado por los muchos misterios de la robotecnología. Había estado supervisando los diálogos en una sala de espera y estaba ansioso por hablar con Exedore.

El zentraedi, Minmei y Kyle, y todos los otros allí reunidos que nunca antes habían visto a Lang se asustaron un poco y entendieron por qué él evitaba la publicidad. El hombre tenía una apariencia

normal en cualquier aspecto, pero sus ojos parecían ser todo un oscuro iris líquido -sin nada de pupila ni de blanco.

Gloval recordaba bien aquel día de 1999, horas después de la caída de la SDF-1, cuando él, Lang y algunos otros habían abordado por primera vez los despojos humeantes. Habían descubierto una tecnología asombrosa, temibles guardianes mecha y las desconcertantes paradojas de tiempo.

También habían descubierto una advertencia grabada que no pudieron entender. Y Lang, rindiéndose a una sed inextinguible de más conocimiento y más interfase, se expuso de algún modo al contacto directo de lo que fuera que animaba a la nave. Ahí fue cuando sus ojos cambiaron, cuando él se hizo diferente, como si escuchara música celestial. No obstante, fue su genio lo que permitió la reconstrucción de la SDF-1 y la construcción de la Fuerza de Defensa Robotech.

-Hemos oído mencionar la protocultura muchas veces, emisario. ¿Ahora me dirá lo que es? -le dijo Lang a Exedore.

Las cejas de Exedore se dispararon hacia arriba.

-¿Quiere decir que ustedes micronianos todavía insisten en que no saben? La protocultura es la fuente de energía más poderosa en el universo.

Los profundos ojos oscuros de Lang apuntaron sobre él.

-Yo no he podido encontrar nada de esa naturaleza en esta embarcación, y estuve buscando desde la primera vez que su flota llegó al sistema solar. Pero creo que sé lo que pasó. ¿Vendría conmigo, por favor?

Gloval se levantó, pero le habló a los otros.

-Todos ustedes sean amables de permanecer aquí, por favor.

El jeep estaba esperando y el viaje a través de los grandes pasajes y atajos de la fortaleza de batalla tardó sólo unos minutos. Muy pronto estuvieron en la sección de Ingeniería, justo enfrente de los enormes motores reflex que formaban la planta de poder de la nave.

Ellos estaban en un compartimiento grande que una vez había contenido el aparato de transposición de la nave. Ahora había alguna maquinaria sobrante del sistema de barrera de precisión que había sido la principal arma defensiva de la nave en su arriesgado

viaje por el sistema solar. También estaban las luces, tal como lo habían estado durante años.

-Cuando los zentraedis atacaron por primera vez la Tierra, nosotros hicimos nuestro salto transpositivo para ponernos a salvo - explicaba Lang-. No teníamos tiempo para experimentar, nada de tiempo para probar. Un salto que se suponía debía llevarnos más allá de la órbita de nuestra luna nos llevó en cambio a la órbita de Plutón.

-Lo recuerdo bien -dijo Exedore, rascándose la mejilla y mirando fijamente el compartimiento gigantesco y casi vacío-. Hicieron el salto demasiado cerca de la superficie planetaria; nos convencieron de que eran suicidas.

-Ustedes no nos dieron ninguna opción -dijo Gloval en voz baja, mientras recordaba la devastación y pérdidas de vida espantosas de aquel día. Hizo lo mejor que pudo para sacarlo de su mente.

-Pero tras el salto -continuó Lang-, el aparato de transposición sólo... desapareció. ¡Por completo! Simplemente se desvaneció de la vista y nunca se lo volvió a ver. Y en su lugar aparecieron aquellas.

Lang hablaba de las luces: resplandecientes chispas danzarinas, luciérnagas y diminutos cometas que pululaban y flotaban a través del espacio donde una vez había estado el aparato de transposición. Exedore se volvió hacia él.

-¿Me puede prestar algunos de esos instrumentos que ha traído, doctor?

Sólo tomó un poco tiempo probar sus sospechas.

-Ah, sí: hay una definida señal residual de protocultura aquí, pero la matriz se ha ido. Y no detecto ninguna otra gran masa de fabricación, sólo las cargas animadas menores de sus armas y de los hornos reflex.

Exedore bajó el detector con aturdimiento.

-¡Los secretos de Zor desaparecieron! ¡Esta larga guerra luchada por nada!

Lang palmeó el hombro de Exedore con compasión.

-Quizás algún día la encontraremos de nuevo; ¿quién lo puede decir?

Gloval estaba asombrado de ver lo rápido que los dos se habían puesto cómodos en compañía del otro.

-Pienso que sería mejor que volvamos al cuarto de audiencias -dijo el capitán-. Todavía tenemos muchas cosas de qué hablar.

Algo se agitó en lo profundo de la fortificación sellada de los poderosos motores reflex, y después se quedó quieto otra vez. Los instrumentos relativamente primitivos de Lang no podían detectarlo y a esa distancia hasta era capaz de ocultarse de los detectores de los zentraedis.

Como Zor había estipulado, la última matriz de protocultura estaba segura aguardando su momento, esperando hasta que la gran visión de Zor se cumpliera.

-Parece que hemos cometido un gran error -confesó Exedore cuando todos volvieron a sus lugares-. ¡Pero! ¡Ni siquiera ustedes pueden negar el poder de canto de la hembra!

-Ni soñando -Gloval respondió con simpleza, provocando una mirada dudosa del coronel Maistroff.

Pero Bron se puso de pie.

-¡Él no lo negará porque es verdad!

-¡La canción de Minmei tiene un poder increíble! -agregó Rico, también levantándose de un salto.

Minmei, por su parte, mostró una tímida sonrisa que parecía tener un poco de sabiduría secreta detrás de ella.

-Esta no es la primera vez que los zentraedis se encuentran con algo así -les dijo Exedore a todos ellos-. Hace mucho tiempo nos expusimos a una cultura como la suya y casi nos destruyó.

-¿Qué quiere decir con eso? -se apresuró a preguntar Gloval.

Los ojos precisos y saltones de Exedore vagaron por el cuarto.

-Para un zentraedi, luchar es un estilo de vida. Toda nuestra historia está hecha de nada más que batalla tras gloriosa batalla. Sin embargo, la exposición a una sociedad emocionalmente abierta

como la suya hizo que nuestros soldados se negaran a luchar. Esto, claro, no se podía tolerar y la infección se tuvo que limpiar. Los soldados fieles y los Amos Robotech en persona vinieron para exterminar a todos aquellos que estuvieron expuestos a la fuente del contagio.

Los tres espías en particular estaban pálidos y silenciosos. El resto se miró entre sí.

-Dolza, nuestro comandante supremo -siguió Exedore-, hará todo lo que esté en su poder para evitar cometer el error que nuestros antepasados cometieron. Cuando, y si lee mi informe, seguro lanzará un ataque a gran escala sobre la Tierra, especialmente a la luz de que la matriz de protocultura ya no está en la SDF-1.

Los ojos de Gloval se movieron hacia Rick.

-¿Ese es el mismo que se menciona en su informe?

Rick se mojó los labios.

-Sí, señor -¡Casi cinco millones de naves de guerra!

Exedore asintió.

-Sé lo que están pensando. Pero vean, estos nuevos eventos -las desertiones, el culto Minmei, la unión de nuestra más grande guerrera con uno de sus pilotos-, cambiaron todo el cuadro.

Echó una mirada alrededor de ellos; él era el centro de su cautivada atención.

-Porque, verán, a menos que se pueda encontrar alguna solución, nosotros -las fuerzas de Breetai- estamos al igual que ustedes en gran peligro ante Dolza y la Gran Flota.

Breetai estaba en su silla en la estación de mando que sobresalía hacia el puente de su nave capitana.

Un rayo proyector dibujó en el aire una imagen bidimensional de Azonia, la mujer que lo había reemplazado en la guerra contra los humanos, que falló en lograr una conclusión exitosa y que a su vez Breetai la había vuelto a reemplazar.

-¡Comandante! -empezó ella-. ¿Cuánto tiempo piensa permitir que esta situación continúe?

Ella era una intensa hembra zentraedi de mediano tamaño con una mente rápida y aspiraciones altas. Su corto peinado crespo se amontonaba dentro del claustro de su alto cuello doblado.

Breetai, con los brazos cruzados sobre su gran pecho, contestó con su voz retumbante y reverberante.

-A la luz de los eventos recientes cualquier continuación de las hostilidades sería imprudente.

Ella le sonrió con desprecio.

-¡Bien, espero una solución diferente cuando llegue la Gran Flota!

Él se puso de pie de un salto.

-¿La Gran Flota? ¿Qué has hecho?

Ella le mostró una sonrisa presumida.

-Le informé mis descubrimientos al comandante supremo. Y su excelencia Dolza ha decidido poner a la flota en movimiento.

-¿Así que Dolza decidió que los micronianos son una amenaza, no?

-Así es -dijo ella triunfalmente.

La furia de Breetai fluyó como un volcán, pero terminó riéndose como un dios severo al final de todos los mundos. Eso era lo último que Azonia esperaba; lo vio rugir con su cabeza echada hacia atrás, reflejando la luz con su pieza craneal metálica y el ojo de cristal. Ella sintió una súbita sensación de hundimiento en la boca de su estómago.

-¡Tú, imbécil! -dijo él con dificultad cuando pudo hablar de nuevo-. ¿No sabes nada de historia, no es cierto? ¡No, a ningún zentraedi que se respete le importa! Bueno, aprende esto, mi intrigante amiga: ¡nosotros estamos condenados al igual que los humanos! Nos hemos infectado y a todos nosotros, a todos, nos consideran portadores de la plaga.

-¿Está seguro de eso? -preguntó Exedore en voz baja, sosteniendo el auricular con fuerza en su puño tembloroso.

El enlace de comunicación se había arreglado a las apuradas, sin

que los extraterrestres tuvieran la oportunidad de codificar su diálogo. Exedore sabía con seguridad que los técnicos humanos habían supervisado cualquier cosa que Breetai le hubiera dicho. Por consiguiente, el capitán se inclinó hacia delante, seguro de que enseguida oiría cualquier cosa que fuera.

-Entonces sabe lo que esto significa -dijo Exedore-. Entiendo.

Devolvió el auricular a su horquilla y miró a Gloval.

-Capitán, deben prepararse para escapar de este sistema estelar. Nosotros los ayudaremos.

La cara de Gloval se endureció.

-¿Y que la Tierra quede indefensa?

-Sí.

Gloval cuadró sus hombros.

-¡Imposible! Nosotros juramos defender nuestro planeta.

Exedore asentía con resignación.

-Sí, entiendo. Nosotros los zentraedis no actuaríamos diferente. Lo que más, sin su ayuda, escapar sería casi inútil para nosotros. La matriz de protocultura era nuestra gran esperanza de éxito; los suministros de la armada están casi agotados.

Él suspiró.

-Parece que pronto estaremos luchando contra un enemigo en común.

-¿Qué dijo? -explotó Maistroff.

Exedore lo miró.

-Mi señor Breetai acaba de informarme que la Gran Flota se dirige hacia este sistema estelar. Eso significa cuatro millones ochocientas mil naves con la fuerza destructiva de una supernova.

-Bien, entonces -dijo Gloval con ironía-. Vaya lucha que será.

-¡Usted está loco! -Lynn Kyle se puso de pie-. ¡No hay ninguna forma de que ustedes puedan vencer a una flota así! ¡Estamos acabados!

Max había tomado la mano de Miriya en la suya.

-Temo tanto que este pueda ser el fin para nosotros. Justo cuando nos hemos encontrado -le dijo con suavidad.

Ella apretó su mano.

-No me importa, mi amor, siempre y cuando yo esté a tu lado en la batalla.

Rick, del lado opuesto de la mesa en forma de U, los miró con envidia.

-Juntos -dijo en voz baja.

Exedore había observado cuidadosamente varias de las reacciones y estaba satisfecho. Le iba a poder decir al poderoso Breetai que entre los del ejército, por lo menos, había dignos aliados.

-¡Esto no ha terminado aún! -dijo levantando la voz-. ¡Todavía podría haber una manera!

-Explique -le rogó Gloval, con el rostro de piedra.

-Hasta ahora, esta embarcación ha demostrado ser insuperable. Necesitaré más información antes de que yo pueda estar seguro, pero creo que hay una forma de poder ganar.

Capítulo 15

Por consiguiente he concluido que Breetai, sus subordinados y todos aquellos bajo su mando abrigan conductas primitivas y procesos cognitivos abstrusos que los pone por completo fuera de la raza zentraedi y los convierte en una amenaza para todos nosotros.

Por ende, cada unidad disponible se unirá a la Gran Flota para tomar la acción que dicta nuestra cultura antigua.

Del cuaderno de bitácora personal de Dolza

-Repito este anuncio, todo el personal militar debe reportarse enseguida al servicio. Se cancelan todas las licencias. Todos las reservas, contactarse con sus unidades para movilización inmediata. Civiles, se les ordena esperar por directivas adicionales; haremos los anuncios en cuanto haya más información.

Lisa dobló su jeep en dos ruedas hacia el espacioso parque de estacionamiento del cuartel general, apagando de un golpe la radio. No había podido conseguir nada en las frecuencias militares y las bandas civiles sólo seguían repitiendo la misma cosa.

Entró corriendo al C. G. mostrando su placa de seguridad y en la sala de situación oyó los anuncios clasificados.

-Los sensores todavía están captando niveles sumamente altos de energía desde las regiones cercanas a la Tierra y la Luna. Esta actividad es característica de las operaciones de transposición enemigas. Sin embargo, son de una magnitud nunca vista.

Ella vio a su padre y corrió hacia él. En el ojo de su mente estaba la Gran Flota como la había visto la última vez, o por lo menos parte de ella, dentro y alrededor de la colmena del tamaño

de una pequeña luna que era la base del cuartel general de Dolza.

-No se ve bien -le estaba diciendo el almirante Hayes a un comodoro del equipo G3.

-¡Almirante!

Su padre la miró, intercambió saludos con el miembro del equipo y vino hacia ella. La tomó por el brazo y la llevó a un cuarto de conferencias. Su tono fue brusco cuando la puerta se cerró.

-¿Bien? ¿Qué pasa?

Ella respiró hondo.

-¿Padre, qué le va a pasar a la SDF-1?

Él no la reprendió por el desliz en la formalidad, como lo había hecho una vez. Pero no hubo simpatía en su voz.

-Será destruida. La vamos a obligar a alejar el fuego enemigo de la Tierra y del resto de nuestras fuerzas.

-¡No puedes!

-Lo siento, Lisa -él no parecía afligido en absoluto-. No hay otra opción.

Ella aceptó eso; había estado en el cuartel general el tiempo suficiente para comprender que su padre ya no era más un líder. Era un apologista, un muchacho del mandado para los gobernantes reales del planeta.

Ella recobró su autodomínio.

-Padre, quiero pedirte un favor personal. Quiero que me envíes de vuelta a la fortaleza de batalla.

-¡No! ¡Eso es absolutamente imposible!

Ahora era el turno de ella para explotar.

-¡Mi lugar está con mi tripulación, con mi capitán! -movió su mano alrededor para indicar la futilidad de la base del CDTU-. No está aquí, en un agujero en el suelo, cuando las personas con las que luché a la par me necesitan.

Él supo en ese momento que la había perdido. Por un momento vio el lugar a través de los ojos de ella y se preguntó cómo pudo haberse engañado tanto. El Gran Cañón era un engaño y los del CDTU eran hombres asustados que habían derrumbado el mundo alrededor de ellos en lugar de admitir que estaban equivocados.

Él se sacó esta idea; su juramento al servicio se puso por delante otra vez. Pero había dolor real en su voz cuando le contestó.

-Lo siento, pero...

-Pero no lo harás.

-Yo no puedo permitir que desperdicies tu vida allí arriba. Lisa, Lisa... eres mi hija.

-¡Yo soy una oficial de la RDF!

-Ya lo sé -dijo muy por lo bajo.

-¡Entonces reasígname!

Ahora la miró con furia.

-Padre o no, yo te prometo esto: si intentas salir, haré que te metan en el calabozo.

Ella apenas tuvo éxito en evitar que las lágrimas salieran de sus ojos, pero su voz fue firme.

-Sí, señor.

El almirante Hayes renunció a ganar la batalla; vio que había perdido a lo último de su familia.

Breetai levantó la vista hacia la imagen del rayo proyector.

-¿Ahora qué, Azonia?

Ella no atenuó las palabras; él no había esperado menos.

-No hay opciones, gran Breetai. Dolza intentará exterminarnos ahora que nos hemos expuesto a los micronianos. Yo me quedaré y enfrentaré a la Gran Flota. ¡Será un honor entrar a la batalla contigo, milord!

Alguna parte de él sabía lo que ella quería decir. ¿Acaso no era esta batalla lo que cualquier zentraedi soñaba, una lucha desesperada contra las probabilidades aplastantes en el choque de cañoneros tan numerosos como las estrellas? ¿No era este el Apocalipsis que los zentraedis buscaban para su versión de inmortalidad?

-Loable -dijo él-. Que ganes todas las luchas.

Ella hizo una inspiración por el gran cumplido que él le había hecho.

-¡Y tú también, Breetai!

El rostro de ella se disolvió cuando lo hizo la imagen del rayo

proyector y él giró hacia otro.

-¿Khyron? ¿Tus intenciones?

Khyron, lánguido y condescendiente, aplanó su hermoso pelo azul.

-Sabes mi respuesta. Las desigualdades son demasiado grandes. ¿Para qué luchar si no puedes ganar, Breetai?

-¿Para qué ser zentraedi si no sabes la respuesta a eso, Khyron? Pero esto es como lo esperaba; yo no estaba contando contigo, de todas formas.

Y así todo quedó claro en este último momento. Khyron había sustituido el valor por la crueldad y el salvajismo que eran todo lo que él tenía. La diferencia surgía sólo en momentos como estos, pero era obvia.

Ahora la fachada de Khyron estaba rota y le gritó a Breetai echando espuma por la boca.

-¡Serás destruido! -la imagen del rayo proyector desapareció.

En su propia nave capitana, Khyron se arrojó sobre su silla de mando como un sapo herido.

-Bien, vamos -por encima de su hombro le lanzó la orden a su segundo, Grel.

-¿Qué coordenadas? -preguntó con cuidado Grel. En tal rabia, Khyron era muy capaz de azotar y matar a cualquiera que lo rodeara.

-A cualquier lugar del universo menos aquí -Khyron se ensimismó y miró con furia hacia la nada. No hubo ninguna contestación de Grel y Khyron gruñó.

-¿No me oíste?

Grel calculó con cuidado sus próximas palabras.

-Pero señor, nosotros no podemos correr.

Khyron ladró una risa irritante.

-¿Crees que no? ¡Entonces observa! -hizo una seña y los motores de su nave capitana ganaron potencia al igual que los de toda las naves Botoru bajo su mando.

Grel se mojó los labios mientras se preguntaba cómo sería mejor decirle a Khyron que él no había estado hablando figuradamente. Khyron apreciaba la práctica de decapitar al mensajero que traía malas noticias.

Breetai le prestó poca atención a las maniobras de los Botorus. Él pensaba en el entramado del espacio cercano donde las primeras perturbaciones del Cordón Cósmico anunciaron a la Gran Flota.

Una vez había sido el subordinado más valorado de Dolza -había salvado la vida de Dolza del mismo ataque invid que había matado a Zor. Pero ahora pensaba en los temblores del universo que precedían al ataque y reflexionó sobre la forma increíble en que resultaron las cosas allí en el sistema estelar microniano.

¡Escuche mis pensamientos, lord Dolza! Caer en batalla es todo lo que nosotros buscamos, desde el más alto hasta el más bajo. ¡Escúcheme bien, porque esta es la última batalla de Breetai!

En la cámara de audiencias, la gente estaba exhausta pero el maratón seguía. Las computadoras y los analistas estaban encorvados; los miembros del personal de tierra y los equipos de evaluación estaban listos.

-Dolza asumirá que ustedes son demasiado débiles para luchar -decía Exedore, todavía animado y remilgado en medio de la actividad más agotadora-. Él dividirá su flota y atacará desde todos lados, sellando cualquier ruta de escape. Pero esta maniobra les dará su única oportunidad.

-Suficiente de fundamentos; por favor sea específico -estalló Gloval.

Exedore se volvió hacia una proyección táctica luminosa que había construido con ayuda de las computadoras de la SDF-1.

-Sus naves capitanas estarán aquí, aquí, aquí y aquí, y la base

móvil de Dolza aparecerá aquí; estas son mis mejores proyecciones. Si pueden destruir estas embarcaciones, eso pondrá a toda la Gran Flota en caos.

-Estrategia militar simple -murmuró alguien.

-No; la estrategia militar simple (de ataques sencillos e intensos, y números abrumadores) es lo que ha permitido que nuestras tácticas permanezcan iguales por tanto tiempo -contradijo Exedore-. Eso, y el hecho de que los zentraedis nunca hayan perdido una guerra.

El coronel Maistroff se frotó la cara con la mano como si se la estuviera lavando.

-¡Así que, para abreviar, nosotros aplastamos la cabeza de la serpiente!

Exedore asintió. Se alejó del despliegue táctico y caminó hacia el lugar donde estaba sentado Gloval.

-Con sus fuerzas de ataque desordenadas, nuestra única oportunidad de supervivencia es utilizar las fuerzas combinadas de la SDF-1 y nuestra flota de batalla. Nosotros ya sabemos del rudimentario cañón robotech en el hemisferio norte de su planeta pero lo consideramos un elemento menor cuando mucho.

Gloval se puso de pie.

-Me alegro de que ahora estemos luchando en el mismo lado -le dio la mano al hombrecito de aspecto de duende.

-Sí, yo también -Exedore giró hacia Minmei, quien miraba todo con incredulidad-. Y sin tu cantar, esta alianza entre nuestras gentes no habría sido posible.

Kyle asumió una expresión dura, los ojos cerrados, la barbilla hundida en el pecho y el labio fruncido. Pero Minmei estaba en una especie de sueño.

-¿Quién, yo? ¿En serio?

Exedore asintió despacio con su cabeza.

-Aunque yo no profeso entender a los micronianos, ahora comprendo la importancia de tu cantar. Toca recursos emocionales a los que nosotros los zentraedis antes no teníamos acceso... una valentía que está más allá del simple valor en la batalla.

Él pareció ruborizarse un poco; nada podría haberlos sorprendido más. Hasta Kyle estaba atónito.

-¿Can... cantará para nosotros? -logró decir Exedore, enrojeciendo furiosamente-. ¿Para que nosotros podamos esperar la victoria? Por favor, señorita Minmei.

-Por supuesto.

Ella se puso de pie en ese cuarto donde se estaban uniendo los planes que significarían la muerte o vida de los mundos, la supervivencia o matanza de miles de millones. Ella tomó aire y cantó con una voz tan clara como el diamante pulido.

Cantó "To be in love", una de sus primeras composiciones y una de sus favoritas. Era una canción simple y no había nada en ella de ejércitos o batallas. Era sobre la cercanía entre dos amantes.

Exedore y los tres antiguos espías estaban hipnotizados. Kyle, con los ojos cerrados, estaba frío e indiferente. Gloval, Max y Miriya, y el resto observaban y escuchaban absortos. Su voz se elevó para rebotar en el techo abovedado.

Rick también quedó fascinado al principio. El hecho de que él la había perdido no la hacía menos deseable, especialmente ahora.

Pero después le llegó un nuevo sonido, un sonido que reconocería incluso a través de las cubiertas y los tabiques interpuestos.

En las cubiertas del hangar los elevadores estaban alzando veritechs para lanzarlos con las catapultas. Para la batalla final.

Los rayos buscadores habían hecho su trabajo. Hubo una aplicación brutal de fuerza y se abrió la trama y urdimbre del universo.

Los zentraedis habían refinado su búsqueda. Esta vez no hubo una ola de inclinación cósmica de fuego incandescente. Pareció surgir una clase de nube verde en su lugar -hasta que se hizo claro que cada partícula en la nube era una nave de guerra.

Otra nube apareció cerca, y otra. Luego dos al mismo tiempo, después tres. Y pronto las estrellas se cubrieron. Fue como si de repente unos puñados de arena se hubieran convertido en feas naves de guerra. Aparecían cada vez más en densas formaciones bien ordenadas y más espesas que cualquier enjambre de colmena.

-Hay demasiadas para que los sensores las cuenten -dijo Vanessa, sudando y pestañeando detrás de sus anteojos-. Demasiadas...

-Tengo que irme -le dijo con aspereza a su hija el almirante Hayes-. Hablaremos de esto más tarde...

El altoparlante interrumpió.

-Los sensores registran actividad de destransposición inmensurable. Fuerza enemiga estimada en un millón, trescientos... corrección, dos millones cien mil... ¡Espere! ¡Espere! ¡Llegan más unidades enemigas!

Otra voz, menos histérica, interrumpió.

-A estaciones de batalla. Repito, a estaciones de batalla.

Las alarmas y las sirenas sonaron, y nadie tuvo que decir que esta vez no era un simulacro.

El almirante Hayes tragó saliva y se puso pálido.

Una red de naves de guerra enemigas estaba envolviendo a la Tierra. Estos centenares de miles ocultaron la luz del sol cuando aparecieron para tomar posición para el último combate.

La cara de Claudia apareció en un visor del tamaño de una pantalla de cine de la sala de audiencias.

-Capitán Gloval, el monitor tres muestras las posiciones enemigas sobre el hemisferio occidental.

La vista apareció. Las siniestras naves de guerra todavía entraban a raudales desde la nada a la órbita de la Tierra. Sus nubes a la deriva se extendieron, establecieron intervalos y se desplegaron para cubrir todo. Grandes manchas verdes de flotillas espaciales formaron racimos de pintas en el cuadro.

-Bueno, me temo que esto es todo -dijo Exedore. Parecía como si

el planeta estuviera cayendo en una fotografía acelerada bajo la infección leprosa del verde de combate zentraedi.

Minmei sólo podía mirar, había olvidado su canción. Max y Miriya se tomaron las manos; él estaba agradecido por haber tenido el tiempo que ellos habían estado juntos. Incluso Kyle estaba espantado.

Si había alguien allí que estuviera de humor para la escena, ese era Rick Hunter. Él observó a la Gran Flota esparcirse y crecer. No había nada que perder. De acuerdo: sería una gran lucha.

Breetai, con la vista fija en las pantallas que todavía funcionaban en su puente, observaba con espanto. Fue la operación de transposición más grande de la historia para un solo combate, y sucedió meticulosamente. Dolza estaba haciendo todo bien hasta ahora.

La mandíbula con aspecto de risco de Breetai se endureció. Los movimientos de apertura y los de cierre del juego eran dos cosas diferentes.

El cielo nocturno sobre la Base Alaska era más claro por los reflejos de la luz solar en los claros vientres de las naves de guerra que ocupaban la órbita. Las estrellas estaban ocultas, miles a la vez.

Lisa oyó que su padre gimió cuando vio las pantallas. Ella se dio vuelta y vio por su expresión que él comprendió, demasiado tarde, que los informes de la fuerza de los extraterrestres eran exactos y que cinco millones de naves eran muchas más de las que había previsto alguna vez.

Capítulo 16

Y así giraba el Gran Mandala, dos mitades habían aprendido que ellas dos eran una.

Mingtao, Protocultura: el viaje más allá del mecha

Entre todos los anuncios de la carga de misiles deca, el manejo de las torretas de armas, la frenética coordinación de las computadoras de adquisición de blancos y de prioridad de amenaza, se dio la orden para que el escuadrón Skull se reportara a sus cazas.

-Bien. Esos somos nosotros -dijo Max, mirando a la cubierta y después levantando la vista hacia su esposa. Él estaba realmente confundido. El tradicionalismo decía que él debía protegerla del daño; pero Miriya era mejor aviador que nadie más a bordo excepto Max, y no había seguridad en ninguna parte.

Es más, ella nunca le habría permitido dejarla atrás.

-Sí, Maximilian -dijo ella mientras lo miraba. Rick notó que en un tiempo increíblemente corto ellos dos habían aprendido a mostrarse la misma sonrisa tranquila exactamente al mismo tiempo. Hizo lo mejor que pudo para suprimir su envidia.

Max puso su brazo alrededor de la delgada cintura de su esposa y saludó a Rick con la mano.

-Lo veo allá afuera, jefe.

-Cuenta con eso -Rick los saludó con alegría fingida y los observó partir para vestirse.

Otros estaban averiguando la forma de salir de la sala de audiencias; Gloval, Exedore y los otros pesos pesados ya se habían ido. Los técnicos de grabación estaban envolviendo con rapidez las cosas, preparándose para doblar en bronce las asignaciones de combate.

Sólo Kyle y Minmei quedaban, sin lugar para ir, inseguros. Rick los miró y pensó en lo que estaba pasando allí afuera donde el vacío encontrada a la atmósfera de la Tierra. Millones de naves se estaban formando para una batalla mayor que incluso los zentraedis nunca antes habían visto.

Lo que significaba que el futuro parecía muy oscuro para un pequeño líder VT que había entrado tarde en el negocio de guerra. Rick se decidió en un momento y corrió a toda velocidad hasta donde estaba parada Minmei.

Ella estaba en la cima de los escalones que llevaban al podio de la mesa; él se detuvo unos escalones más abajo.

-¡Minmei!

Ella lo miró con extrañeza.

-¿Sí, Rick? -él no podría comprenderla, no podría entender qué estaba pasando detrás de los sorprendidos ojos azules. Kyle estaba detrás de su hombro, frío y enfadado, mirándolo con furia.

No era que Kyle ya no importara; lo hacía muy poco.

Rick se enredó en las palabras; no encontró nada que expresara lo que él quería decir y ni siquiera se las arregló para comenzar.

-Sabes que yo no soy bueno en esta clase de cosas -consiguió decir por fin.

Ella lo sabía; lo sabía desde los largos días y noches que ellos habían pasado perdidos, lo sabía desde tiempos más recientes, cuando él había sido casi incoherente.

-Pero puede que no te vuelva a ver -prosiguió-. Yo quiero decir que... que te amo.

Las manos de ella volaron a su boca como pájaros asustados. Movié la boca con palabras que no hicieron ningún sonido.

-Tenía que decírtelo -él sonrió de forma agridulce-. Cuídate.

Después salió para vestirse, pues ya llegaba tarde al lanzamiento masivo del programa del Apocalipsis; sus talones taconearon sobre la cubierta.

Ella se quedó helada por sus palabras; se pudo volver a mover de nuevo sólo cuando él salió de la compuerta, fuera de la vista. Minmei bajó corriendo los escalones para alcanzarlo.

Kyle se puso al lado de ella en un momento, la tomó de un brazo y la levantó bruscamente.

-¡No intentes detenerlo! -las actividades de los hacedores de guerra eran problema de ellos; Kyle había amado a Minmei demasiado tiempo como para perderla ante ellos.

Ella se esforzó desesperadamente para librar su brazo y su cabello negro se azotaba.

-¡Déjame ir! ¡Tengo que decírselo! ¡Kyle, déjame ir o te odiaré para siempre!

Los dedos que se podrían haber apretado como un tornillo, por el contrario se aflojaron. Él conocía cien maneras de obligarla a quedarse allí, pero ni una sola para quitarle sus sentimientos por Hunter o mantenerla alejada del piloto sin hacer que ella lo odiara.

El puño, fuerte como el acero, quedó flácido y la dejó ir. Minmei tiró de su brazo para liberarlo y salió corriendo tras de Rick. Kyle se quedó parado solo durante mucho tiempo en la sala de audiencias desierta escuchando las directivas de emergencia, los anuncios de la RDF y los preparativos para la batalla.

Batalla, muerte, olvido -esos eran tan fáciles de enfrentar, ¿no lo entendían los militares amantes de guerra? Vivir sin la persona que significaba todo en la vida para ti, ese era el miedo que no se podía superar, el abismo que ningún valor podía hacerte atravesar.

En los hangares, las bahías y las dependencias de los mechas de combate, los pensamientos de amor y de pesar habían quedado atrás. Ahora era sólo matar o que te maten. Los hombres y las mujeres vaciaron sus mentes de todo lo demás de una forma que ningún extraño podría haber entendido.

-Armar todas las ojivas reflex -la orden de Kim Young llegó por el altoparlante.

Los misiles -hammerheads, decas, piledrivers y stilettos-cobraron vida en sus casquillos y bastidores.

Los mechas de ataque estaban preparados: los gigantes pesados estaban llenos de cañones de rayos láser y de rayos x, misiles, automáticas y tubos de disparo rápido cargados con balas perforantes de casquillos desechables.

Los destroids salieron primero: vacilantes torretas de armas del tamaño de una casa que pasaban sus racimos de cañones de un lado a otro para probar fuegos cruzados, listos para ubicarse hombro con hombro y concentrar el fuego. Formados detrás de ellos estaban los gladiators, los excaliburs, los spartans y los raider x, todos haciendo que las cubiertas reforzadas resonaran a su paso, cargados con todas las arma que la robotecnología les podía dar.

La marcha de los Soldados Robotech.

Las torretas de armas y los cañones de los torreones de la SDF-1 giraron y se prepararon; los hombres y las mujeres sudaron cuando se sentaron en las sillas de los artilleros y de los ayudantes de artillero. Se revisaron con exactitud las retículas de apuntación y se probaron los gatillos sin balas.

El estupendo guerrero que formaba la propia SDF-1 estaba listo, con las tapas alzadas de sus muchos puertos de armas. Los dos portaaviones de los brazos de la nave, el Daedalus y el Prometheus, se ubicaron para la batalla y para el angustioso y brutal negocio peligroso de los lanzamientos y las recuperaciones de combate.

En la cubierta del hangar, el escuadrón Skull precalentaba. Ellos iban a ser uno de los pocos escuadrones que iban a volar los nuevos veritechs blindados. Max, que dirigía las cosas hasta que Rick pudiera llegar, le tiró una sonrisa rápida a su esposa. Miriya le sopló un beso, como hacia a menudo cuando nadie más estaba mirando. El besar todavía era una cosa asombrosa para ella; el hacer el amor la dejó completamente sin palabras. Sin embargo, a Max le pasó lo mismo.

Ella volvió a una revisión final de su VT. El combate era algo que también conocía íntimamente. Max logró ensillar al resto del Skull, y se resistió al impulso de estar amargado y preocupado por el remordimiento de haber tenido tan poco tiempo con ella.

Esas eran las distracciones que mataban a los pilotos de cazas.

En el puente, Gloval llegó con Exedore a su lado y nadie pensó en decir que debió ser de otra manera.

Los informes del estado de guerra de la nave le llegaron por parte del Trío Terrible y de Claudia.

Gloval llevó a Exedore a la gran burbuja del mirador delantero.

¿Quién habría soñado que nosotros estaríamos luchando lado a lado? -pensó.

Pero no hubo respuesta para eso. Era Gloval, siempre Gloval -y a veces sólo Gloval- quién había anti-cipado este día desde el momento en que oyó hablar de las deserciones enemigas.

Sobre el cuartel general del CDTU de Alaska, los cazas, que se parecían mucho a los VTs pero que carecían de su superlativa robotecnología, gritaron en el aire con alarma. Era una muestra valiente que todos sabían era hueca; la única esperanza real de la Tierra yacía con la fortaleza dimensional.

El almirante Hayes y varios otros oficiales superiores estaban parados en un balcón que daba a la inmensa sala de situación. Ellos oyeron el eco de las actualizaciones del estatus de disparo del Gran Cañón, la flota enemiga que todavía estaba saliendo de la transposición, el cuadro compuesto que hacía dudoso que un solo miembro de la especie homo sapiens sobreviviera al día.

-Las proyecciones resultaron estar equivocadas -confesó como un zombi un oficial de análisis de Inteligencia-. No podemos esperar ganar contra una fuerza tan grande. Ni siquiera podríamos hacerlo aunque los satélites del Gran Cañón estuvieran en su lugar. De ninguna manera, señor.

Él agitó despacio la cabeza.

Hayes estaba acostumbrado a esconder su consternación.

-¡Teniente! ¿Pudimos establecer contacto con los extraterrestres? -le gritó un oficial de comunicación.

Hayes ardía al pensar en por qué de pronto sus superiores estaban tan ansiosos por hablar con los zentraedis. Evitó cualquier reflexión sobre la forma en que sonaban los gobernantes de la Tierra ahora que por fin la realidad se había impuesto sobre ellos. Las palabras valientes y las posturas intrépidas se habían volado

como el humo en el viento, y el CDTU estaba ávido, vergonzosamente ávido por hacer cualquier trato que pudiera, comenzando con una oferta para convertirse en un gobierno supervisor bajo el dominio extraterrestre.

Excepto que los zentraedis no iban a hacer tratos hoy, y el Armagedón era al parecer el único punto en la agenda.

-Lo estamos intentando, almirante, pero hasta ahora es imposible -le gritó un oficial.

El propio Hayes se sintió traicionado y tonto. Su hija y Gloval habían estado en lo correcto desde el principio, de arriba abajo. El prestigio y el honor de su rango se habían desintegrado a la nada, y vio que al permitir ser el instrumento de hombres cobardes y codiciosos había, muy simplemente, arruinado una carrera que en otros aspectos había sido honorable.

-Entonces no queda nada por hacer sino luchar -dijo Hayes.

Bajo otras circunstancias esa podría haber sido una de esas frases que los oficiales de alto rango podían esperar que se mostrara en los libros de historia. El hecho era que Hayes sabía que los políticos lo habían engañado una y otra vez. Además, era improbable que alguna vez volviera a haber libros de historia.

Y la única razón para luchar era que el enemigo no ofrecía ninguna alternativa -ellos querían borrar a la raza humana de la existencia.

El Gran Cañón se preparó para disparar y los fútiles escuadrones de cazas de la Tierra salieron a hacer sus trabajos como mejor pudieran. Lisa Hayes miró sus pantallas e instrumentos y repelió el impulso de llorar por los hombres y mujeres que estaban haciendo sus trabajos de buena fe, y que la propaganda y la desinformación del omnipresente CDTU les negaba saber que estaban condenados.

Hizo una pausa durante un intervalo de unos cuantos minutos para observar la imagen cercana de la SDF-1 y pensar en Claudia, en Gloval y en Rick. Se dio cuenta, como su padre le había dicho cuando ella era una muchachita, de que sólo había pocas preguntas realmente importantes en la vida y que el combate hacía que todo el mundo las hiciera.

¿Por qué estamos aquí? ¿De dónde venimos? ¿Qué nos pasa cuándo morimos? Y cuándo lo haga, ¿estaré con Rick, por fin, o

estaré sola para siempre?

Justo en ese momento entró una actualización sobre el estatus de proyección del cañón y Lisa tuvo que dejar ir esos pensamientos.

Rick Hunter selló a su traje de vuelo y confirmó que sus guantes estuvieran firmemente conectados a los anillos instrumentados del puño. Ellos encajaban fácilmente, lo que le permitía una máxima destreza.

La compuerta de su habitación hizo una señal y él pensó que era sólo otro mensajero con una actualización de la misión, ya que todos los canales de comunicación estaban sobrecargados. Hasta que la compuerta se deslizó.

-¿Rick?

Él giró sobre su eje y la vio parada en la compuerta, delineada contra el áspero brillo intenso de las luces del pasillo. Ella dio un paso dentro de la habitación con timidez, pero mirándolo a los ojos.

La compuerta se cerró detrás de Minmei.

Las había de todo tamaño y forma; esas eran las embarcaciones guerra de la Gran Flota zentraedi. Nunca en toda su historia las habían congregado para combatir en semejante formación.

Desde su estación de mando, Dolza, el comandante supremo de la raza zentraedi, observó su blanco, la Tierra.

El espacio estaba lleno de sus naves; nunca había habido una formación así en los infames anales de los zentraedis.

Y aun así sentía recelos. Dolza conocía la antigua tradición de su raza por las interminables enseñanzas de Exedore. La propia Gran Flota podría no ser suficiente contra las fuerzas que esos archivos mencionaban.

Quizás nada lo sería.

Dentro de la base con forma de peñón que era el cuartel general

de Dolza -ciento sesenta mil kilómetros a lo largo de su eje-, el comandante supremo recibió la noticia de que toda la flota por fin estaba presente.

Él era enorme, el más grande y, excepto por Exedore, el más viejo de su raza. El cráneo afeitado y las espesas cejas de Dolza lo hacían parecer una escultura de granito.

-Mi primer ataque será el planeta madre de los micronianos -dijo-. Que todas las naves se preparen.

En toda la flota se llevaron a cabo los últimos preparativos para la batalla. Las proas de las colosales embarcaciones de bombardeo se abrieron como las mandíbulas de cocodrilos gigantes para exponer las armas pesadas.

Las computadoras de proyección aceptaron las asignaciones que venían desde la base de Dolza y apuntaron sus miras hacia la superficie del mundo, ajustando su alcance. Los motores de la Gran Flota aullaron como demonios y las armas sobrecargadas apuntaron a la desvalida Tierra.

-Yo quiero disculparme contigo, Rick -dijo ella-. Quiero decir, sobre Kyle.

-En realidad no es tu culpa -le contestó-. Yo tendría que haber dejado que supieras cuáles eran mis sentimientos. Supongo que tendría que haberlo intentado más.

-Pero, yo...

-¡Oh, Minmei, está bien! -gritó, asustándola un poco. Logró controlarse y fue a buscar su casco de vuelo. ¿Cómo se lo digo?

Él fue recoger el casco pero vio el reflejo de ella en la visera. Ella lo estaba mirando en silencio.

-Yo soy un piloto, y tú ahora eres una superestrella -dijo con cansancio-. Sabes que de todas formas no habría funcionado entre nosotros. Muchas cosas han cambiado, Minmei.

Él fue al mirador y posó la vista en la Tierra.

-Es extraño pensar lo pequeño que es nuestro mundo -dijo él, casi con distracción-. Es una pena todo el tiempo que

desperdiciamos, ¿no es cierto?

Ella retrocedió como si él le hubiera pegado. Ella veía que él era cruel a propósito, hiriéndose él y a ella para hacer que el amor cesara. Abrió la boca para decir algo que lo iba a hacer honesto otra vez, algo que iba a aclarar el aire entre ellos.

Pero en ese momento exacto el universo se iluminó. El ataque zentraedi había comenzado.

Capítulo 17

Una vez escribí a aquí -una Minmei más joven lo hizo- que necesitaba ser mi propia persona, que tenía mis propias sombras para echar.

Pero, oh... Yo no me di cuenta de lo terrible que iba a ser esa oscuridad.

Del diario de Lynn Minmei

Millones de rayos deslumbradores de energía pura luminosa llovieron sobre el mundo albiazul.

Las primeras en sucumbir fueron las defensas orbitales, los satélites de vigilancia y los "armors" -los grandes cruceros espaciales de tecnología convencional. Quedaron destruidos al instante y se desvanecieron en nubes de gas en expansión.

La increíble descarga agujereó la atmósfera, hizo hervir nubes y humedad, y cruzó hasta la superficie. Los edificios, los árboles y las personas quedaron vaporizados; todo lo inflamable explotó. Los rayos infernales comenzaron detonaciones tremendas y recalentaron el aire como armas termonucleares.

Por todas partes fue lo mismo. Soldados y civiles, adultos, niños y nonatos también -la Gran Flota no favoreció a nadie y no mostró piedad por ninguno. En medio de un día aburrido marcado sólo por una clase de alarma que el CDTU no explicó, casi toda la población del planeta pasó a degüello.

Para la mayoría ni siquiera hubo tiempo de gritar, sólo un momento horroroso cuando la luz y un calor indescriptible los engulló y tornó sus cuerpos tan transparentes como las imágenes de las radiografías, consumiéndolos después.

Las ciudades cayeron y los vientos ardientes refregaron el

mundo. A los mares tampoco se les dio ninguna tregua; Dolza había decretado un modelo de descarga tipo alfombra para atrapar barcos, instalaciones de recolección y excavación acuáticas, y cosas por el estilo. Incalculables kilómetros cúbicos de agua se convirtieron en el vapor.

Los rayos pasaron como un monzón de calor de fusión por todo el mundo indefenso.

En el cuartel general del CDTU, el suelo retumbó pero los kilómetros de tierra y piedra salvaron a los ocupantes de la muerte inmediata.

Lisa miró fijamente un mapa de situación iluminado. Los golpes eran tan numerosos que las computadoras de despliegue ya no podían diferenciarlas. La cara del mundo brillaba.

-¡No pueden estar haciendo esto! -gritó-. ¡No pueden!

Pero ella sabía que estaba equivocada. Ellos lo estaban haciendo.

-Aniquilación.

Gloval estaba parado débilmente con los hombros arqueados, mirando hacia fuera del mirador delantero. Exedore estaba mudo detrás de su hombro. El extraterrestre decidió que debía haber caído, o de hecho, que había caído víctima de las contagiosas emociones humanas, porque en ese momento los sentía con mucha fuerza: la rabia por que esto hubiera pasado, un dolor que retorció el alma y una vergüenza absoluta, absoluta.

-Se han ido. Todos se han ido -dijo con monotonía una técnica recluta mientras leía sus instrumentos.

En su base del cuartel general, el inmenso Dolza observó su obra y la encontró buena. Su risa gutural hizo eco con los profundos y estridentes tonos resonantes de los zentraedis.

Había decidido que el interludio microniano iba a quedar cancelado de la historia. Y cualquier raza similar que encontraran los zentraedis iba a estar sujeta a la instantánea y total exterminación.

Después los eventos se podrían volver a poner a en su carril apropiado.

Dolza tuvo que admitir que incluso él, el comandante supremo, no había tenido una verdadera idea del poder zentraedi hasta el momento en que la Gran Flota abrió fuego. ¡Su poderío irresistible! Eso lo llenó de nuevas aspiraciones, de nueva determinación.

Cuando los humanos quedaran acabados, y el rebelde Breetai y sus seguidores quedaran destruidos por completo, sería el momento de tratar con los Amos Robotech.

Los Amos habían tratado a los zentraedis, sus sirvientes guerreros, con el desprecio que uno le mostraba a un esclavo durante mucho tiempo. Eso había quemado el orgullo zentraedi por mucho tiempo. Es más, surgió a la luz que desde el principio los Amos le habían dicho una mentira colosal a los zentraedis -los habían engañado sobre los orígenes de los gigantes.

Los secretos de la protocultura escondidos en la nave de Zor eran una parte importante del plan maestro de Dolza para derrocar a los Amos Robotech y permitir que los zentraedis tomaran su legítimo lugar en el pináculo del universo.

El maldito Zor se dio cuenta de eso y despachó su nave para mantenerla alejada tanto de los Amos como de los zentraedis. El plan finalmente había funcionado, pero al hacerlo, acarreó este día. Mientras Dolza observaba a casi cinco millones de naves de guerra, todas lanzando lluvia de destrucción a la Tierra, comprendió que no necesitaba los secretos de Zor, no necesitaba a la SDF-1. Todo lo que necesitaba era el poderío de las hordas zentraedis.

Se volvió a reír, un grave retumbo que hizo que los tabiques reverberaran. Hoy murió la humanidad. Mañana comenzaría la guerra contra los Amos Robotech.

Rick Hunter aferró el alféizar de su mirador. Mientras observaba, el lado oscuro de la Tierra, en parte cubierta por la flota enemiga, se iluminó con una miríada de manchas rojas brillantes, con la obra de esa primera salva terrible.

-Todo el planeta -dijo aturdido.

Minmei se asomó por detrás de él, caminando como un robot por la profunda conmoción.

-Todos están... ¿todos ellos están muertos, Rick?

Él vio que la noche se volvía roja.

-Sí, Minmei.

-Madre. Padre -ella arrancó sus ojos de esa vista.

-Lisa -dijo él muy suavemente. Sus mejillas de pronto se pusieron suaves por las lágrimas.

Ella comenzó a cantar en una voz arrulladora, entonando una pequeña canción de amor a la vida y al planeta que estaba muriendo. Pero eso no duró mucho, y pronto su cabeza quedó hundida en sus manos.

-Así que así es cómo acabaremos -sollozó-. Primero la Tierra y después el resto de nosotros.

-No, Minmei -le puso una mano en el hombro-. Esto no es el fin, ¿me oyes?

Él deseaba poder parecer más convincente. Pero ella no era ciega; podía ver el poderío aplastante que se preparaba para volver sus armas hacia la SDF-1 y sus aliados zentraedis.

-Todavía tenemos nuestras vidas -dijo él, sacudiéndole el hombro con un poco de rudeza para hacer que lo escuchara.

Todo era tan injusto, tan inútil. Él no se había sentido tan enfadado e impotente desde aquel día en la base de Dolza cuando él, Lisa y Ben eran prisioneros desvalidos...

¡¡ESO ES!!!

Él la sacudió del hombro otra vez con una nueva convicción repentina.

-¡Todavía no terminó! ¡Escucha, Minmei, quiero que ahora salgas y cantes para todos!

-¿Que cante? -ella se limpió las lágrimas de sus pestañas.

-Sí. Tengo una idea.

Las nubes de humo ya se elevaban desde la Tierra, rodando para envolverla y ocasionar un invierno que ni siquiera las computadoras podían analizar con fidelidad.

El almirante Hayes oyó el informe en la sala de control principal de la base del CDTU.

-No hay ninguna noticia de cualquier otro miembro del Concejo, señor. El mariscal Zukav todavía está inconsciente y los doctores piensan que probablemente tendrán que operar. ¿Cuáles son sus órdenes?

En este año electoral, el ataque extraterrestre sorprendió fuera a gran parte de los miembros del CDTU, mientras arreglaban murallas y apoyos políticos. De todos ellos, sólo Hayes y Zukav estaban presentes en la base cuando vino el ataque, y Zukav sufrió un infarto en el acto.

Ahora las riendas estaban en las manos de Hayes, pero eran las riendas de un planeta que era más carbonilla que suelo.

-La estimación de daños en todos los sectores excede cualquier escala conocida -decía con debilidad una voz a un costado-. Hay señales de que unos pocos grupos esparcidos sobrevivieron al primer ataque.

El primer ataque, sí. Pero ahora el enemigo sin duda estaba preparando un segundo y un tercero -tantas descargas como se necesitaran para convertir a la Tierra en una pelota fundida.

Y así iba a terminar el mundo.

-¿El Gran Cañón sobrevivió al ataque? -preguntó.

-Sí, señor. Todavía funciona -se apuró a contestar un ayudante.

-Muy bien -Hayes giró hacia él-. Entonces comenzaremos la cuenta regresiva de inmediato, teniente.

El ayudante se apuró a retransmitir la orden. En segundos, la inmensa base vibró con fuerza.

Gloval miró fijamente al que una vez fue su enemigo. Breetai devolvió la mirada, y ese habría sido un momento histórico si todos no hubieran estado tan apurados.

Breetai bajó la vista hacia la pequeña criatura de bigote y de aspecto casi desgredado que peleó y pensó mejor que los mejores guerreros de la galaxia; Gloval levantó la vista hacia un tipo enorme y temible con un pecho tan grueso como un roble antiguo y una media cofia de metal y cristal que cubría su cráneo.

Hablaron casi sin ningún preámbulo; ellos sentían que se conocían bien.

-Comandante Breetai, quiero que por favor emita en todas sus frecuencias militares una transmisión simultánea de la canción de Minmei.

El único ojo de Breetai se fijó en Gloval con cuidado.

-Yo no tengo ninguna objeción, ¿pero cuál es su plan?

Exedore entró en la escena para explicar.

-Hasta ahora los soldados de la flota de Dolza no tuvieron ningún contacto con la cultura microniana, milord. Cuando queden expuestos a la canción, se confundirán. Y eso también aumentará la moral de los micronianos.

Breetai se frotó la enorme mandíbula. Gloval miró con fascinación la gigantesca mano color malva y los densos vellos negros en su revés, gruesos como alambres.

-Eso podría proporcionarnos la oportunidad que necesitamos para tomarlos fuera de guardia.

Gloval quedó un poco sin aliento con esta audacia extraterrestre. Él mismo había pensado en algo similar a un ataque selectivo.

-¡Pero... la Gran Flota no es una fuerza que nosotros podamos atacar de frente, comandante!

Breetai le mostró una sonrisa ganadora sorprendente, viniendo como lo hizo de un soldado extraterrestre clonado cuya cabeza estaba semioculta por una cápsula de metal y cristal. Breetai saboreó cada palabra con simpleza.

-Exacto, capitán Gloval. Nunca esperarán que nosotros montemos un ataque sorpresa contra ellos.

La escotilla principal del puente se descorrió y entró una figura delgada. Minmei miró nerviosa alrededor del misterioso paisaje de diales, luces, pantallas y controles.

-¿Em, quería verme, capitán?

Él fue hacia ella y Exedore trotó a su lado.

-Sí, señorita Minmei. El teniente Hunter me dijo su plan. Nosotros vamos a usarlo para nuestro contraataque.

Minmei observó con nerviosismo la pantalla de comunicaciones; después apartó rápidamente los ojos del extraterrestre de cráneo metalizado que la miraba con franco interés.

-Usted podrá cantar una canción para nosotros, ¿no es cierto, Minmei? -dijo Exedore con ansiedad.

Ella forzó una sonrisa. ¿Cómo podías seguir con la vida cuando el mundo acababa de morir? Simple: usas tus instintos de actuación, y guardas la introspección y el dolor bien en el fondo.

-Sí, por supuesto. Cualquier cosa para ayudar.

Gloval asintió en aprobación. Ella apenas intercambió un par de palabras con él en la boda, pero había algo sobre la formalidad tradicional de él, una clase de recato adorable que de alguna forma la puso a gusto.

-Yo tengo una petición especial, Minmei -interrumpió Exedore-. ¿Podría hacer ese, eh, es decir, esa cosa que haces en todas tus películas? Creo que lo llaman beso.

Él no podía haberla sorprendido más si hubiera hecho para ella su imitación de Minmei.

-Yo... supongo que sí. ¿Pero por qué necesita eso?

Exedore cayó en los tonos pedantes y casi afeminados que usaba al intentar comunicar su punto a los tercios zentraedis.

-Creo que eso va a actuar como una clase de sorpresa psicológica para todas las fuerzas de ataque de la Gran Flota, lo que los dejará menos capaces de luchar.

Ella tenía ganas de reír de histeria; algunos críticos habrían estado de acuerdo con la evaluación de Exedore sobre su habilidad de actuación.

Pero afuera del mirador la Tierra ardía sin llama.

-Bien, si eso ayuda.

Las nubes ya eran espesas en el cielo nocturno sobre Alaska, iluminadas por debajo por un resplandor infernal.

La base latía alrededor de ella mientras se preparaba para el monumental disparo del cañón. Lisa miró fijamente sus pantallas y esperó morir.

En la base del cañón, una pequeña ciudad de robotechnología, los fuegos subatómicos bailaban; la energía crujió e hizo fuerza para liberarse.

El almirante Hayes oyó los informes en un silencio impasible. Este probablemente sería el último, el único disparo terrestre en la batalla del último día de la raza humana; pero alguien iba a lamentar mucho haber venido a buscar batalla. Caer luchando era mucho mejor que simplemente morir.

Los inmensos lentes del cañón, iluminados con los rayos de apuntación, formaron la base de las nubes negras que se acercaban al mundo rojo.

Dolza de repente miró alrededor ante el tono de una comunicación de emergencia.

-¡Su excelencia! ¡Hemos detectado una reacción de gran energía que viene desde el tercer planeta!

Pero antes de que Dolza pudiera pedir más datos o pudiera dar una sola orden, el infierno se descargó.

Desde el principio quedó claro que un arma de energía enterrada verticalmente en una superficie del planeta iba a tener un campo de fuego muy limitado. Se suponía que el sistema planeado de reflectores satelitales iba a resolver eso, pero en su lugar se establecieron medidas interinas. Ellas demostraron su valor en ese momento.

Un rayo tan caliente como el corazón de una estrella saltó de la Tierra devastada. Ensanchado por las lentes, se lanzó hacia la Gran Flota. Cien mil naves desaparecieron en un instante, incineradas

como insectos en el fogonazo de un lanzallamas.

Unos servos brutales inclinaban las lentes que orientaban el rayo. Nadie estaba seguro de si acaso un tiro así iba a violar toda la matemática del Gran Cañón y a volar la instalación al más allá, o no, pero resultó que de algún modo todo resistió.

La descarga del Gran Cañón giró a través de la flota obstructora como una linterna de completa y total destrucción.

Primero las naves estaban allí y después no. Únicamente lo que quedó fueron las partículas de los componentes y las furiosas fuerzas de destrucción. En ese solitario ataque, la raza humana destruyó más naves de guerra de las que los zentraedis habían perdido en cualquier guerra de toda su historia.

-Las naves enemigas están desapareciendo, señor -dijo Vanessa.

Gloval y Exedore miraron la pantalla, y vieron la inclinación y el giro del Gran Cañón.

-¡La Base Alaska sobrevivió! -Gloval se regocijó. El Trío Terrible soltó alaridos y risas.

-Lisa -susurró Claudia.

Capítulo 18

Bien, ahí fue cuando decidí que el viejo Vance necesitaba dejar de ser el representante de Minmei y entrar en un nuevo arreglo. Quiero decir, eh: ¿cuánto vale el veinticinco por ciento del Armagedón en dinero real?

Vance Hasslewood, Esos fueron los días.

La banda de soporte y la banda ambulante de Minmei -si es que se los podía llamar así: tocaron en un pueblo solo, pero marcaron más kilómetros que cualquier otro acto de la historia-, estaban acostumbradas a tomarse su tiempo para asentar, hacer revisiones de sonido y prepararse mentalmente para un concierto o una sesión de grabación. Pero nada de eso hoy.

Los técnicos de la RDF hicieron los arreglos en pocos minutos y un oficial de información le dejó en claro a los músicos lo importante que iba a ser este concierto. Al único que protestó lo amenazaron en silencio, un tecladista que no estaba contento con la forma en que habían colocado sus bártulos, pero no los militares, sino los otros miembros de la banda. Todos sabían lo que iba a pasar si la Gran Flota ganaba.

En su camerino, Minmei intentó alejar su mente de los problemas mayores y sólo concentrarse en su actuación. Se inclinó tarareando hacia su espejo de maquillaje iluminado y examinó una pestaña con seriedad. No era que no estuviera al tanto de los horribles eventos que tenían lugar alrededor de la SDF-1; era sólo que no podía hacer nada sobre ellos salvo aclarar su mente y cantar lo mejor posible.

Hubo un golpe tímido en su puerta y tres visitantes entraron.

-Hola, Minmei -dijo una voz áspera pero amistosa.

Minmei sonrió en su espejo al reflejo de Bron y de los otros dos espías zentraedis.

-Nosotros entendemos la presión bajo la que estás, Minmei -empezó Rico.

-Ir a la batalla puede ser muy, em, extenuante -agregó Konda atentamente.

-Nosotros sólo queríamos que supieras que estamos contigo al cien por cien y que sabemos que puedes hacerlo -dijo Bron, ruborizándose. Los otros asintieron enérgicamente.

-¡Oh! -ella se dio vuelta y se puso de pie. Había hablado con ellos unas pocas veces, hasta incluso en las audiencias y reuniones oficiales.

Pero ella sentía una familiaridad con ellos, un lazo de empatía. La canción los había hecho dejar atrás todo lo que ellos conocían, los hizo arriesgarse a lo desconocido y comprometerse a una nueva vida, aunque esa vida contuviera peligros y enigmas aterradores. En eso se parecían mucho a la propia Minmei.

-Gracias Konda, Bron, Rico. Son muy amables -ella le tendió las manos, palma con palma.

Konda le envolvió las manos con las de él y los otros dos apilaron las suyas encima con suavidad.

-Ustedes tres son hombres tan maravillosos.

-Minmei -llegó la voz del director de escena-. Dos minutos.

Besó a cada uno de ellos en la mejilla y salió en un remolino de largo cabello color cuervo.

En vez de los asientos del anfiteatro Tazón de Estrellas, o de una pared de vidrio que luciera como una casilla diseñada para un estudio de grabación, Minmei y su banda se enfrentaron la gran expansión cóncava de un mirador. La nave de guerra enemiga estaba desplegada ante ellos. Debajo estaban las instalaciones superiores de la fortaleza de batalla, y más allá de la proa, la curva de la destruida Tierra.

Las naves de combate salían en enjambres de la súper fortaleza dimensional y las naves de guerra de la armada de Breetai se estaban formando alrededor y detrás esta; los furgones de batalla y las naves capitanas iban la cabeza para un primer impacto exitoso o

morir en el intento.

Las cámaras y los micrófonos apuntaron a Minmei mientras ella buscaba su marca en el escenario. Había decidido usar una falda entera simple, blusa y una cinta dorada atada en la garganta.

-¿Cuál... cuál va a ser tu apertura? -Vance Hasslewood, su representante, se rió con nerviosismo y se secó la frente con su pañuelo.

-¿Qué tal 'Mi novio es un piloto'? -bromeó débilmente el bajista.

-No -dijo ella con firmeza-. Haremos la nueva.

Apenas la habían ensayado; ella la había completado apenas dos días antes. Hubo un coro de objeciones de casi todos, pero ella levantó el micrófono y habló con firmeza.

-Este es el momento para esa canción.

Ahora o nunca.

Los mechas de los cuerpos tácticos y de defensa civil habían salido sobre las cubiertas de la fortaleza de batalla y de los portaaviones. Con sus armas masivas sumadas a las torretas y a los cañones de la SDF-1, el poder de fuego defensivo de corto alcance quedaba más de triplicado.

Los aviadores de la RDF escucharon en la red de mando cuando surgió la voz de Gloval, ahí donde los VTs se iban formando a medida que las catapultas los lanzaba al espacio.

-Atención, todos los pilotos de cazas. Una vez que entremos en la zona de enfrentamiento, habrá un total silencio de radio bajo todas las circunstancias. La canción de la señorita Minmei, y sólo eso, se transmitirá en todas las frecuencias. Como se les informó, esperamos que eso distraiga al enemigo y nos dé la ventaja. Nosotros debemos hacer uso máximo de este elemento sorpresa. Buena suerte a todos ustedes.

Rick escuchó a Gloval y bajó la visera de su casco. El escuadrón Skull iba a volar los pocos VTs blindados que la gente de fabricación y los técnicos habían podido poner en funcionamiento. Eso significaba que Rick, Max, Miriya y los demás saldrían al frente

del ataque. Eso era mejor no pensarlo.

En su corazón le deseó el bien a Minmei y después guió al escuadrón Skull hacia fuera.

Cuando el cono del reflector brilló sobre ella, miró la cámara y levantó el micrófono como señal. En el cuarto de control, su imagen estaba en todas las pantallas desde muchos ángulos.

Life is only what we choose to make it,
Let us take it,
Let us be free.

Rick encendió los propulsores de su nave. Los vórtices azules de sus toberas ardieron y chillaron. Los VTs blindados dejaron senderos de luz al saltar dentro de la oscuridad. Los escuadrones VT convencionales siguieron después.

Los trimotores, los pods y los otros mechas de Breetai se prepararon para seguirlos. Gloval y el zentraedi tomaron la sabia decisión de no mezclar sus fuerzas; en el calor de batalla los pilotos humanos iban a pasar un mal rato al tratar de leer las señas de las unidades extraterrestres y decidir si era amigo o enemigo. Era probable que la insignia de la RDF que agregaron a los apurones en los trimotores y pods no se divisara a tiempo.

En la estación de mando de su nave capitana, Breetai estaba parado con los brazos cruzados sobre su pecho, una pose característica, mientras miraba fijamente un rayo proyector. Como había admitido hace tanto tiempo, la voz de ella era una voz que exprimía emoción de cualquier corazón. Quizás el curso de este momento había quedado fijado cuando la oyó por primera vez.

-Milord, las naves de Dolza están captando esta transmisión -un técnico retransmitió la noticia.

Él asintió mientras miraba y escuchaba a Minmei.

We can find the glory we all dream of
And with our love

We can win!

Su nave capitana tembló cuando sus motores se encendieron a máxima potencia. Las filas delanteras de la armada avanzaron a velocidad media, ganando lentamente velocidad. La SDF-1, en modo de ataque, también aceleró en medio de ellas; sus propulsores traseros ardieron y la convirtieron en una fantástica marioneta blindada de guerra.

La Gran Flota permanecía en órbita debajo de ellos, aparentemente paralizada, pero todavía envolviendo a la Tierra.

La alianza humana-zentraedi saltó sobre ella.

-¿Qué es eso en nuestros monitores? -gruñó uno de los oficiales de comunicación de Dolza, con su voz áspera y gutural.

Su subordinado casi no pudo desviar su atención de la canción para contestar. En cualquier otro momento, tal distracción cuando un superior hacía preguntas habría acarreado un castigo rápido y terrible, pero los dos estaban hipnotizados por Minmei.

If we must fight and face defeat
We must stand tall and not retreat.

-No lo sé, señor -el subordinado se agitó un poco y contestó-, pero lo recibimos en todas las frecuencias.

Después los dos se quedaron mirando con fascinación, ignorando el destello de los indicadores y las señales de los tonos de comunicación.

-Estamos dentro del alcance de disparo -dijo Vanessa secamente-. No se detecta ningún contraataque.

-¡Está funcionando! -gritó Exedore mientras miraba la batalla al lado de Gloval.

-Aquí vamos -dijo Gloval con serenidad-. Todas las naves, abran fuego.

En esa primera descarga gigantesca, el problema principal de la fuerza de ataque fue no golpear a sus propios cazas o que sus salvos de cañón no destruyeran sus propios proyectiles en vuelo. Pero los zentraedis estaban acostumbrados a esa clase de problema y el control de los disparos se había integrado cuidadosamente con los sistemas de la SDF-1.

Fue un impacto casi tan dañino como el del Gran Cañón; millones de zentraedis que miraban boquiabiertos la actuación de Minmei murieron en segundos.

Las alarmas se dispararon. Los pocos oficiales de la Gran Flota que pudieron desviar a la fuerza su atención de las pantallas no recibieron ninguna respuesta de sus tropas, a no ser que se los atacara físicamente.

Como a pesar de todo muchos de los tripulantes de la Gran Flota comenzaron a notar las alarmas, Minmei hizo una pausa en su canción; la banda siguió tocando de fondo. Una figura alta y oscura entró a la luz del reflector junto con ella.

Lynn Kyle tenía una mirada de ardiente intensidad. Su largo pelo negro lacio se arremolinó alrededor de él; después tomó la mano de Minmei.

-Minmei...

-Sí, Kyle; lo sé -ella recitó su línea-. Has venido a decir adiós.

-Sí.

Minmei no estaba precisamente segura de dónde habían salido las líneas; todo fue tan apurado, tan improvisado. ¿No eran de una de las películas que los dos habían protagonizado? Pero Kyle estaba poniendo en ellas más de lo que había logrado alguna vez en la pantalla. Él la había visto correr detrás de Rick. ¿Qué estaba pasando por su mente?

No importaba. Él la tomó en sus brazos. Ella levantó su rostro hacia él. La cámara pasó de una toma dividida de sus cuerpos

presionados a un primer plano de un largo beso apasionado; Kyle ya no actuaba.

En la Gran Flota, los guerreros extraterrestres gimieron e hicieron sonidos de asco.

-¿Cómo pueden hacer eso?

-La cosa más repugnante que yo haya...

Pero había algo en eso que les impedía desviar la vista, un encanto aterrador. Debe agregarse que entre las unidades femeninas, como las quadronos, hubo más fascinación y menos repulsión que entre los varones.

Pero en toda la flota orbital los gemidos, gruñidos y otras reacciones al beso, se tornaron en chillidos de alarma y dolor cuando la descarga de la alianza atravesó las naves enemigas, las agujereó y las hizo volar.

Rick vio el beso en una pantalla de despliegue.

Adiós Minmei -pensó sin maldad.

-¡Vamos a atraparlos! -rugió en la red táctica a continuación.

Alguien debió haber logrado cortar la transmisión de Minmei en por lo menos algunos mechas de la Gran Flota. Había muchas naves efectivas, más que muchas.

Los VTs blindados del escuadrón Skull apuntaron al enemigo y soltaron los bombardeos de misiles, se abrieron camino en las pantallas defensivas de pods y trimotores de la Gran Flota por medio de la lucha. Las armaduras propulsadas quadrono también atacaron a los VTs, menos eficaces ahora que Miriya ya no las lideraba. Miriya evitó enfrentarse a ellas.

Los VTs cambiaban la configuración según las necesidades del momento; los modos battloid, guardián y veritech se entremezclaban. Los pods y los trimotores se mezclaban con ellos y

abrían fuego. El espacio fue una gran tierra de matanza.

Los VTs blindados eran más rápidos y más maniobrables que ninguna otra cosa en la batalla, además de estar mejor armados. Ellos calaban las formaciones enemigas abriendo brechas para que el resto de la fuerza de ataque tomara ventaja.

El escuadrón Skull parecía estar por todas partes, intocable e inevitable. Muchos, muchos zentraedis vieron su insignia Jolly Roger -la calavera y las tibias cruzadas- y murieron momentos después. Los cañones automáticos zumbaron como sierras; los misiles brotaron dejando senderos hirvientes. Pero por cada enemigo caído, tres más se apuraban a intentar sellar el hueco.

It's love battle we must win.

We will win.

We can win!

Ahora la distancia era cercana. Alrededor de la concavidad en la que actuaba Minmei, los mechas de la nave abrieron fuego. El cañón destroid en particular liberó sorprendentes volúmenes de fuego. Todas las baterías que la nave poseía -salvo la monstruosa arma principal, cuya demanda de energía podía haber dañado a la SDF-1- estaban trabajando horas extras.

Las pérdidas de la Gran Flota en los primeros momentos de la batalla fueron horribles, pero su número todavía le daba un inmenso margen, y algunas de las naves enemigas devolvían los disparos. La SDF-1 y los cañoneros de la armada siguieron adelante disparando en todas direcciones. Los mechas enemigos estaban empezando a llegar hacia las embarcaciones más importantes de la alianza, a pesar de los mejores esfuerzos de los VTs, los pods, los trimotores y las armaduras propulsadas de la armada.

Pero lentamente, casi por centímetros, la fuerza aliada se acercaba más al cuartel general de Dolza.

Max y Miriya eran como ángeles vengadores, más allá de cualquier poder mortal que los resistiera o detuviera. Todo lo que un piloto enemigo podía hacer si se encontraba con el VT blindado de visos rojos o azules, era resignarse a la muerte.

Rick tenía parte de su equipo de comunicación y de guía

sintonizado para que encontraran signos de vida en la Tierra, en especial de la Base Alaska. Si hubiera cualquier signo de vida...

Un crucero liviano intentó pasar a los VTs para ir hacia la SDF-1. Él se le acercó y soltó un torrente de artillería mixta que apuntó a los puntos vitales que los desertores le habían señalado a la RDF.

El crucero devolvió los disparos y Rick decidió que ese era un encuentro que él no iba a sobrevivir. Pero de pronto el crucero se expandió; la coraza salió volando como la cáscara de un melón que revienta, y la embarcación y su tripulación quedaron hechos átomos.

Tan violenta fue la explosión que Rick se distrajo al tratar de evitar que lo dañara. Cuando volvió a mirar alrededor, vio que un trío de battlepods le habían lanzado múltiples cantidades de proyectiles y que no había ninguna esperanza en absoluto de esquivarlos a todos.

Eludió algunos, bloqueó algunos de los sistemas de guía de los otros, eliminó algunos... y la armadura especial del VT lo protegió de varios golpes.

Pero todavía había más para que lo atacaran. Se encogió en modo battloid para intentar escudarse, pero de todas formas recibió varios en el estómago. La armadura VT era buena, pero no tan buena.

El battloid dañado dejó una estela de llama detrás de él, giró y dio volteretas hacia la Tierra, hundiéndose inerte.

Capítulo 19

Cuando estás empujando ese sobre en la esquina superior derecha y se te aparece la estampilla "CANCELAR", te pones a pensar mucho.

Recopilación de los registros del almirante Rick Hunter.

La luna creciente desfilaba bajo sobre el horizonte; ahora el paisaje de Tierra hacía que los dos cuerpos parecieran gemelos.

Comparado con la descarga que devastó la Tierra, los rayos y las balas perdidas de la batalla colosal eran apenas disparos distantes de francotirador. Pero bastaban para sacudir una Base Alaska que ya estaba mortalmente herida.

La boca despedazada de lo que una vez fue el Gran Cañón ya estaba rodeada de raros fenómenos de energía. De las tremendas fuerzas que soltó el Gran Cañón y de la interacción que ellas tuvieron tanto con los campos locales como con la furia de la lluvia de muerte enemiga, saltaron descargas crujientes, esferas errantes de relámpagos y nexos de radiación que parecían luciérnagas.

-Sector de Defensa de la Tierra cuatro-alfa, conteste por favor - Lisa gritó en el micrófono de su auricular mientras la habitación se sacudía -¡Esta es la Base Alaska!

La base tembló otra vez, haciendo caer polvo y escombros del techo. Los disparos perdidos de la batalla y la rebelión del propio planeta contra las cosas obscenas que le habían hecho, causaban los temblores. Pero también venían del interior de la base. La instalación estaba muriendo; pero por lo que Lisa podía leer en sus instrumentos, no iba a ser una muerte lenta y tranquila.

Ella no encontró a nadie más con vida en la base. Le habían

ordenado que investigara un fallo técnico en una subestación resguardada de retransmisión de comunicaciones; estaba allí cuando los fuegos artificiales cósmicos comenzaron. Alguien podía creer que ser la última sobreviviente en un sepulcro subterráneo era un golpe de suerte, pero no Lisa.

Luchó para impedir que su voz y su valentía se quebraran cuando intentó otra llamada. Se mantuvo fija en el trabajo que tenía para olvidar las cosas horribles que ella vio, olió y con las que se vio obligada a entrar en contacto al tratar de volver a su puesto.

El lugar estaba casi oscuro, iluminado sólo por las tenues luces rojas de emergencia. El débil flujo del sistema de energía de reserva apenas era suficiente para mantener andando su consola. Había mucha energía en la base; la energía se apiñaba para formar una tormenta de una fracción de segundo, pero Lisa no podía usarla para nada.

-Es inútil. Todos han muerto -dijo aturdida. Se preguntó cuánto tiempo iba a sobrevivir, la única criatura viviente en la ciudad de los muertos, quizás el único ser humano vivo.

Esperaba que no mucho.

Abruptamente, líneas multicolores de la estática ondularon en su pantalla y el rostro de su padre apareció, se cortó por la interferencia, y volvió a reaparecer.

-¿Eres tú, Lisa? Te escucho, pero la transmisión es muy débil.

-¡Gracias a Dios estás vivo! -soltó una larga exhalación.

Pudo ver que él todavía estaba en la estación de mando. Unas cuantas figuras se movían en la oscuridad detrás de él, iluminadas por las ocasionales llamaradas de estática o los cortocircuitos eléctricos. Así que otros se habían salvado de la conmoción, de las explosiones y de la contaminación del aire, los fuegos, el humo y la radiación.

-El Gran Cañón quedó muy dañado -admitió él-. No creo que dispare otra vez, pero tenemos que intentarlo.

-Oh, padre.

-Parece que tenías razón todo el tiempo -sonrió débilmente-. Las fuerzas zentraedis son muy poderosas para que las manejen nuestras armas. Debí haberte escuchado.

Otra ola expansiva sacudió la base.

-¡Lisa, tienes que salir de aquí ahora! -dijo el almirante Hayes.

¿Salir? ¿De qué estaba hablando? La superficie era una cámara de ejecución radiactiva alfombrada con vidrio fundido de kilómetros de diámetro. Estaba a punto de decírselo, de ir adonde estaba él, de morir con él, porque ella sabía que iba a morir ese día.

Antes de que pudiera hablar, hubo una clase de erupción detrás de él en equipo base del Gran Cañón. La pantalla se desintegró en una distorsión del color del arco iris y después se oscureció.

-¡No! -ella se tiró sobre la consola. Después cayó al suelo dominada por los sollozos, mientras los gemidos de la planta de poder de la base crecían cada vez más para un terrible estallido final.

-Padre... padre...

As the battle draws on, we feel stronger,
How much longer must we go now?

Rick reconoció la voz enseguida, incluso en la confusión en la que había quedado por los golpes de los misiles. Parpadeó y vio la Tierra girando ante él. Su sensación de vuelo le dijo que su nave estaba girando y cayendo hacia el suelo; sus propulsores apenas podían desacelerarlo. Estaba dentro de la gran bola de fuego de un meteorito.

¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

Después lo recordó. Cuando ganó un poco de control sobre sí mismo, su VT tomó los impulsos de los receptores de su casco e hizo lo mismo.

¡Tengo que ir a modo F!

Los sacudones y los giros de la picada le hicieron difícil alcanzar la palanca. Sabía que si la nave no hubiera hecho un mínimo intento de controlar la caída, él probablemente nunca se habría despertado.

Esa fue la cosa más difícil que había hecho en su vida, pero puso su mano en la palanca F y le dio un tirón. Los sistemas de control de daño en su nave robotech tomaron las decisiones, y soltaron la armadura y las cápsulas con las que la habían reformado. De algún modo, también echó los componentes que se estaban incendiando.

El battloid se dobló, se alargó aquí, se acortó allá -mecamorfoseó. Y en un segundo, un suave VT convencional montó el aire que se estaba espesando y se dirigió a la Tierra.

Parece estar funcionando bien -pensó-. Quizá no me golpearon tan fuerte como pensé.

La nave asumió automáticamente una altitud de golpe en la panza para la reentrada atmosférica. La velocidad de su descenso enrojeció un poco su escudo ablativo, encendiendo el aire alrededor de él.

¡Uy! ¡Mejor activo los escudos de calor!

En un segundo se deslizó encima de la carlinga una burbuja protectora de armadura termo-refractaria que llevaba la insignia Jolly Roger de los Skulls. Otros componentes vulnerables quedaron igualmente protegidos. El calor de la cabina empezó a bajar enseguida y Rick intentó evaluar su situación.

Todavía estoy vivo -eso cubría casi todo el material importante que le interesaba a la mayoría de los pilotos.

Minmei todavía estaba cantando. Él recordó aquellas últimas palabras que había intercambiado con ella en su habitación cuando las sirenas llamaron a un lanzamiento masivo de VTs.

Puedes hacerlo, Minmei. Sólo recuerda: Hoy cantas para todos.

Pero... quiero que lo entiendas, Rick. En realidad voy a cantar para ti.

Y después ella le dio un beso que él sintió hasta los dedos de los pies, un beso que le hizo sentir que no necesitaba un VT para volar.

Yo te amo -le dijo él a ella.

Yo te amo -dijo ella.

Pero en realidad era adiós, y los dos lo sabían.

Él se deshizo del recuerdo; esa clase de paseo por la senda del recuerdo era lo que mataba a los pilotos. Había entrado profundamente en la atmósfera; su VT se frenó, aparentaba responder bien. Él desaceleró, llevó las alas al barrido mínimo y replegó el escudo de calor para mirar alrededor. La noche cubría el páramo y las nubes se cerraban en lo alto.

En primer lugar intentó deducir por qué el VT estaba descendiendo, por qué parecía estar enfocado en algo. Después notó que el sistema de comunicaciones había captado una señal y

recordó que él le había dado una tarea precisa.

Hizo una pasada sobre la superficie asolada y trató de conseguir una señal más fuerte. El horror absoluto de lo que le habían hecho a su planeta hizo que fijara su mente en su trabajo, y sólo en eso. Su equipo de comunicación recogió unas emisiones en la frecuencia que le designó.

Se volvió y ladeó, subió a través de la noche humeante. Estuvo maniobrando un minuto, después dos y como por arte de magia salió premiado con una señal que entró a la perfección.

-Repito: soy la comandante Hayes, Base Alaska. Alguien que reciba esta transmisión, por favor responda.

Había una nota de miedo en su voz que él nunca antes había oído. Algo en eso le demostró a la fuerza lo importante que ella se había vuelto para él.

Adiós, Minmei.

Estaba tan ansioso por contestar, por decirle que él estaba allí, que abrió su transmisor y tartamudeó, ignorando todo el procedimiento apropiado.

-¡Lisa! ¡Lisa, soy yo!

-¿Rick? -lo dijo bajo, como una oración. Después siguió con fuerza-. ¿Rick, realmente eres tú?

-¡Sí! ¿Estás bien?

Ella de repente pareció deprimida.

-Sí, pero creo que soy la única.

-Lisa, dame tus coordenadas. Envíame una señal de rastreo.

Ella esperó un latido antes de contestar.

-No, Rick; es demasiado peligroso. Pero gracias.

-¡Maldita seas! ¡Ya tengo fijada tu señal y ahí voy! ¿Ahora, me ayudarás o no?

Ella no dijo no, pero no dijo sí.

-Además -dijo él con gallardía-, ¿qué es un poco de peligro para nosotros? Te sacaré de ahí de inmediato.

Él deseó haber tenido su largo echarpe blanco de vuelo para poder echarlo airoso sobre su hombro.

De pronto apareció una señal de rastreo.

-Rick, estoy tan contenta de que seas tú -dijo con una voz tan íntima como una serenata silenciosa-. Ten cuidado, ¿está bien?

Poco después el VT picó directamente por el tiro del que una vez fue el Gran Cañón. Pasó de caza a guardián. Las olas de calor que subían lo sacudieron y padeció una radiación que habría asado a un ser humano indefenso al instante.

We shall live the day we dream of winning
And beginning a new life
We will win!
We must win!

Ya la había cantado completa y todavía no habían pasado muchos minutos desde que Minmei comenzó su canción, aunque le tomó más tiempo debido a la escena que interpretaron con Lynn Kyle. Sin embargo, Khyron el Traicionero lo sabía, el universo y la guerra en particular arremetían contra tales minutos.

Estaba parado en su nave capitana observando la lucha, fuera de la batalla pero dentro de la distancia de ataque. La falta de protocultura suficiente para escapar del sistema solar lo había obligado a producir un nuevo plan, y el plan parecía más prometedor a cada momento.

Grel, su segundo al mando, miró a Khyron con angustia. Khyron no mostró aversión al canto ni al beso. Su rostro atractivo brillaba, sus ojos estaban iluminados con un destello que Grel había visto ahí cuando Khyron usaba las hojas prohibidas de la flor de vida.

-¿Cuál es su plan ahora, milord? -se aventuró Grel.

-Mmm. Linda cosita -Khyron todavía miraba a Minmei.

-¿Qué? -Grel no pudo evitar estallar.

Khyron lo miró con frialdad.

-Consígueme la posición de la nave capitana de Breetai -después volvió a sonreír soñadoramente hacia la imagen de Minmei del rayo proyector.

Grel no supo qué decir y, además, sabía que decirle la cosa equivocada al Traicionero había cortado un gran número de carreras prometedoras. Pero no pudo evitar hablar bruscamente.

-¡Pero milord! ¡Breetai es uno de nosotros! No puede hacer es...

Khyron giró hacia él con una rabia asesina.

-¿Cómo te atreves? ¡Seguirás mis órdenes o ya verás!

Grel se puso muy pálido y se apuró a obedecer. Khyron volvió a disfrutar de la canción.

Pero su goce era siniestro. Sintió un lánguido placer físico cuando concluyó que por fin tenía una clara interpretación de la verdadera definición pura de conquista; era algo más placentero, si estaba en lo correcto, que todas las victorias, botines y mundos que los zentraedi hubieran tomado alguna vez.

En segundos, la nave capitana de Khyron se puso en camino, seguida por la diminuta flotilla de aquellos que todavía le eran fieles.

Las personas de la casilla de control, e incluso los miembros de la banda, se preguntaban por lo bajo: ¿Minmei no debería cantar otra canción?

En medio de la batalla más importante de su carrera, Gloval se había tomado el tiempo para dar la orden en persona: ¡No! ¡Esa canción, esa canción era la indicada!

Con la voz de Minmei sonando en cualquier lugar donde el azote de la batalla no hubiera silenciado los altoparlantes, la SDF-1 arremetía cada vez más profundo en la Gran Flota. Afuera, sobre las cubiertas y las paredes externas, los disparos enemigos le estaban pasando factura a los mechas de ataque expuestos, pero los tripulantes de las máquinas de guerra seguían disparando con intensidad.

La armada de Breetai también había sufrido mucho, pero no había frenado.

-¡Mantengan todos los niveles de potencia al máximo! -bramó mientras los sistemas y las canalizaciones de energía estallaban a su alrededor.

Su nave capitana, sus escoltas y la SDF-1 avanzaron; su enorme volumen de fuego y el resto de la armada que arremetía como una cuña buscaron su camino a través del enemigo desorganizado.

Las aplastantes descargas que se intercambiaron eliminaron muchos de los cazas y mechas de ambos bandos; la mayor parte de

lo que quedó había salido del camino de la batalla.

-¡Infierno o gloria! -gritó Azonia, sosteniendo su puño en alto, cuando llegó para apuntalar el apabullado flanco izquierdo de la alianza. Sus fuerzas se lanzaron a la batalla con un entusiasmo fanático.

Los fieles a Dolza saltaron hacia ellas con una similar sed de muerte y triunfo.

Dentro de la SDF-1, un golpe directo perforó la bodega en que se ubicaba Ciudad Macross. De inmediato la atmósfera salió rugiendo como un gran río y más misiles penetraron en la bodega para anotar golpes directos en las calles de la ciudad. Las cortinas acorazadas y las secciones de sellado pronto se colocaron en su lugar pero, pese a eso, la ciudad sufrió un daño doloroso. Ya la habían reconstruido media docena de veces, y se estaba convirtiendo en escombros otra vez con rapidez. Las pérdidas de vida fueron relativamente bajas porque la mayoría de los habitantes estaba en servicio de emergencia en otro lugar y casi todo el resto estaba en los refugios.

Justo antes de que la última cortina se ubicara en su lugar para sellar el compartimiento y permitirle represurizar, un último proyectil enemigo pasó zumbando por el hueco. De casualidad golpeó un refugio y la carnicería que se produjo fue algo que no pertenecía a un universo sensato.

El personal de reparación y rescate, y los equipos médicos quisieron que la nave se detuviera para que tuvieran tiempo para hacer su trabajo. Gloval se mordió el labio inferior pero se negó; quizás todo lo que quedaba de la humanidad estaba a bordo de la SDF-1, y si no se aplastaba a Dolza ahora, en ese momento, ninguno de ellos iba a sobrevivir.

La petición fue denegada. La batalla siguió su furia. No era la

primera agónica vez que Gloval se había sentido como un villano.

Capítulo 20

Aparte de Gloval, muy pocos de nuestros militares superiores parecen entender la clara verdad: los zentraedis en realidad no entienden la robotecnología. La usan sin comprender cómo funciona, al igual que muchos humanos usan la televisión, los dispositivos láser o el avión, sin la menor idea de lo que hace funcionar esas tecnologías. Los enigmáticos Amos Robotech le dieron las armas y el equipo a los zentraedis. Su control sobre los zentraedis se debe, en parte, a la propia ignorancia de los gigantes.

Esto significa que los zentraedis son vulnerables en la medida que en que estén desprevenidos.

Dr. Emil Lang, Grabaciones y notas técnicas

Más agitaciones sacudieron los corredores subterráneos de la Base Alaska, como un terrier podría sacudir a una rata entre sus dientes. Los enormes soportes se quejaron y los techos soltaron una lluvia de polvo de piedra.

El guardián Skull voló a través de ella, maniobrando en un espacio muy limitando para evitar las explosiones de los conductos de energía y las redes eléctricas rotas. Rick detuvo abruptamente la nave encendiendo los propulsores de los pies para no chocar con una puerta-escudo gruesa que cerraba el formidable corredor.

Pero no estaba de humor para que lo detuvieran. Bajó una torreta de rayos láser facetados y apuntó con la retícula de la mira del arma. El temible poder del cuádruple cañón hizo fluir blindaje en riachuelos, pero no tan rápido como esperaba. Redujo sus ambiciones y probó con una apertura de tamaño humano en lugar

de una tamaño VT.

En unos segundos cayó de la puerta-escudo un tapón redondo de armadura de sesenta centímetros de espesor y dejó una compuerta provisional. Rick dio órdenes con los controles y con las imágenes mentales; el guardián se inclinó y su nariz tocó el piso del corredor para que él pudiera bajar.

Él la oyó apenas llegó a la abertura enrojecida humeante.

-¡Rick! -Lisa lo estaba esperando pacientemente al final del corto y pequeño pasadizo conectivo.

Él tuvo ganas de caer de rodillas por el alivio y... algo más. Pero no había tiempo para eso, por lo tanto se sacó su espeso y desobediente pelo negro de los ojos, y le hizo una seña con las cejas.

-¿Usted es la dama que solicitó el taxi? Yo soy su hombre.

Ella se rió tiernamente y asintió.

-Ya era hora -corrió hacia él, riéndose. Él la tomó en sus brazos y la hizo girar.

En otros pocos segundos estuvieron en la cabina del guardián, Lisa sentada sobre el regazo de él, Rick intentando concentrarse en su vuelo. Unos extraños fenómenos de energía relucían y se disparaban en los alrededores, formando un parque zoológico sombrío de rasgos mortales fugaces. Unos relámpagos purpúreos trataron de atraparlos y unos rayos verdes rebotaron de muro a muro. Las paredes del pasillo reventaron, lo que arrojó pedazos de armadura hechos tiras como si fueran trozos de hojas.

-¡El reactor se está sobrecargando! -gritó ella sobre el fragor.

Rick recorrió el curso con obstáculos débilmente iluminado; la cabeza de Lisa estaba enterrada contra su pecho en caso de que la carlinga estallara. Después de varios siglos de dar vueltas y derrapar por el laberinto de la Base Alaska, el guardián regresó al tiro vertical de lo que menos de una hora antes había sido la mayor arma de la Tierra.

La última capa de naves defensivas quedó dividida por la irresistible

cuña de la fuerza aliada. El cuartel general de Dolza pendía ante ellos como una abultada fruta madura colgando en el aire.

Pero Dolza no salió corriendo; ese no era el método de un verdadero guerrero zentraedi, y Dolza encarnaba el código de guerra zentraedi. Fue como Breetai pensó que sería. El cuartel general del tamaño de una luna vino directamente hacia sus enemigos, rodeado por todas las embarcaciones escoltas que se podían reunir alrededor de él.

-El objetivo se está acercando -informó Vanessa.

-Todas las unidades en posición -dijo Kim.

-Blanco dentro de alcance. En espera, todas las baterías -dijo Sammie en su micrófono.

-Todos los cazas de la escolta, rompan contacto y ataquen el objetivo de inmediato -ordenó Claudia. Hizo una pausa para mirar rápidamente el cuartel general. Su forma, su línea y la apariencia de su textura le recordaron mucho una montaña espacial que caía directo hacia la SDF-1, lista para aplastarlos a ellos y a los zentraedis que se hicieron amigos de la humanidad; lista para aplastar todo en su camino como siempre había sido la manera de los zentraedis.

La cara de Claudia se endureció con serias líneas de enfado.

No esta vez -pensó en su amante asesinado, Roy Fokker, y en todos los otros que habían muerto en la guerra inútil-. ¡Pero no esta vez!

-Ahora, capitán -dijo Exedore con suavidad, todavía tras el hombro de Gloval.

Fue como si alguien hubiera puesto corriente a través de Gloval.

-¡Abran fuego! -ladró.

La SDF-1 disparó de nuevo en todas direcciones; usaron el poder que acumularon con cuidado en una proporción temible. El momento llegaba al final de la batalla, aunque sólo habían pasado minutos.

Las naves de la armada de Breetai se desparramaron a los lados para enfrentar al enemigo o prestar apoyo cuando pudieran. La última misión era sólo de la fortaleza dimensional; ninguna otra nave podía realizarla ni podría acompañar a la fortaleza.

Los propulsores del gigantesco cuerpo guerrero resplandecieron

para ajustar la actitud y la SDF-1 atacó de frente al fuerte de Dolza.

-¡Prepárense para embate! -bramó Gloval, y se dieron las órdenes. Los motores sacudieron la gran nave y la pusieron en una picada mortal.

Los dos grandes botalones que sobresalían sobre la cabeza de la nave se alinearon directamente hacia la montaña espacial que era el cuartel general de Dolza, el centro de nervioso de la Gran Flota. Los botalones eran las partes separadas del arma principal y las estructuras reforzadas que, a excepción de los gigantescos motores, eran las partes más fuertes de la nave. Y alrededor de sus puntas brillaban los campos verdosos de una barrera de defensa limitada, que los hacían casi indestructibles.

La SDF-1 se zambulló dentro de su objetivo; la gente de las operaciones técnicas de Dolza, preparada para un disparo a quemarropa, se dio cuenta de cuál era la intención de la fortaleza dimensional en el último y horripilante momento. Para ese entonces ya era demasiado tarde.

No habían pensado que los iban a embestir; ninguna otra embarcación podía hacerlo. Ni siquiera la nave capitana de Breetai podía causarle algún daño a la base de Dolza; era como si un niño chocara un automóvil de juguete en Gibraltar.

Pero esa era la última creación de Zor, una máquina que incorporaba gran parte de lo que aprendió sobre la protocultura y los secretos de la robotecnología. Los botalones pasaron por la armadura espesa del satélite como si fuera queso blando. La SDF-1 fue como una estaca enorme que se clavaba en el corazón de la Gran Flota.

Una vez que la fortaleza dimensional estuvo dentro de las capas exteriores de las placas de armadura del cuartel general, la estupenda nave de Dolza fue aun más vulnerable. Los tabiques quedaron aplastados como papel de aluminio; los componentes estructurales chasquearon como palillos. Los escudos de la barrera dirigida se hicieron más luminosos pero aguantaron.

Un océano de aire empezó a manar del cuartel general y las muertes comenzaron en el acto. Las uniones de corriente y los cables de energía, cortados o aplastados, lanzaron serpientes retorcidas de electricidad y relámpagos de protocultura al aire

aligerado, y serpentearon a lo largo de los tabiques y las cubiertas.

La SDF-1 puso sus poderosos brazos, los portaaviones Daedalus y Prometheus, en acción. También reforzaron sus proas cubriéndolas con los escudos de la barrera dirigida. La nave se apuró como un gigante abriéndose camino con los puños a través del castillo enemigo, destruyendo todo lo que estaba a su paso; sus propulsores la convirtieron en una fuerza irresistible.

Los zentraedis giraban como partículas de polvo en las tremendas corrientes atmosféricas que los succionaba hacia la abertura que hizo la SDF-1. Ellos murieron en las explosiones, quedaron desmembrados, pulverizados, aplastados como jalea o empalados por los escombros que volaban.

Minmei seguía cantando en medio de todo eso. Sabía que la canción ya no era parte de ningún ataque sorpresa, pero sentía que si se detenía podía causar un alto desastroso en el desesperado ataque. Era como si su canción fuera lo que hacía que todo pasara; era una forma de magia que ella no podía detener en medio del conjuro.

A continuación la fortaleza dimensional abrió fuego con las armas convencionales. Láser de rayos X y conductos de misiles, cañonazos y rayos pulsados golpearon todo lo que estaba frente y alrededor de ellos. El camino de la nave a veces se oscurecía por la combinación demoníaca de llama y explosión que lo rodeaba.

Minmei miraba anonadada la gran extensión del mirador y cantaba, al mismo tiempo que se preguntaba si el universo estaba a punto de acabar. Porque así parecía desde dónde estaba parada.

Pero un poco después la SDF-1 irrumpió en un inmenso lugar abierto, tan rápido como el descender de una cortina. Detrás de ella quedó un túnel de placas de aleación con su boca de borde dentado doblada hacia adentro. Los zentraedis miraban boquiabiertos como flotaba en el vasto espacio interior del cuartel general.

Gloval sabía que la elección del momento adecuado tenía que ser instantánea y perfecta, y no perdió tiempo en preparativos.

Todavía había varias embarcaciones enemigas dentro de la gigantesca base, algo que Gloval esperaba no sucediera. Pero estaban estacionarias, incapaces de maniobrar o de abrir fuego por lo menos durante unos segundos más, quizás medio minuto. En una

batalla como esta, eso era una eternidad.

-¡Prepárense para ejecutar la descarga final! -gritó y la tripulación de su puente se encorvó para hacer su trabajo-. ¡Después den máximo poder al escudo de barrera!

Se abrieron los puertos de los misiles para liberar la última salva que la SDF-1 podía disparar, el intento de puñetazo ganador que Gloval guardaba para este momento. Los misiles más pesados de la fortaleza -los misiles deca, que tenían el tamaño de los antiguos ICBM, y piledrivers tan grandes como las bombas atómicas subterráneas-, se prepararon para disparar.

Las cubiertas de los portaaviones se abrieron como bocas de tiburones y revelaron bastidores de misiles hammerhead y bighorn.

-Alcance del blanco signado en su horno reflex principal -ordenó Gloval.

Pero Claudia se le había adelantado bastante.

-El blanco fijado, todos los misiles, señor -dijo ella.

En su puesto de mando, el temible Dolza intentaba creer lo que veía ante él.

-¿Qué están haciendo? ¡Nos destruirán a todos!

Si el horno reflex se dañara, la explosión ulterior sin dudas iba a destruir la base y todo lo de su interior, y muy posiblemente a todas las naves de ambas flotas, e incluso el planeta. Pero eso no parecía acobardar a los micronianos.

¡Esto no es guerra! -gritó Dolza dentro de sí-. ¡Es locura!

Así que las diminutas criaturas estaban deseosas de morir para evitar la vergüenza de la derrota.

¡Se parecen más a nosotros de lo que pensé! -comprendió Dolza-. Ellos tienen una fuente de fuerza que nosotros debemos aprender. ¡Qué aliados que serían en una guerra contra los Amos Robotech!

-¡Esperen! -bramó.

-¡Fuego! -rugió Gloval en el puente de la SDF-1.

Los misiles fluyeron de la fortaleza de batalla; los menores y más rápidos tomaron rápidamente la delantera y dejaron senderos blancos en tirabuzón. A los más pesados les tomó un poco más de tiempo ganar velocidad, pero pronto alcanzaron y pasaron a sus hermanos menores. Todos se orientaron en vectores surtidos hacia los hornos reflex de la base.

Pero Gloval los sacó de su mente en cuanto dio la orden de soltarlos. No había tiempo que perder.

-¡Toda la potencia a los escudos de barrera! -gritó, pero de nuevo su tripulación del puente se había anticipado.

La nave estaba estacionaria. Cada ergio de energía en su interior se encauzó hacia los escudos, produciendo primero una nube de luces chispeantes alrededor de la nave, y después una esfera verdosa que parecía un exótico adorno de Navidad.

-Escudo de barrera llegando al máximo -dijo Kim con serenidad. Después, un segundo más tarde, al mismo tiempo que los primeros misiles empezaron a detonar en el blanco, agregó-. Barrera al máximo, señor.

Las naves enemigas de la base ya estaban abriendo fuego, pero sus tiros rebotaron íntegramente en el sistema de barrera. Gloval casi no le prestó atención a esa confirmación. Tenía pocas dudas de que el escudo robotech que creó el Dr. Lang no fuera a resistir unos segundos de bombardeo enemigo. La prueba real estaba por venir.

Dolza vio que la imponente descarga dio en el blanco en la zona del horno reflex del interior de la nave y supo que iba a morir.

Incluso con la protección de sus escudos, incluso con la defensa de los valientes y desesperados capitanes zentraedis que intencionalmente pusieron sus naves en el camino de la intensa

salva, muchos misiles cruzaron para cerciorarse de que la base quedara destruida. Más que suficientes.

Los hornos reflex se agitaron y después descargaron la destrucción absoluta. Dolza, que observaba desde su puesto de mando, tuvo tiempo para un solo pensamiento.

Muchos años antes había visto morir a Zor. Zor había hablado de una visión superior que hizo que el mega genio enviara a la SDF-1 aquí, a la Tierra.

¿Zor también vio este momento? ¿Y cosas más allá de eso?

Después una terrible luz lo calcinó. Dolza aulló un feroz grito de guerra zentraedi cuando se deshizo en partículas.

El tabique interior de la base empezó a pandearse con las explosiones secundarias y la fuerza de las explosiones que atravesaban el lugar empujaron nodos de armadura superdura hacia fuera como si se tratara de masilla. La hendidura en los hornos reflex que destruyó el puesto de mando de Dolza se estaba extendiendo y emanaba una destrucción blanca cegadora.

Las naves que apenas estaban empezando a maniobrar para ponerse a salvo quedaron atrapadas y desaparecieron como incontables burbujas de jabón en un alto horno.

La base se infló como una pelota saturada y después se partió en vetas irregulares que no estaban allí momentos antes. La luz dañina brotó de ella e iluminó el cielo sobre la Tierra como una estrella.

Capítulo 21

Francis Bacon dijo que "en paz los hijos entierran a sus padres y en guerra los padres entierran a sus hijos". Cuando me enlisté, mi padre me advirtió que eso no siempre se aplicaba a nuestra familia, porque todos éramos militares. Él podría haber sentido que yo lo iba a sobrevivir, pero lo que él no previó fue que su hija iba a oír disparar salvas para un mundo entero.

Lisa Hayes, Recuerdos.

Unas nubes espesas habían oscurecido la noche de Alaska hasta la completa negrura, pero la capacidad de vista nocturna del caza le dio a Rick una vista clara de lo que estaba haciendo. El guardián oscilante sobrepasó el borde del tiro del Gran Cañón sin enganchar las puntas de las alas.

Este podría ser estar rogando por una colisión, pero Rick persistió y manejó con cuidado al caza hasta que estuvo más allá del área radioactiva destruida alrededor de la que fue la Base Alaska.

Apenas había salido del radio de la explosión cuando la Base Alaska detonó como la fantasía de un piromaniaco del Día del Juicio.

Por un rato largo voló en modo caza mientras buscaba de un lado a otro un lugar seguro sobre la Tierra carbonizada para bajar, mirando sus detectores de radiación y los sensores del terreno.

Arremetió sobre lo que, según los mapas, fue una importante base del CDTU. Pero sólo había un lecho de lago seco -un golpe directo vaporizó su agua-, y los restos de lo que una vez fue una gran ciudad. El avión empezó a saltar con fuerza y él volvió a

guardián. El lugar no mostraba signos de radioactividad o precipitación radiactiva, por lo que decidió asentarse.

Era poco antes de que amaneciera sobre un mundo humeante y oscurecido que, parecía, nunca vería de nuevo el sol.

Rick encendió los propulsores de los pies y llevó al VT hasta un errático aterrizaje deslizado. Los servos del dosel se habían freído en una de esas últimas explosiones, así que le dio un tirón a la palanca de rescate e hizo volar la carlinga.

Rick y Lisa se pusieron de pie dentro de la cabina y miraron el paisaje mutilado de la Tierra. Estaba tan marcado como la luna, con profundas fracturas y grietas. El humo rodaba hacia el cielo desde docenas de puntos de impacto y desde incendios que se prolongaban hasta el horizonte. El aire estaba caliente, espeso por el hollín y el polvo. A lo largo de una cadena de montañas del oeste parecía que había actividad volcánica. Un viento abrasador se estaba levantando.

La cosa más aterradora era que no se veía agua en ninguna parte.

Había un parche de cielo abierto, pero mientras ellos miraban las nubes se metieron y cubrieron las estrellas. Él se preguntó cómo había resultado la batalla. Por como lucía la Tierra, probablemente eso no importaba mucho.

Lisa lo miró mientras se sacaba de la cara los mechones de largo pelo castaño que el viento se llevaba.

-Gracias por sacarme de ahí, Rick -ella podía soportar morir en la superficie, en cualquier forma que la muerte pudiera tomar. Pero soportar sus últimos momentos entre los restos carbonizados y humeantes de los muertos de la base... eso habría sido más de lo que podría haber soportado.

Ella extendió su mano. Rick la tomó con una sonrisa.

-Oh, vamos. Después de todo, eso me dio la oportunidad de desobedecer tus órdenes otra vez -se dieron la mano y ella se permitió reírse sólo un poco.

-Siempre estaré agradecida -Lisa se sentó en el borde de la cabina-. Te admiro mucho, Rick.

Eso no era lo que realmente quería decirle, pero era una salida. Ese fue un avance mucho mayor del que Rick había logrado con

respecto a lo que él sentía en ese momento. A él se le ocurrió que un mundo que era una fosa común, que probablemente era cenizas humeantes de polo a polo, era un lugar extraño para profesarle amor a alguien.

O quizá no. Quizá era el mejor epitafio que alguien podía esperar dejar atrás.

Él ya había aceptado la dura lección de que la vida no valía mucho sin amor.

Casi dijo cuatro o cinco cosas diferentes, después se encogió de hombros mirándose los pies y habló con dificultad.

-Fue... fue un placer.

Un rayo de luz los hizo volverse. El sol creciente había encontrado una abertura entre las nubes para enviar largos rayos sesgados sobre las dos personas y su máquina asentada sobre el suelo. No había señales de la estupenda batalla.

-Parece que la lucha se detuvo -ella se sentía tan pacífica, tan cansada de la guerra que ni siquiera qui-so saber el resultado.

-Em, sí.

-Me pregunto si habrá alguien más por los alrededores.

-¿Ah?

Ella se dio vuelta para mirarlo.

-¿Qué tal si nosotros somos los últimos? ¿Los únicos que quedamos?

Él la miró durante largos segundos.

-Eso no sería tan malo, ¿no? -dijo suavemente-. Al menos ninguno de nosotros volverá a estar solo.

-Rick...

Él abrió la boca para decir algo más, pero hubo una explosión de estática en el equipo de comunicaciones cuando el aparato automático de búsqueda trajo el sonido en una señal que había localizado. Era una voz familiar que cantaba un rítmico himno persistente a la Tierra.

We shall live the day we dream of winning
And beginning a new life!

-¡Minmei! -gritó Lisa. No sabía si alguna vez iba a poder cambiar

sus sentimientos hacia la cantante, pero en ese momento esa voz era tan bienvenida como... bueno, casi tan bienvenida como la compañía que Lisa tenía.

-¡Ahí arriba! -gritó Rick, apuntando. Algo descendía sobre flamas azules de propulsores de cientos de metros de largo, arrastrando partículas chispeantes detrás de él, raras anomalías de energía de la interacción del escudo de barrera y de la eliminación del horno reflex.

Rick abrazó a Lisa. La fortaleza dimensional se asentó en dirección al lecho del lago, sosteniendo horizontales a los dos portaaviones con los codos contra su propio tronco, como Jimmy Cagney haciendo su movimiento patentado.

Las enormes ráfagas de sus motores levantaron polvo, pero la SDF-1 aterrizó con el sol creciente directamente detrás de ella. Ellos la vieron hundirse recortada contra la bola de fuego vacilante del sol hasta que la tierra quedó a la altura de su cintura.

La salida del sol arrojaba una luz más luminosa a través del terreno arrasado.

-Qué maravillosa vista -Rick sonrió y golpeteó los interruptores en su tablero de instrumentos.

Lisa se rió abiertamente, sorprendiéndose a sí misma. ¿Era correcto estar feliz otra vez tan poco después de tanta carnicería? Pero ella no podía evitar sentir alegría y se rió de nuevo.

-¡Oh, sí, sí!

-A esta cosa todavía le quedan unos kilómetros -decidió Rick al estudiar los instrumentos-. Vamos.

-¡De acuerdo!

Ella se volvió a ubicar en su regazo y cuando él puso su mano sobre el acelerador, ella la cubrió suavemente con la suya, apartando sus ojos pero dejando la mano ahí. Él movió el acelerador hacia adelante. El corazón de Lisa voló al sentir la mano de él debajo de la de ella.

El guardián se deslizó por el paisaje devastado hacia la salida del sol, directo hacia la SDF-1 y la larga sombra que arrojaba. Lisa, con sus brazos alrededor del cuello de Rick, puso su cabeza en su pecho y vio un nuevo futuro aparecer ante ella.

Parte II

RECONSTRUCCIÓN

Capítulo 22

¿Por qué los superiores estaban tan sorprendidos de que nosotros hayamos reconstruido de inmediato y tan rápidamente? Los pies humanos pueden desgastar una piedra, las manos humanas pueden carcomer el hierro, la perseverancia humana puede superar cualquier adversidad.

Alcalde Tommy Luan, La oficina superior.

Tras su llegada inicial, Gloval pensó en la SDF-1 como una clase de milagro maligno porque había impedido que la humanidad se destruyera por completo en la Guerra Civil Global.

Había otro propósito milagroso para el que iba a servir: para desviar la guerra fuera de la Tierra, para repeler a los zentraedis, y finalmente para romper el poder de los invasores.

Pero hubo un tercer papel en esta sucesión de eventos que ni siquiera Gloval había adivinado; de hecho, él sin saberlo había trabajado en contra de aquel.

La SDF-1 también era una arca.

Unos puñados de humanos sobrevivieron, incluso después de los bombardeos y del ataque "incineración de Tierra" que casi llevó a una situación de "ninguna Tierra", después de la evaporación de gran parte del agua del planeta -temporalmente a menos- hacia la atmósfera. ¿Pero qué oportunidad tendrían de reasumir una cultura avanzada y una base tecnológica?

Muy simple, ninguna.

Tomemos la minería como ejemplo. La mayoría de los minerales útiles que se podrían minar a través de medios primitivos se agotaron hacía mucho tiempo. Los grupos apiñados de personas

traumatizadas por la guerra que sobrevivieron al holocausto zentraedi ni siquiera podían organizar los trabajos de minería de la era del vapor, mucho menos las sofisticadas operaciones que tomaría llegar hasta los depósitos menos accesibles que todavía había en el planeta. Un mundo increíblemente complejo e interdependiente había sencillamente fallecido, y no había medios para reconstruirlo.

La tecnología terrestre había gastado su único tiro y no se podía volver a empezar desde el principio, porque los recursos que le permitieron al Homo Sapiens empezar desde el principio se habían agotado mucho tiempo antes.

La raza humana iba en camino a volverse una raza malograda de cazadores y recolectores permanentes sin esperanza de algún día volver a ser más. La historia estaba a punto de cerrar los libros sobre una pequeña raza advenediza vagamente interesante; los eventos y los hechos simples de la vida le habían ido en contra.

Pero existía la SDF-1, con Ciudad Macross en su interior.

Una vez que la gran nave espacial se asentó en el lecho lacustre seco hubo pocas palabras duras o actitudes inflexibles. ¿Con quién te enojas cuándo el mundo yace moribundo?

En sus años de vagar y perseverar, los residentes de Ciudad Macross olvidaron la mayoría de los delirios y de las quimeras. Vieron lo que sucedió y rápidamente se les ocurrió que, contra cualquier expectativa, ellos habían sido los afortunados. Los abandonados y los parias en realidad eran la carga de una nueva arca.

Así que a final ese fue el destino de Ciudad Macross. Alrededor del lecho lacustre se desembarcó lo que quedaba de ella, persona por persona, pieza por pieza, y la reconstrucción empezó.

Los intelectuales y expertos discutieron sobre la mejor forma de reestablecer los equilibrios ecológicos y manejar la recuperación de humedad; las personas de Macross reconstruyeron sus casas, negocios y vidas como mejor pudieron, creyendo que eso era más importante que todas las proyecciones de computadoras.

Los motores de la nave proporcionaron la energía. Las personas del ejército y sus mechas impusieron la ley y el orden en un dominio de seguridad siempre creciente. Los fabricantes y los otros

equipos técnicos de la SDF-1 pronto proporcionaron una nueva base industrial y la población de Macross se constituyó en un centro económico urbano.

En el tiempo que siguió a ese último Armagedón, el nombre de la SDF-1 bien podría haber sido el de uno de sus portaaviones constitutivos, el Prometheus. Este fue la fuente principal de cuidados médicos y de recursos técnicos de la humanidad, y lo más importante, del conocimiento acumulado y de la sabiduría de la especie Homo Sapiens.

El escenario del invierno nuclear fue mucho menos severo de lo que las computadoras habían supuesto. Eso fue en parte porque las predicciones se habían basado en modelos defectuosos. También fue porque la RDF y los cuerpos civiles trabajaron a contrarreloj para hacer que así fuera.

Y ellos tenían aliados. La explosión de la base de Dolza desactivó o se llevó con ella toda su Gran Flota, pero una parte considerable de la armada de Breetai había sobrevivido. Muchos zentraedis escogieron ir a la Tierra y comenzar una vida allí, en tamaño microniano o en sus propios cuerpos originales.

Ambas razas esperaban una nueva edad dorada, o por lo menos una plateada duradera.

Era un mundo incinerado y yermo, marcado por los cráteres y rajado con las hendiduras que hizo la guerra. Por todas partes había mechas de la última gran batalla oxidándose. La mayoría de las naves zentraedis inutilizadas se habían orientado, por razones desconocidas, hacia el centro más cercano de gravedad de la Tierra -y habían caído hacia él.

El resultado fue que la superficie del planeta era una pavoroso Monte Calvario Robotech punteado con naves de guerra extraterrestres arrugadas, que se habían clavado como púas dentro de la tierra. Por todas partes había recordatorios de aquel último día, demasiados como para desmantelarlos o enterrarlos alguna vez. Sólo el tiempo y los elementos quitarían los mojones de tumbas, pero no lo iban a hacer mientras durara la vida de cualquiera que viviera en aquel entonces.

Pero aquellos que quedaron vivos siguieron una nueva cruzada, la cruzada para sanar al planeta y poner las cosas bien de nuevo.

Dos años pasaron.

El VT de Rick Hunter, en modo guardián, se quejó por la tensión que él le puso en el firme ladeo. Rechinó los dientes pero se mantuvo. La vieja nave, golpeada como estaba, nunca le había faltado todavía. Con las partes de reemplazo y el tiempo tan corto de mantenimiento que le suministraron, la nave del líder Skull no estaba en la forma que había estado durante la guerra, pero él confiaba en ella.

El guardián se deslizó sobre el campo acribillado rojo óxido y se propulsó con los pies para un aterrizaje suave. Se inclinó con la nariz casi tocando el suelo; Rick saltó ansioso de la cabina casi sin poder dar crédito a lo que le estaba pasando.

-¡No lo creo! ¡Es imposible!

Corrió por el páramo arenoso volviendo hacia lo que había divisado. Alrededor había gigantescos jirones de corazas de armaduras zentraedis torcidas y estropeadas, volviéndose lentamente óxido y polvo. Hacia un costado estaban los restos de un guardián volcado que parecía que lo habían pasado por una moledora de carne. Sus piernas oxidadas apuntaban directamente al aire, como las de un halcón muerto.

Rick derrapó hasta parar y el viento gimió alrededor de él. Miró hacia abajo y quedó pasmado.

A sus pies, saliendo de una parcela húmeda de tierra lo suficientemente enriquecida para nutrirlo, había un campo de amargones. El parche de forma irregular de unos pocos metros cuadrados estaba protegido del viento por la chatarra y todavía, por casualidad, tenía buena exposición a la luz del sol.

Por un momento no pudo encontrar palabras.

-Absolutamente increíble -murmuró, pero eso no era suficiente. Aquí, cerca de la chatarra zentraedi, la tierra se había fortificado con algo que mantenía la vida. Sospechaba que sabía lo que había sido ese algo y de pronto lo hizo sentirse muy mortal y humilde.

-¡Flores reales! -se arrodilló y las tocó tan suavemente como un amante, inhalando.

Claro que había flores en los invernaderos y en los campos

protegidos de los proyectos de recuperación, ¡pero esto! Era algo tan maravilloso como volar... ¡no, más maravilloso! ¡La vida misma!

No podía recordar cuántas veces, cuando niño, había corrido por un campo de estas flores sencillas con los ojos fijos en el cielo azul, sólo deseando volar. Y ahora las cosas se habían invertido; él volaba el avión más avanzado que se conociera con los ojos apuntados al suelo, esperando y anhelando una simple vista como... los amargones.

Espero que esto signifique que la Tierra nos está perdonando - meditó.

Era una cosa buena y preciosa saber que por lo menos había aparecido una señal positiva, aunque pequeña. Había otros signos que no eran tan buenos. Gracias a sus experiencias entre los zentraedi y su valor como fuente de Inteligencia, Rick estaba al tanto de mucha información de alto nivel.

Había cosas sobre las que intentaba no pensar, y tres de ellas tenían nombres perturbadores: Protocultura. Amos Robotech. Invid.

Tres VTs arremetieron sobre la tierra desolada, formándose de nuevo después de completar los reconocimientos aéreos de sus sectores asignados. Esas eran naves más nuevas que la de Rick, pero parecían menos tersas y refinadas. Había gente que decía que la verdadera gran marca de agua de la mano de obra robotech había pasado.

-Comandante Hunter, conteste, por favor -repitió el nuevo segundo al mando de Rick, el teniente Ransom-. Skull Cuatro llamando a Skull Seis.

Ninguna respuesta después de cinco minutos de prueba. Ransom pensó por un momento.

-¿Bobby?

El sargento Bobby Bell, el más joven del nuevo escuadrón Skull, apareció en la pantalla de despliegue de Ransom.

-¿Sip?

-No puedo contactar al jefe, niño.

La cara redonda de Bobby pareció dolida.

-¿Qué piensas? ¿Los renegados?

Esa era una de las grandes razones para las patrullas. De los muchos zentraedis que se aventuraron entre los humanos para probar un estilo de vida más pacífico y tener una oportunidad de abrir el lado más sentimental y compasivo de su naturaleza, algunos se encontraron con que no iba a funcionar.

Los renegados habían comenzado a marcharse hacia los páramos más de un año atrás. Había un mundo entero de recuperación para ellos allí afuera: mechas, armas, raciones y cualquier cosa que pudieran necesitar, siempre y cuando pudieran encontrar la ruina correcta. Lo más importante, tenían la libertad de actuar una vez más como guerreros zentraedis, de seguir su propio código brutal e implacable.

-Creo que su última transmisión vino de su cuadrante de búsqueda -dijo Bobby con angustia.

-Lo sé -dijo Ransom-. Conseguí una fija DF de él. Vamos.

Los VTs se formaron y sus motores hicieron temblar el suelo. Salieron disparados hacia el noroeste.

La SDF-1 estaba erguida como un caballero metido hasta la cintura en una bañera. Los dos portaaviones flotaban anclados, dándole flotación adicional a la ruina corroída.

El rellenado del lago había sido una prioridad mayor dado que ni siquiera la dureza colosal de la fortaleza podía soportar por mucho tiempo su propio peso y a los dos gigantescos buques de guerra. Al mismo tiempo que los aviadores de la RDF sembraban nubes y las misteriosas máquinas del Dr. Lang trabajaban día y noche para desviar el invierno nuclear, los ingenieros de combate y todas las personas que se alegraran de prestar una mano trabajaron febrilmente para asegurarse de que el desagüe estuviera listo.

Y justo cuarenta y ocho horas después de que la nave aterrizara, las lluvias comenzaron. Estas devolvieron algo de la humedad que el ataque zentraedi evaporó; pero los cálculos de Lang, apoyados por los datos subsecuentes, mostraban que gran parte de la humedad había desaparecido para siempre. Salvo importar muchos kilómetros cúbicos de agua por el espacio desde alguna fuente todavía desconocida, la Tierra nunca volvería a ser el mundo de tres

cuartos de océano que había sido cuando produjo la vida.

Las lluvias se detuvieron al tiempo y comenzó el trabajo de replantar y reforestar el planeta que iba a durar generaciones.

Alrededor del lago se levantó la nueva Macross; los tercetos refugiados reconstruyen sus vidas una vez más. Hasta ahora era el único centro poblacional nuevo en el planeta, el único lugar dónde el hormigón no estaba quebrado y los edificios eran altos y rectos. Había pintura fresca y árboles trasplantados de la nave espacial. Había céspedes y canteros de flores sembradas de plantas que sobrevivieron los miles de millones de kilómetros de la odisea de la SDF-1.

Era una ciudad dónde se usaba la energía y los recursos con suma eficacia, un pueblo de calentadores solares y paneles fotovoltaicos, y con un sistema de reciclaje ligado a cada fase de vida. Los residentes de Macross y el personal de la SDF-1 aprendieron las duras lecciones de la necesidad ecológica durante los años en el espacio y no se desperdició nada en absoluto. Esa era la clase de mundo que iba a existir de hoy en adelante.

En un barrio ordenado y tranquilo de la ciudad asistido por un sistema aéreo de agilización de tránsito, se asentaba una pequeña y modesta casilla prefabricada; sus paneles solares, guiados por microprocesadores, giraban para seguir lentamente al sol. Como oficial superior aeronáutico, Rick Hunter se ganó un albergue fuera de la base aunque fuera soltero. Le gustaba la idea de salir del ejército cuando podía, aun cuando su casa se pareciera al equipamiento modular. Como líder Skull, raras veces tenía la oportunidad de estar ahí.

Por eso Lisa Hayes asumió la limpieza del lugar cuando él no estaba. La casa de ella, bastante más espaciosa, estaba cerca.

Ninguno de ellos estaba muy seguro de lo que significaba el lazo que los unía o a dónde iba su compañerismo, pero ella tenía una llave de la casa de él, y él de la suya.

Ella tarareaba alegremente para sí misma mientras guardaba el último de los platos recién lavados.

Quizá deba facturarle por los servicios de sirvienta -pensó con ironía.

Pero sabía que no; le gustaba estar en su casa, tocar las cosas

que él tocaba, ver recordatorios de él todo alrededor. Ella esperaba que la patrulla que se extendía hacia el norte no durara demasiado... esperaba que él estuviera pronto en casa para que pudieran estar juntos de nuevo.

Lisa miró la luz del sol que entraba a través de la ventana de la cocina. El vidrio polarizado estaba bien, pero cortinas era lo que esa ventana necesitaba.

¿Me escucharás? ¡Cortinas! ¡Señorita Suzy Amadecasa! -ella sonrió tontamente hacia el delantal que estaba usando. Era doblemente cómico porque ella debía regresar pronto a la base para más reuniones y sesiones de información sobre los últimos detalles de la construcción de la SDF-2, la nueva sucesora de la fortaleza de la batalla.

Y ella quería que la destinaran a esa nave, ser la primer oficial si podía, e ir a las estrellas. La mismísima Suzy Amadecasa.

Resopló una risa cuando pasó al dormitorio. Al verlo, suspiró. ¿Por qué este lugar siempre parece como si un oso hubiera estado hibernando aquí?

Levantó todas las persianas, abrió todas las ventanas y se movió despacio alrededor del cuarto, dulcemente. Cuando alisó las sábanas para tender la cama sus manos se demoraron en ellas, y tocó las almohadas tiernamente, recordando la cabeza de él sobre ellas, y la suya propia.

El cronómetro de su muñeca sonó para recordarle que tenía que irse pronto. Cuando se enderezó, su vista cayó sobre algo que no había visto antes.

Estaba sobre su escritorio, junto a su casco de vuelo de repuesto: un álbum de fotografías encuadernado con cuero artificial color crema. Lisa se le acercó de mala gana, sabiendo que no debería hacer lo que estaba a punto de hacer, pero incapaz de detenerse.

El álbum estaba deteriorado, obviamente lo habían hojeado muchas veces. La primera página hizo que su corazón se hundiera. Había una instantánea de Minmei sentada en un columpio del parque de aquel Macross dentro de la SDF-1, y Rick de pie detrás de ella. La otra foto era un primer plano de Minmei de los comienzos de su carrera, una gacela de ojos desorbitados con rulos negros fluidos que enmarcaban su cara.

Lisa suspiró de nuevo. ¿Qué ve él en ella? ¿Qué tiene ella además del gran aspecto, la voz que ganó la guerra y el súper estrellato?

Era Minmei en cada página, poses glamorosas e instantáneas caseras, brillantes de carpeta y fotografías de relaciones públicas. Lisa se enojaba cada vez más a medida que hojeaba a través de ellas.

¿Por qué tengo el impulso de estrangular a esta muchacha?

Junto con el enojo vino un dolor tan agudo y frío que la tomó fuera de guardia. Lisa había asumido que ella y Rick estaban solidificando algo, fortaleciendo los lazos entre ellos. Pero pensar que él guardaba este álbum, lo sacaba cuando Lisa no estaba allí y fantaseaba sobre eso... era demasiado para soportar.

Tener su compañerismo y amistad sin su amor declarado era algo que ella había aceptado, aunque siempre con una esperanza secreta. Pero el álbum de fotos la hizo sentir que no le habían prestado atención, como una clase de premio consuelo emocional. Su autoestima no iba a permitir eso.

Lisa cerró de golpe el álbum, se arrancó el delantal y se dirigió hacia la puerta del frente. Cuando la puerta se cerró, ella arrojó la llave extra de la casa de Rick en la alfombra del living, dejándolas atrás.

Capítulo 23

¿Ganamos? Cuándo oigas que un militar idiota te dice eso, ¡escúpelo! ¡Señala el cementerio que es la Tierra! Cuando él también te diga cómo va a hacer el ejército para que todo vuelva a estar bien, ¡levanta la ceniza que solía ser tu hogar!

Ellos ganaron, está bien, y a ellos les encantaría ganar otra vez. Y cada vez, somos tú y yo quienes perdemos.

Del artículo de Lynn Kyle, La marca de Caín

Rick Hunter estaba sentado en la cabina del guardián y observaba las blancas esporas irse en el viento como sombrillas en miniatura. Entretanto, luchaba con sus pensamientos.

La verdad era que la Tierra era un callejón sin salida para un piloto. Oh, claro que existía el problema de los rebeldes zentraedis, y varias comunidades humanas irritables. Pero la guerra había terminado y no había ningún circo volador. Si no se estuvieran preparando cosas mayores más allá de la atmósfera de la Tierra quizás el fastidio creciente de la vida en tiempos de paz podría ser más fácil de aguantar.

Breetai, Exedore, Gloval, el Dr. Lang y el Dr. Zand parecían ser la fuente de eso. Sólo que todo era tan el secreto que un simple comandante de escuadrón no podía averiguar nada. Incluso Lisa profesaba no saber nada. Pero los chismes y las pocas pistas que Rick podía conseguir de sus reuniones de Inteligencia le hicieron creer que la SDF-2 estaba destinada para una gran, gran misión.

Estaba casi seguro de que la SDF-2, y naves de guerra zentraedi como la Breetai si se podían poner en completo funcionamiento otra

vez, iban a llevar la guerra hasta los Amos Robotech. Los humanos y los zentraedis iban a salir a acabar la amenaza para siempre o morirían en el intento.

¿Y él cómo podía no ir? Sólo que... ese era un viaje y una operación militar que podía hacer que, en comparación, la campaña predecesora luciera como un de fin de semana de vacaciones. Tal vez significara que él nunca más volvería a ver a la Tierra y a Minmei.

Eso no quería decir que había visto mucho a Minmei en los últimos dos años, pero enlistarse para un viaje hacia sistemas estelares remotos iba a eliminar cualquier esperanza.

¿Pero qué más quedaba para él salvo volar? Deseaba y rezaba para que fuera Minmei, pero ella estaba tan envuelta en su brillante carrera que raras veces la veía o tenía noticias de ella. En la misión de la SDF-2 por lo menos iba a estar con Lisa, y cada vez se convencía más de que allí era donde pertenecía.

Claro, las apuestas en contra de sobrevivir serían muy altas, pero ese era el destino de un piloto de combate. ¿Y si viniera al caso, qué mejor causa había para servir y por la cual morir? De pronto tuvo un recuerdo vívido de algo que Roy Fokker le dijo.

Un presidente norteamericano dijo una vez que el precio de la libertad es la eterna vigilancia, Rick.

Fue durante un "día" en la SDF-1, en algún lugar de la órbita de Plutón, cuando Rick se unió a la RDF.

Ya no hay más vuelos por diversión -le dijo Roy, severo y grave-. De hoy en adelante vuelas por el bien de tu hogar y tus seres queridos, Rick.

-¿Mi hogar y mis seres amados, eh? -murmuró. Le dio un golpecito a un interruptor y la carlinga descendió sobre servos gimientes.

-Está bien; tiempo de ir a volar, entonces -movió el acelerador hacia delante. Los propulsores de los pies del guardián levantaron polvareda y lo elevaron. Rick tuvo se cuidó de rodear el parche de amargones mientras subía. Pero la ráfaga hizo que centenares de miles de esporas flotaran en el aire con la esperanza de encontrar alguna otra parcela de tierra amable.

Rick insertó un solo pimpollo de amargón en una hendidura de

su tablero de instrumentos, mecamorfoseó su nave a modo caza y salió como bala trepando hacia el sol. Puso el aparato de comunicación para buscar el tráfico local, parte de la misión de reconocimiento. Los equipos examinaron la banda y se detuvieron en una transmisión que traía una voz humana femenina.

...Here by my side,
Here by my side.

-¡Minmei! -se presionó contra su arnés de seguridad y se estiró para conseguir una señal más fuerte.

Hubo aplausos de fondo. Surgió otra voz que él conocía bien.

-¡Están escuchando a la hermosa Lynn Minmei, transmitiendo en vivo y en directo desde Ciudad Granito! Esta zona se está reconstruyendo lentamente gracias a los esfuerzos combinados de muchas personas maravillosas que consagran su tiempo sin cesar y trabajan para un proyecto al que muchos consideraron inútil.

Lynn Kyle. Ahora sonaba más como un vendedor ambulante que como un coprotagonista, pero todavía tenía esa misma hostilidad en su tono.

¡Granito! -notó Rick.

¡No estaba lejos! Él ya estaba verificando sus computadoras de navegación.

-"Las personas que ayudan a personas" es el tema de nuestra gira -siguió Kyle-. ¡Y nosotros no consideramos que el proyecto sea inútil! ¿Y ustedes como se sienten al respecto?

Clap-clap-clap-clap del público y unas cuantas hurras. Esas preguntas tontas siempre funcionaban. La expresión de Rick se endureció y movió su palanca para un ladeo.

Ciudad Granito estaba a la sombra de una nave capitana zentraedi clavada como un rayo de Júpiter en el polvo rojo. Las afueras del lugar todavía eran escombros diseminados de la guerra, pero habían hecho habitables unas cuantas cuadradas en el centro.

Había cimientos debilitados, bloques inclinados de pavimento y hormigón fracturado por todas partes, pero por lo menos las calles estaban despejadas.

Esta parada más reciente en lo que tendría que haber sido la gira

triumfal de Minmei "Las personas que ayudan a personas", había atraído algo menos de trescientas personas a Granito, más varios zentraedis que sobresalían sobre la muchedumbre incluso cuando estaban sentados y en cuclillas.

La muchedumbre estaba compuesta de personas de miradas tristes que hacían lo que podían por creer que tenían un futuro. La mayoría estaban andrajosos, todos estaban delgados y había signos de enfermedades de deficiencia y otros problemas médicos entre ellos.

Pero ante la influencia de Lynn Kyle y otros de la red abierta de antigubernamentalistas, Granito persistía en negarse a dejar su condición de ciudad-estado independiente, o en dejar que entraran los grupos militares de relevo.

Los zentraedis estaban en mejor estado que los humanos; las raciones de la nave hundida podían sostenerlos, aunque por alguna razón parecían no tener valor nutritivo para el Homo Sapiens. Entre las personas de Granito al principio hubo una buena cordialidad y optimismo, pero ahora había una creciente desesperanza en este programa de modelo disidente. Por eso esta aparición moralizante de Minmei.

-¡Sí! ¡Oigámoslo! -gritó Lynn Kyle, manipulando el micrófono en el centro del escenario y haciendo señas con su mano libre. La multitud aplaudió otra vez, un poco a desgano.

-¡Y Granito tampoco necesita ninguna interferencia externa! -vociferó. Él había pasado menos de cuatro horas allí en toda su vida.

-¡La buena gente de aquí cuidará de sí misma y hará de Granito la gran metrópoli que una vez fue!

El aplauso fue aun más débil esta vez y la mayoría de los espectadores de las filas delanteras pudieron ver las cuentas de sudor de fracaso en la frente de Kyle.

-Pero olvidemos, por ahora, lo que los estrategas militares nos causaron -dijo casi frunciendo el ceño, después se recobró y mostró una brillante sonrisa-. ¡Mientras escuchamos el canto de la maravillosa e incomparable Lynn Minmei!

La música grabada se elevó y Minmei, con el micrófono en la mano, comenzó justo con la señal. Cantó su último éxito.

I've made the right move at the right time!
We're on our way to something new!
Just point the way and I will follow!
Love feels so beautiful with you!

Rick siguió extasiado la canción hasta que una transmisión se superpuso al canto de Minmei.

-Comandante Hunter, conteste, por favor.

Era Ransom. Rick cambió a la red táctica.

-¿Qué pasa?

-¿Está bien, jefe? Estuve tratando de localizarlo durante un tiempo; pensé que podía haberse metido en problemas.

-¿Pasa algo malo? -Rick permitió que un poco de impaciencia se deslizara en su tono.

Ransom lo miraba desde una pantalla de despliegue, junto al amargón amarillo para ser precisos.

-Nada específico, jefe. Sólo me gustaría que llevara la radio portátil con usted cuando deje su nave para inspeccionar. ¿Me preocupo, sabe?

Rick se tragó el reproche que había estado formulando. Por supuesto que lo sabía; él se habría masticado a un subordinado que le hiciera lo mismo.

-Lo siento, teniente -parecía arrepentido y eso era real-. Pero me encontré con algo milagroso hoy.

Ransom lo miró fijo.

-¿Problemas con los renegados zentraedis? ¿Jefe, qué es?

Rick sacó el amargón de su lugar y lo sostuvo cerca del receptor óptico.

-Mira lo que encontré. Un campo entero de ellos.

Ransom observó la flor.

-Espere un minuto. Su zona no estaba dentro de la zona de desarrollo de recuperación natural.

-¡Correcto! -Rick estaba exaltado-. ¡Pero déjame decirte que hay flores en el cuadrante noroeste!

El normalmente mórbido Ransom mostró una sonrisa muy ligera.

-Supongo que debimos haber sabido que la Tierra comenzaría su

propio programa de recuperación. Grandes noticias, ¿eh, jefe?

-Afirmativo. Mira, continúa tu patrullaje según el plan de la misión, Ted.

-Entendido, ¿pero usted no viene con nosotros?

-Por ahora no -contestó Rick-. Voy a visitar Ciudad Granito. Si algo serio surge, grítame.

Ransom asintió y contestó con evasivas.

-Y, eh, jefe...

-¡No se preocupe, teniente! ¡Cuándo yo deje la nave, llevaré mi portátil! ¡Fuera!

Rick hizo un giro sobre su eje sólo por diversión y abrió bien su acelerador hacia Ciudad Granito.

If she wonders,
It's you who's on my mind.
It's you I cannot leave behind...

Rick siguió la voz de Minmei como otra persona podría haber andado un camino de ladrillo amarillo. Desde arriba, el furgón de batalla zentraedi dominaba el paisaje, pero una mirada más cercana al suelo mostró que la cumbre de metal oxidando era un monumento a la derrota y que los puñados de vencedores todavía estaban confundidos.

Rick dejó su VT en el límite del pueblo bajo el cuidado del oficial al mando de la milicia local, que estaba a favor de los aviadores de la RDF aun cuando el populacho no lo estaba. Rick llegó al concierto y por una fracción de segundo se salvó de que lo aplastara la mano de un gigante zentraedi sentado al borde de la muchedumbre que acababa de cambiar su peso.

-Lo siento mucho -trató de susurrar el extraterrestre con su voz resonante. Todos alrededor de ellos los hicieron callar. Rick asintió con la cabeza hacia el grandullón para hacerle saber que no había ninguna ofensa.

It's me who's lost,
The me who lost your heart
The you who tore my heart
Apart...

Ella recorrió un largo camino, pero es la misma muchacha con la que pasé esas dos horribles y maravillosas semanas en alguna parte de la barriga de la SDF-1. Mi Minmei.

Cuando la canción terminó la muchedumbre aplaudió. Rick aplaudió más ruidosamente que todos.

Cerca de un café al aire libre de Ciudad Monumento, con la sombra de la SDF-1 acercándose a ella como un reloj de sol, Lisa miraba aburrida a las personas que pasaban e ignoraba su media taza que se estaba enfriando. Las reuniones se habían pospuesto, lo que le daba un inesperado tiempo libre. Las horas ociosas eran más una maldición que una bendición.

Mientras miraba, dos peatones desarrapados miraron con lujuria a una joven rubia muy atrevida cuyo rueda llegaba casi hasta su cintura. Los dos no babearon mucho.

-Mi señor, las mujeres sacaron todos los ases en esta vida. Pueden tener todo lo que quieran -opinó uno, un niño fornido que lucía como si tuviera una oportunidad justa de crecer para ser normal-. Ellas pueden tener a cualquier persona que quieran tener.

Lisa pensó en eso con su barbilla apoyada sobre sus dedos entrelazados.

-Eso es todo lo que sabes de eso, mi gordo amigo -murmuró mientras observaba a los dos presuntos calaveras seguir su camino-. Aquí hay una mujer que cambiaría todos los ases, jotas y reyes del mazo por un Rick Hunter.

Respiró hondo y miró la calle principal de Ciudad Monumento. Max Sterling paseaba por allí como si no tuviera ninguna preocupación, empujando un carrito de bebé. Miriya le tomaba el brazo.

Ellos se detuvieron y Max se apuró a correr frente al carrito para levantar a su hija y palmearle la espalda, haciéndola eructar en su hombro. Miriya miraba serenamente con una sonrisa que Lisa casi le envidió.

Los informes confidenciales más secretos se reducían al hecho de

que nadie podía entender cómo Max y Miriya habían tenido a Dana, su bebita. Pero como lo demostraron las pruebas exhaustivas, la criatura era indiscutiblemente suya.

Nunca se había registrado ninguna reproducción entre varones y mujeres zentraedis, lo que hacía que todo fuera mucho más extraordinario. Las explicaciones más probables tenían que ver con el consumo que hacía Miriya de comidas de estilo humano en lugar de las raciones antisépticas de los zentraedis y su exposición a emociones que produjeron cambios bioquímicos sutiles en ella. La palabra "protocultura" apareció una y otra vez en los informes, sólo que nadie parecía entender lo que era en realidad, por lo menos nadie fuera del enigmático círculo encantado de Lang, Exedore y otros pocos.

Como muchas mujeres y muy pocos hombres, Lisa a veces pensaba que todo era una tontería. Miriya y Max estaban enamorados, por lo tanto: la pequeña Dana.

Ella los miró, y por un momento Max tuvo la cara de Rick y Miriya tuvo la de Lisa. La SDF-2 pronto iba a estar lista para los ensayos espaciales, pero eso no significaba que la primer oficial no podía tener una familia. La nave espacial estaba construida para un viaje largo, para niños además de hombres y mujeres.

Max, Miriya y su bebé reasumieron su camino y Lisa los vio marcharse.

Parecen tan felices. ¡Si sólo pudiera hacer entender a Rick!

Pero justo en ese momento dos novatos de la RDF se acercaron al café con un estéreo. La bien recordada voz reverberaba.

And the thrill that I feel
Is really unreal

-¡Vaya! Esa mamacita seguro que sabe cantar -dijo el primero, silbando-. Daría la paga de un mes por conocerla.

El otro resopló con sarcasmo cuando el par se sentó a unas mesas de distancia.

-Claro, socio. Después te saca a pasear y te traspasa las escrituras de su mina de diamantes, ¿correcto?

El primero puso una cara agria y le hizo señas a la mesera.

Minmei cantaba en el tímpano del agitador.

I can't believe I've come this far.

This is my chance to be a star!

¡Parece que no hay forma de evitarte, Minmei!

Lisa recogió su bolso y dejó su dinero en la bandeja, después se levantó y se dirigió hacia el bulevar.

Estaba tan absorta en sus propios pensamientos, pesares y preocupaciones que no se dio cuenta -como nunca se había dado cuenta- de las miradas admiradoras que provocaba. Era una joven esbelta y atlética de pelo castaño que flotaba detrás de ella, cutis delicado y una mirada distante en los ojos. Su insignia y sus condecoraciones eran suficientes para hacer que cualquier veterano, varón o mujer, la notara.

Si hubiera una competición artística para el concepto de GANADOR, una simple fotografía de Lisa en ese momento lo habría ganado. Las mujeres en particular miraban su tranco seguro y su aire de confianza, y hacían varias resoluciones para ser más como esta supermujer segura de sí misma, quienquiera que fuera.

Pero esa no era la manera en que Lisa se sentía. Ella se permitió una media sonrisa lamentable.

Supongo que cuando se repartieron los ases, no estaba en mis cartas conseguir el que yo quiero.

Fue casi una broma que la hizo sonreír con tristeza. Apuró el paso para reportarse a la SDF-2.

Capítulo 24

He visto antes a gente como Lynn Kyle. Estoy preparado para creer que él odia la guerra; ¿quién entre nosotros no lo hace?

Pero él tiene la creencia, que pone en concreto, de que la virtud se mide por el desafecto de uno por la estructura de poder bajo la cuál vive. Una persona así construye una fortaleza de piedad ventajosa y se resiste constantemente a cualquier clase de autoridad, tanto para bien como para mal.

La RDF seguirá defendiendo hasta la muerte las libertades que hacen que eso sea posible.

Del cuaderno de bitácora del capitán Henry Gloval.

¡Qué agujero despreciable!

Lynn Kyle extendió los brazos para abarcar Ciudad Granito, que se encontraba a un costado, y los pedregales que la rodeaban.

Minmei estaba sentada con desaliento sobre un pedazo de aleación zentraedi oxidada, abrazando sus rodillas contra su pecho. Tenía una chaqueta puesta sobre los hombros por el fresco de la noche y lo observó tomar otro trago de la botella de coñac que estos días parecía ser su compañera constante.

Las cosas habían ido gradualmente cuesta abajo desde que Vance Hasslewood ascendió en el mundo para convertirse en agente de reservaciones y aspirante a productor teatral, dejando que el primo, coprotagonista y amante de Minmei se hiciera cargo de los deberes de representante. Los intereses de Lynn Kyle iban mucho más allá del negocio del espectáculo, y había llegado a comprender que su propia fama y popularidad eran sólo un reflejo pálido de las

de ella.

Ahora hizo una pausa.

-¡El registro más miserable hasta ahora! -después empinó varios tragos más, logrando que ella hiciera una mueca de dolor.

Kyle se limpió la boca en el reverso de su mano y manchó el puño púrpura de su traje

-¡Salgamos de este distrito! ¡Es asqueroso!

-¿Tienes que beber tanto?

Él tenía los ojos rojos y estaba casi al borde, pero igual ella dijo lo que estaba en su mente; lo había pospuesto por mucho tiempo.

-¡Oye, no cambies el tema! -la rebajó-. ¡Ni siquiera nos dieron dinero! ¡Esto es todo nuestro sueldo!

Pateó una caja deteriorada de cartón; de ella salieron algunos productos enlatados, jabón de tocador y cosas por el estilo, unas cuantas verduras... la misma ración con la que todos los de Ciudad Granito sobrevivían. Aunque Granito se negaba a reconocer la autoridad del nuevo gobierno de la Tierra, el gobierno le daba toda la ayuda que podía; sin ella, la ciudad no podría haber seguido funcionando.

-¡Una apestosa limosna de nuestros monarcas militares!

-¿Y qué más necesitamos para sobrevivir? -preguntó ella mirándolo a los ojos. Dos años con Kyle la habían hecho más vieja, mucho más vieja.

-¿Pensaste alguna vez en recibir algo de efectivo, para variar? -gruñó él.

Ella se puso de pie ajustando la chaqueta contra su cuerpo.

-¡No, no lo hice!

Decidió que si iba a haber otra discusión, esta vez ella sacaría unas cuantas cosas de su mente.

-¡Se suponía que este era un concierto de beneficio para esas pobres personas que están intentando hacer funcionar sus vidas en Granito, y no un gran salto en la carrera de Lynn Minmei!

Ella lo había atrapado y ambos los sabían. La furia de él de pronto pareció una charla insustancial, y se arrepintió.

-Oh, vamos, Minmei. Sabes que no quise decir nada así -no fue completamente una queja, pero eso sólo la hizo detestarlo más.

Ella se arrodilló y empezó a recoger las cosas que él había

desparramado, sacándoles la suciedad.

-Nosotros cobramos como lo hacen todos los demás, con las cosas que nos mantienen vivos. Creo que deberíamos mostrar un poco de aprecio.

Eso lo hizo toser con la boca llena del coñac que estaba tragando. Casi terminó la botella y su humor cambió por completo, tan rápido como solían ser sus movimientos de artes marciales.

-¿Aprecio? ¿Tengo que apreciar la gran mentalidad militar que nos llevó a esto? -abrió los brazos como para abrazar al mundo destruido.

Ella se enderezó y lo miró de frente.

-Atacaron a la Tierra y ella se defendió. No quiero escuchar que nadie critique al ejército. Si no hubiera sido por ellos, yo no estaría viva en este momento. Y ya que estamos, tú tampoco.

Así que llegamos al centro de la cuestión -pensó él, un poco aturdido.

Aquel momento en la SDF-1 cuando la besó, con un planeta agonizando a sus pies y grandes flotas aniquilándose entre sí, había quedado dos años atrás. Y todavía se repetía una y otra vez en su memoria, tan fresco como si hubiera sucedido esa tarde.

Un secreto ardía en él como un horno reflex, uno que Kyle nunca iba a poder admitir ante ella ni poner en palabras para sí mismo: él había saltado de alegría en ese momento, y al mismo tiempo se había sentido asqueado por eso.

¡Le había encantado! El drama lo había fascinado por completo, lo había envuelto en la batalla. Había dejado de lado todas las convicciones que alguna vez tuvo y disfrutó lo que estaba pasando. Él había deseado con toda su alma la victoria humana.

Su padre había sido un soldado; los dos restaurantes familiares habían provisto de comida al mercado militar. Lynn Kyle desdeñaba todo eso, desdeñaba al ejército, al gobierno y a la autoridad en cualquier forma. Pero cuando todo se redujo a la cuestión de ver morir a su planeta y a su gente, él había salido a apoyar al equipo local, tan despreciable y con las garras y colmillos tan enrojecidos como cualquiera de ellos.

Él nunca había perdido una pelea desde que su padre lo aporreó y avergonzó para que aprendiera las artes marciales. De hecho, se

había convertido en un genio del combate sin armas. Pero esta competición contra sí mismo era una que se sentía predestinado a perder. Como él se odiaba, tenía que lograr que Minmei lo odiara.

Él había visto que el ejército -con la SDF-1 y Macross como base de poder, y Breetai y sus zentraedis como aliados-, estaba destinado a ser la fuerza que reuniera al planeta. Pero se resistía a eso por completo, lo que lo hundía cada vez más profundo en la desesperación, al tiempo que el inmenso movimiento democrático que él había previsto se desvanecía en unas cuantas promesas lastimosas.

Así que si esta iba a ser la discusión que se había estado creando entre Minmei y Kyle durante tanto tiempo, que así fuera. Convirtió su cara en una máscara fea con una compleja sonrisa de desprecio.

-Estás rompiendo mi corazón -tragó lo último del coñac.

Estás rompiendo mi corazón.

A veinte metros de distancia, detrás de un pedazo de cornisa rota en la cima de una loma, Rick Hunter estaba agachado con la espalda contra la piedra fría escuchando a Minmei y Kyle.

Estaba sentado inmóvil como una piedra, o como uno de los pedazos de mechas muertos que ahora plagaban el mundo.

-¿Debes seguir bebiendo? -dijo Minmei-. ¡Se te está yendo de las manos!

Kyle levantó la botella y dejó que las últimas gotas cayeran en el suelo que no había probado la humedad en dos años. Después la arrojó alto, se lanzó al aire para una patada girando hacia atrás, lanzó un grito desde muy profundo en su interior, giró dos veces e hizo estallar la pequeña botella de coñac como si fuera un tiro al blanco.

Los pedazos de vidrio oscuro aterrizaron a los pies de Minmei. Ella miró a Kyle con firmeza.

-¿Eso te hizo sentir mejor con respecto a ti?

¿Cómo puede herirme tan fácilmente con sólo una palabra o dos? -él se preguntó confundido.

Su humor volvió a cambiar y en él surgió un afecto interminable por ella. Después de todo, ella era la suma de su vida. Lynn Kyle vio que todo lo que había logrado en la vida era conseguir que Minmei lo amara.

Pero el humor de Minmei iba en un columpio diferente.

-Sin importar lo que pienses de la RDF, allí hay muchos hombres y mujeres buenos -dijo llanamente-. Personas mucho mejores de lo que tú eres ahora.

El momento, que podía haber sido una reconciliación y un nuevo comienzo, se fue para siempre. Kyle otra vez pasó el reverso de la mano por su boca. Está bien; también podríamos hacerla completa.

-¿Qué se supone que significa esa broma?

De hecho, Minmei le estaba sacudiendo un puño.

-Significa que ellos están intentando reconstruir la Tierra, mientras todo lo que tú haces es beber y sentir lástima por ti!

-¿Ah, sí? ¡Bien, yo hice un buen trabajo al hacerme cargo de tu carrera, señorita superestrella!

Ella había gritado un momento antes; ahora su voz era baja.

-Entonces tal vez será mejor que nos separemos, Kyle. Así tú podrás cuidar tu propia carrera -envolvió su chaqueta rosa alrededor de ella.

La habían herido hasta que su paciencia desapareció, y ahora sólo quería herir en revancha.

-Yo no comprendí que te debía todo a ti, Kyle.

Él sacó sus manos en un gesto de disuasión.

-Espera, espera. Yo no quise decir... no quise decir que quería separar nuestra sociedad.

"Sociedad" era una palabra débil para lo que ellos habían tenido, pero de algún modo el vocabulario del amor quedó aplastado por el vocabulario de la discusión. Él sintió que algo se escapaba mientras hacía la selección de palabras.

Ella respiró hondo y lo miró a los ojos.

-Quizá no, pero es lo que yo quise decir.

El compás de las emociones de Lynn Kyle giró una última vez y su boca se volvió una línea recta y delgada.

-¡De acuerdo, vete! ¿Quién te necesita? -pateó la caja vacía alto

en el aire.

Rick Hunter no sabía qué sentir con exactitud. El hecho de que Kyle hubiera alienado a Minmei podía haber sido agradable desde cierta distancia, pero era molesto de ver a corto alcance.

Y después estaba toda la cuestión de salir e intervenir. Rick no se hacía ilusiones de poder enfrentar mano a mano al alto especialista en artes marciales rápido como una cobra, y además se había olvidado de traer consigo la pistola de supervivencia del paquete de eyección de su VT.

De repente la radio portátil zumbó en el bolsillo de su muslo.

-¡Comandante Hunter, conteste por favor! -era la voz de Vanessa que transmitía desde la oxidada SDF-1.

Él había bajado el volumen cuando salió hacia el borde de los pedregales siguiendo las pistas para encontrar a Minmei. Levantó el portátil hasta su oreja. Parecía que Minmei y Kyle no habían escuchado nada.

Apretó el interruptor de transmisión.

-Estoy aquí.

-Señor, tiene orden de llevar a su formación a Nueva Pórtland. Un distrito residencial está bajo el ataque de varios malcontentos zentraedis.

-Malcontentos -así era como los llamaba el gobierno del nuevo mundo hasta ahora. Pero aquellos que hicieron el juramento del guerrero zentraedi y le dieron la espalda a la sociedad humana eran mucho más que malcontentos. Ellos sólo tenían que salir a los pedregales, seguir caminando y encontrar la nave naufragada correcta. Si tenían suerte, iban a encontrar armas, mechas, raciones, agua y refugio.

Rick osciló por un momento en un dolor tan preciso que desafió cualquier teoría aleatoria del universo. La mayor parte de lo que él creía lo impulsaba a llegar a Nueva Portland con toda la velocidad posible.

El resto le decía que se quedara allí, porque ese era el momento

en que él podía recuperar a Minmei.

Pero apretó otra vez el botón de transmisión del portátil.

-¿Qué armas?

-Tres trajes de batalla y cuatro pods, un total de siete -contestó la voz de Vanessa. Eso no era mucho según veía Rick, pero tuvo que admitir que las cosas probablemente parecían un poco diferentes desde un centro neurálgico de coordinación mundial como la SDF-1.

Estos eran zentraedis que habían desertado al lado humano en la Guerra Robotech. Alguna vez fueron aliados. Se acercó el receptor de voz del portátil y habló suavemente.

-Yo me haré cargo de eso. ¿Cuál es el estatus de la formación Skull? Cambio.

-Están acortando su alcance actual y se reunirán con usted en Nueva Portland. Fuera.

Apagó el portátil antes de que el sonido de la estática pudiera delatarlo y corrió hacia su nave. Que apareciera una crisis tan apremiante para que él pudiera olvidarse durante un tiempo de Minmei fue como una liberación. Dejó solos a los dos Lynn y no pudo evitar desearles lo peor.

Cuando su VT despegó en modo guardián, Rick vio la figura diminuta y distante de Kyle caer de rodillas ante Minmei. Ella se dio vuelta, abrió los brazos y acunó su cabeza sobre su pecho. Rick encendió el acelerador y su VT dejó un sendero de fuego azul en el cielo.

Lisa miró a través de su ventana el deteriorado casco de la SDF-1. Debajo de él había una próspera ciudad en crecimiento, pero su presencia a todos le recordaba la guerra.

-¡Hmm! ¡Qué vista!

Como para levantar el ánimo, vestía una blusa ajustada con cuello alto doblado. Cada tanto se permitía vislumbrarse en un espejo de cuerpo entero allí en su recinto y admitir: ¡no está mal!

En realidad, la SDF-1 tampoco tenía mal aspecto. En gran parte era porque en ese lugar iban a bajar a la SDF-2, de espaldas a ella,

en un día más o menos. Lang y sus discípulos habían encontrado una forma de mover los enigmáticos motores sellados de una a la otra. Lisa oyó las sesiones de información, pudo entender algo de la matemática que Lang garrapeó sobre cada superficie plana que tenía a mano y tenía fe en él, pero todavía pensaba que su nueva asignación era un poco incierta.

El teléfono sonó para llamar su atención. Ella levantó el auricular. En segundos Vanessa le dio la noticia de la incursión en Nueva Portland y se apuró a ir hacia la puerta.

El ocaso y una lluvia helada llegaron mientras los zentraedis saqueaban Nueva Pórtland. Habían cortado una franja de destrucción desde el disminuido Lago Oswego hasta el que una vez fue el gran Río Columbia.

Los pods disparaban y devastaban sin misericordia. La milicia y la policía local eran víctimas al igual que los civiles; en las primeras horas de su alboroto, los malcontentos extraterrestres mataron a más de cuatrocientos hombres y mujeres de varias jurisdicciones, departamentos policíacos y unidades de guardia.

Incendiaban edificios con un simple toque del cañón de su peto, y aplastaban casas y personas debajo de los grandes pies apezuañados de sus pods.

Los tres líderes aparecieron en el centro de Nueva Pórtland. El humo negro se agitaba alrededor de ellos y los gritos de los moribundos hacían eco en las calles lavadas por la lluvia. La sangre corría en las canaletas.

Desde la noche arremetieron los VTs del escuadrón Skull bajo el mando de Ransom. La robotecnología los hacía luchadores de todo clima, tan peligrosos en la oscuridad como lo eran en la luz.

-Nadie dispara a menos que tengan un blanco confirmado; hay civiles ahí abajo -dijo Ransom.

Justo en ese momento Nueva Portland apareció a la vista, ardiendo como una sartén de metal fundido. El humo salía de ella formando espesas capas que devolvían una luz roja.

-¡Mi Dios! Esto es horrible... -comenzó Bobby Bell.

-Cállese, sargento -interrumpió Ransom-. Todos los VTs fórmense detrás de mí. Bajemos y detengamos esta cosa. ¡Y cuiden sus provisiones!

Jeanette LeClair y su mejor amiga, Sonya Poulson, corrían de la mano por las calles mojadas de Nueva Pórtland, temblando en la fría lluvia, llorando por los seres queridos que habían muerto y sus pulsos martillando porque la muerte les pisaba los talones. Un mes antes, el cumpleaños de Jeanette de la había traído ocho años; el de Sonya, cuatro días después, las había emparejado.

Un battlepod zentraedi salió corriendo detrás de ellas a la vuelta de la esquina. Pateó un semáforo a través de una pared de ladrillo, cortó los cables eléctricos y después les apuntó con sus armas.

Jeanette cayó y Sonya quiso seguir corriendo, pero vio que no podía. Se dirigió a su amiga para tratar de ayudarla, pero también cayó y las dos se quedaron en la calle de guijarros lavada por la lluvia mientras una gran pezuña redonda de metal bajó hacia ellas. Ellas lloraron, se abrazaron y esperaron morir.

El pod hizo una pausa en el acto de pisotear a más víctimas. El torso blindado en forma de lámpara se dio vuelta como si escuchara algo. Jeanette y Sonya no podían saber que estaba recibiendo un mensaje urgente de uno de sus compañeros.

-¡Atención! ¡Atención! ¡Se acercan naves caza enemigas! ¡Fórmense para tomar acción defensiva!

Las dos niñas levantaron la vista hacia la gran pezuña y comprendieron que se estaba apartando. El pod se dio vuelta en segundos y salió a los saltos montado en los propulsores de sus pies hacia un destino que ellas ni siquiera podían imaginar.

Momentos más tarde, el trueno bajó del cielo cuando los VTs del escuadrón Skull llegaron a toda velocidad. Las dos niñas se ayudaron a levantarse. Los edificios se sacudieron y las ventanas se rompieron por el estampido sónico cuando los cazas de la RDF hicieron una pasada vengadora.

Las voces de las niñas quedaron muy disminuidas en medio de todo eso, pero ellas de todas formas aclamaron.

Los pods escogieron la batalla directa y arremetieron en grupo disparando los cañones primarios y secundarios que estaban montados en sus petos blindados.

Eso le venía bien al escuadrón Skull; volaron bajo en modo guardián como águilas de cacería y atravesaron el intenso fuego del suelo aferrando sus automáticas.

-Vamos a darles -dijo Ransom.

-¡Seguro, pero tenemos que sacarlos de la ciudad! -gritó Bobby Bell.

Él tenía razón y la formación se dividió mientras intercambiaba disparos con los pods alborotadores. Los guardianes retrocedieron y los pods dispararon con todas las armas, lanzaron cohetes y los persiguieron saltando como canguros.

Capítulo 25

Después de todo, para los zentraedis la vida pacífica y la desconexión de su cultura bélica fue una profunda lucha, un tipo de batalla sublimatoria a la que ellos podían lanzarse. Durante un tiempo estuvieron contentos con eso, al igual que estaban satisfechos con cualquier otro conflicto.

¿Es de asombrarse, entonces, que después de ganar la batalla tantos de ellos comenzaran a caer presa de una ansiedad frustrada? La lucha por la paz puede ser noble, pero como nos dicen la historia y la leyenda, el que nació guerrero debería tener cuidado con el desastre de la victoria total.

Y lo mismo aquellas sobre él.

Zeitgeist, La sicología extraterrestre.

Los VTs dejaron de correr en las colinas de las afueras de Nueva Pórtland y los mechas chocaron en serio.

Casi por instinto, los pods avanzaron de frente para establecer una línea de disparo. Los guardianes picaron hacia ellos y las lanzas albiazules de los rayos de energía pelearon contra los chorros de balas de alta densidad iluminadas por los trazadores.

Una salva de fuego concentrado de cañón extraterrestre arrancó el brazo izquierdo del guardián de Ransom.

-Estos fulanos sí que quieren luchar -dijo severo. Dio vueltas para tratar de controlar el daño y les lanzó una cantidad de stilettos.

¡Idiotas, ya no pisotearán más niñitas! ¡Veamos como se las arreglan con uno de su tamaño!

-Esto se podría definir como abandono del cargo, comandante -dijo la voz de Lisa en la oreja de Rick.

-¿De qué estás hablando?

-¿Dónde estabas? -preguntó con frialdad.

-Eh, en reconocimiento -la culpa lo hizo agresivo-. Está dentro de las pautas de la misión. ¿Por qué, alguna objeción?

En el centro de mando, Lisa bajó la vista hacia los últimos perfiles del localizador de aeronaves militares de la red satelital. Él había aterrizado cerca de Ciudad Granito. Ninguna sorpresa.

-Yo objeto cuando usted arriesga las vidas de los hombres bajo su mando, Hunter.

Él no pudo evitarlo; las experiencias acumuladas del día lo hicieron perder el control como ningún aviador de combate frío y competente se suponía que debía.

-¿Cuál es tu maldito problema, Lisa?

-¡Tus hombres están en combate y se supone que tú los estás liderando, tú, grandísimo idota! -gritó en el micrófono y después lo desconectó.

Bueno, ya. Discutieron sobre todo en una red de comunicaciones oficial, menos sobre lo que en verdad los estaba separando. Qué satisfacción.

-Oh, ese hombre -ella se alejó sigilosamente de la consola de comunicaciones.

-Escóndanse, escóndanse -Vanessa le cantó en un susurro al resto del Trío Terrible.

-Me pregunto qué hizo esta vez el comandante Hunter para causar la explosión -Sammie parpadeó.

-No importa lo que fuera, parece que cuando vuelva quedará a dieta estricta de indiferencia -contestó Vanessa.

Kim se quitó el auricular y se volvió hacia ellas.

-No lo sé; ¿ustedes creen que ella realmente lo ame?

-¿Quieres decir que no has oído la última chismografía? -Sammie casi se retorció en su avidez de contarle-. Dicen que ella limpia su casa. ¡Sí, sí, limpia! Mientras él está en la patrulla. Y él ni siquiera la saca a pasear ni nada.

El Trío Terrible tuvo pensamientos venenosos hacia el género masculino.

-Es difícil creer que Lisa se atara a algo así -Kim se abanicó suavemente con la mano-. ¡Ella es demasiado inteligente!

-¡Pero espera! ¡Eso no es todo! -Sammie la tomó del brazo.

-Cuidado -murmuró Kim, echando una mirada de costado-. Nos están observando.

-Oh-oh -Sammie se apuró a ponerse otra vez los audífonos.

Lisa las miraba con resignación.

Prosigan, muchachas; no las culpo. Supongo que es divertido.

El cañón del pod regó con disparos concentrados el tormentoso cielo nocturno. El guardián se deslizó de costado y contraatacó con su cañón automático.

-¿Es que estos tipos nunca se rendirán? -dijo Bobby Bell entre dientes.

Pero había un cierto temor en eso. Los zentraedis que volvieron a su código de guerra, a su sistema de creencia de muerte antes que la derrota, eran enemigos para ser tomados en serio.

Y después apareció una cara familiar en una pantalla de despliegue del panel de instrumentos.

-¿Cómo les va, muchachos? -preguntó Rick Hunter con elaborada soltura. Era la herencia; volaba en medio de una batalla candente y parecía que eso era todo lo que podía hacer para mantenerse despierto.

-Jefe, tenga cuidado -contestó Bobby -. Estos muchachos son asesinos.

El VT de Rick picó a través de la lluvia en configuración guardián como un halcón propulsado.

-Está bien. Ahora me haré cargo. Ransom, Bobby; todos ustedes retírense y quédense fuera de vista.

Se acercó a ellos como se había acercado a centenares de pods -miles- desde el primer día que pisó una cabina VT. Zigzagueó entre sus disparos, rebotó sobre el suelo y saltó alto con las piernas

robotech.

Las explosiones de energía vagaban alrededor de él.

-Última oportunidad -transmitió en la frecuencia táctica zentraedi-. Cesen el fuego y entreguen sus armas.

De haberlo hecho, habrían sido los primeros malcontentos en realizarlo. Pero en cambio, como todos los demás, dispararon con mucha más furia.

Él se preguntó cómo se habría sentido si sus posiciones hubieran estado invertidas. La raza humana estaba perdida y se revolcaba en sus propias cenizas, ¿pero cuánto más los desertores zentraedis?

Aunque sólo se lo preguntó por un momento; había vidas en peligro.

El líder Skull entró detrás del estallido sostenido de su cañón automático; los trazadores iluminaron la noche y volaron la pierna un pod en astillas metálicas. Cuando el pod se derrumbó, Rick se ladeó y aterrizó en modo battloid detrás de un saliente de piedra.

Un guerrero ultra-técnico blindado de dieciocho metros de alto se elevó desde atrás de la piedra con un cañón automático agarrado en su puño.

-¡Por última vez, les ordeno que bajen sus armas!

Vio que la boca del cañón del peto giraba hacia él y mordió el polvo detrás de la piedra. Los rayos de energía quemaron el aire dónde él había estado parado.

Cuando terminó la descarga, se volvió a poner de pie disparando. Las balas de alta densidad volaron la mitad de la pierna de otro pod a la altura de la rodilla y lo hicieron caer. El tercero zigzagueó y evadió sus disparos. En el campo de batalla de pronto sólo quedó el tamborileo de la lluvia.

Los malcontentos zentraedis salieron lentamente de su mecha averiado. Pudo ver que no llevaban ninguna arma personal. La policía y la milicia de Nueva Pórtland iban a poder hacerse cargo de ellos. El resto del escuadrón Skull salió a rastrear y a asegurarse de que apresaran a los zentraedis que iban a pie. Los malcontentos pagarían con sus vidas las vidas que habían tomado.

Esta noche ganamos. ¿Qué pasará mañana?

Él fue el último en apearse; Ransom, Bobby y Greer ya estaban lejos de los hangares y terraplenes cuando Rick salió de su VT, sintiéndose exhausto. ¿Cómo podía ser tan terrible la paz? La paz era todo lo que él o Roy, o cualquiera de los otros habían querido. ¿Alguna vez habría un fin para la lucha?

Después vio a Lisa de pie junto a la puerta de los operadores de cazas.

Nada de paz en mi vida -decidió-. Mira esa nube de tormenta.

-¿Por qué siento que debo pedir una venda en los ojos y un último cigarro, comandante?

-Eso no fue muy gracioso, Rick.

-No, supongo que no -buscó la forma de decirle todas las cosas que había pensado y por las que había pasado en los últimos días.

Pero ella estaba hablando.

-Tienes orden de reportarte ante el capitán Gloval enseguida.

Él pensó en eso con las cejas unidas mientras se dirigía hacia la SDF-1.

-Me pregunto qué quiere.

Ella no pudo ocultar lo que estaba pensando.

-¿Qué tal estuvo tu visita a Minmei? -le gritó desde atrás.

Él se detuvo.

-Ayer disfruté de su transmisión desde Ciudad Granito -dijo ella en voz baja.

Él tomó aire, lo soltó y bajó la vista hacia la pista bajo sus pies.

-Bueno, en realidad no visité a Minmei.

Él siguió caminando. Ella lo alcanzó y caminó justo detrás.

-¿Tú no pudiste acercarte a ella porque estaba rodeada de fanáticos adoradores, Rick? -ella lo hizo parecer lo más rencoroso que pudo, odiándose todo el tiempo por eso.

-No.

-¿Pasa algo?

¿Por qué estoy haciendo que ambos pasemos por esto? -se preguntó ella, y la respuesta llegó enseguida-. ¡Porque lo amo!

-¿Qué podría pasar? -gruñó él.

-¡No lo sé! -corrió para alcanzarlo y sacó un sobre azul pálido

del bolsillo de su uniforme. Ella se puso delante de él, lo hizo detener bruscamente y presionó el sobre en la palma de un guante del traje de vuelo. Ella se dio vuelta y se alejó de él.

-¿Lisa, qué es esto?

-Sólo algo para que me recuerdes -dijo por sobre su hombro, sin confianza para mirarlo a la cara una vez más. Sus tacos se alejaron repiqueteando sobre la pista.

El sobre contenía fotografías -Lisa con una sobrina, en vacaciones; Lisa como una adorable adolescente con un gatito parado en su cabeza; Lisa en el día de su graduación de la Academia.

-¿Pero que diablos? -masculló, pero lo sabía. El álbum, ni más ni menos: lo que había sucedido se le presentó en un santiamén. Él había salido de Nueva Portland sintiendo que podía hacer algo bueno en el mundo, sintiendo que sin importar lo malas parecieran las cosas, siempre había esperanza; y sintiendo que él estaba del lado de los ángeles.

Pero ahora, mientras sostenía las fotografías y veía a Lisa desaparecer entre los mechas de combate estacionados, trató de hacer frente a una marea de remordimiento que amenazó con llevárselo; y de repente lamentó haber nacido.

-Comandante Hunter reportándose como ordenó, señor.

Gloval estaba sentado mirando el extenso mirador frontal de la SDF-1, hacia un cielo azul moteado con nubes blancas.

-Por favor, entra, Rick -dijo sin darse vuelta.

-Gracias, señor -Rick entró con cautela; Gloval no usaba a menudo los primeros nombres de sus subordinados.

-Iré directamente al grano -Gloval giró para enfrentarlo y se puso de pie-. Los extraterrestres que habitan entre nosotros están volviendo a sus hábitos anteriores.

Rick pensó en eso. Tenía amigos entre los zentraedis -Rico, Bron y Konda; Karita y otros.

-Los rebeldes de Nueva Portland no nos darán más problemas,

señor.

-Ese incidente fue sólo un síntoma, teniente comandante -había algo en la forma en que Gloval pronunciaba tu rango que te hacía saber que eras parte de una cosa mayor que tú-. No podemos permitirnos el lujo de que esto ocurra de nuevo, o nos estaremos arriesgando a una completa ruptura social. He decidido reasignar a algunos de los extraterrestres a nuevas ubicaciones donde podamos vigilarlos.

A Rick no se le escapó nada de la importancia que eso llevaba. ¡Les prometimos libertad! Todo eso se estaba desmoronando, todo lo que había parecido tan brillante dos años antes.

El resto no se tenía que decir. Gloval contaba con Rick para reforzar sus directivas y permitirle saber que estaría allí.

Rick Hunter miró al viejo que había sufrido tanto por la Tierra, y hasta por los zentraedis también. El hombre más joven mostró un saludo rápido.

-Cualquier cosa que usted decida, tiene mi apoyo; usted lo sabe, señor. Y tiene el apoyo de todos en la SDF-1.

-Gracias, teniente -Gloval acusó recibo del saludo con precisión pero con un poco de cansancio. Parecía que no había logrado dormir nada en mucho tiempo.

Ellos cruzaron miradas.

-Entiendo -dijo Rick.

Minmei se estremeció bajo su chaqueta; se apoyó contra un pilón de chatarra zentraedi y miró el cielo mientras la noche llegaba a Ciudad Granito.

Tanta desolación. ¡Y tanta amargura, incluso entre personas que deberían haber aprendido a amarse entre sí hace mucho tiempo!

Miró las pocas luces del pueblo. Kyle se había alejado en esa dirección y ella no tenía idea si él pensaba detenerse o seguir caminando; no tenía idea si alguna vez lo iba a volver a ver, y no tenía claro si quería verlo o no.

Cuando las estrellas aparecieron, ella levantó la vista.

-Oh, Rick. ¿Dónde estás?